



Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

La presente colección bibliográfica digital está sujeta a la legislación española sobre propiedad intelectual.

De acuerdo con lo establecido en la legislación vigente su utilización será exclusivamente con fines de estudio e investigación científica; en consecuencia, no podrán ser objeto de utilización colectiva ni lucrativa ni ser depositadas en centros públicos que las destinen a otros fines.

En las citas o referencias a los fondos incluidos en la investigación deberá mencionarse que los mismos proceden de la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife y, además, hacer mención expresa del enlace permanente en Internet.

El investigador que utilice los citados fondos está obligado a hacer donación de un ejemplar a la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife del estudio o trabajo de investigación realizado.

This bibliographic digital collection is subject to Spanish intellectual property Law. In accordance with current legislation, its use is solely for purposes of study and scientific research. Collective use, profit, and deposit of the materials in public centers intended for non-academic or study purposes is expressly prohibited.

Excerpts and references should be cited as being from the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife, and a stable URL should be included in the citation.

We kindly request that a copy of any publications resulting from said research be donated to the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife for the use of future students and researchers.

***Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife
C / Real de la Alhambra S/N . Edificio Nuevos Museos
18009 GRANADA (ESPAÑA)***

+ 34 958 02 79 45

biblioteca.pag@juntadeandalucia.es

INTRIGAS
DEL
SERAFINO
EL
CASAMIENTO
DE CRISTO

A-9
1-155
B.P.A.G.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJO DE CULTURA

UNIVERSIDAD DE ANDALUCÍA

BIBLIOTECA DE
LA ALHAMBRA

Est. A-4

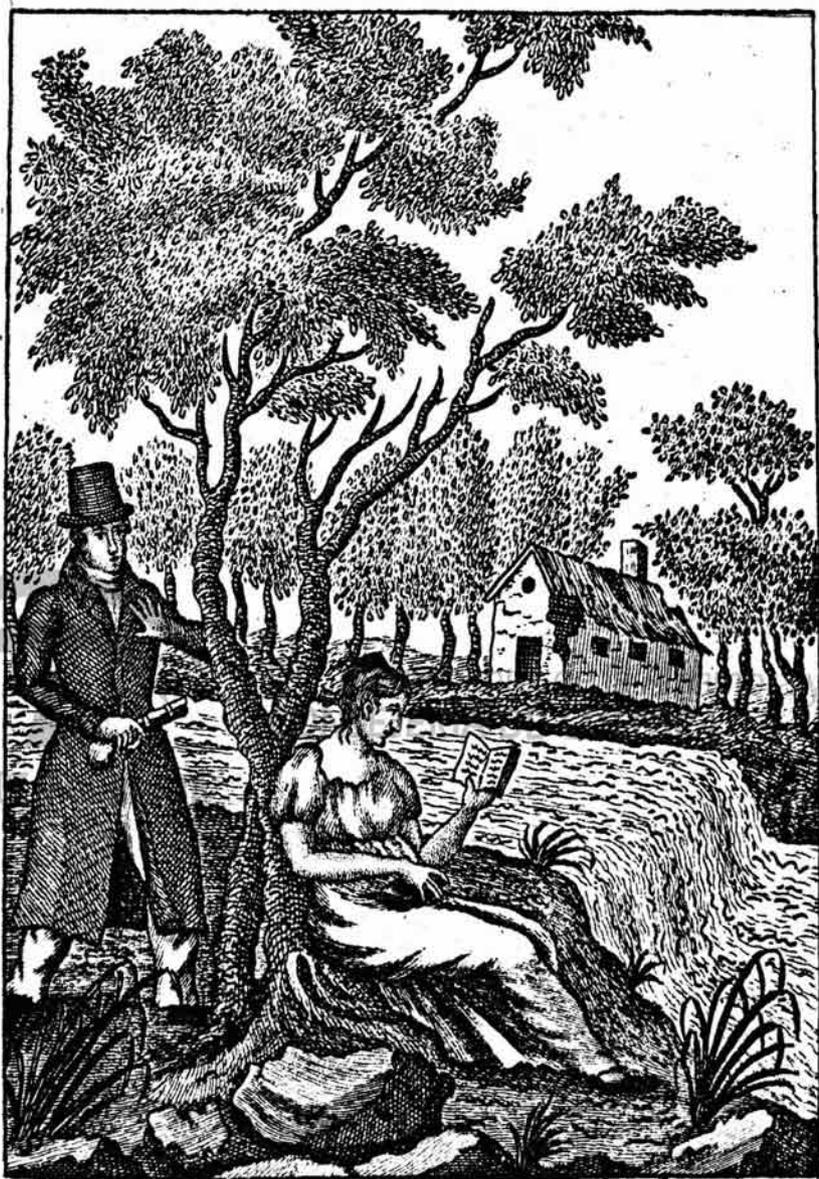
Tabl. 1

N.º 25



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



Ano Suria lo gra?

*La filósofa conduce a Arnesto por el camino
de la felicidad.*

0. 314

M. Gimeno

ABDEKER,

6 LAS

INTRIGAS DEL SERRALLO,

Y ARTE

DE CONSERVAR LA HERMOSURA.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife

CONSEJERÍA DE CULTURA

POR N. 999

Donativo del Sr. Conde de
Románés á la Biblioteca
de la Alhambra. 1919

JUNTA DE ANDALUCÍA



MADRID:

IMPRENTA DE BOIX,

1837,

PROLOGO. La lectura de este libro es de suma utilidad para todos los que se dedican a la medicina. Esta obra que presentamos al público es la traducción de un manuscrito árabe, que Diamantés Ulastro, médico del embajador turco, trajo al Haristemo en 1740. Esta traducción ha sido hecha por un sabio muy conocido en la república literaria de España. Esta obra no debe ponerse en el rango de aquellas frivolidades efímeras, que no tienen otro mérito que el de su novedad, sin contener nada de nuevo: el título de esta se halla perfectamente desempeñado en todas sus partes. El autor hubiera podido divertirse solamente, pero ha querido también ser útil, y así esta obra debe mirarse como un tratado completo sobre la hermosura. En efecto, todo lo que puede destruirla, ó conservarla, aumentarla ó disminuirla, se encontrará desenvuelto en toda su luz. Causas físicas, causas morales, nada se ha omitido, y la forma singular que el autor ha dado á su obra, picará sin duda la curiosidad de sus

lectores. **Abdker es un médico**, pero un médico amoroso que inicia á su querida, la muger mas hermosa del universo en todos sus misterios de la hermosura, y esto de una manera tan interesante que despues de haber dado su libro, queda uno instruido en todos los secretos del arte; creyendo no haber leído mas que la historia de sus amores.

En fin, este tratado faltaba únicamente á la Biblioteca de las damas, y despues del don que la naturaleza les ha hecho de la hermosura, el presente mas disonero que se les puede hacer, es el arte de conservarla.

Los talentos superiores se estendieron al instante por todo el pueblo. Sus sucesos le daban una alta recomendacion, y los derviches publicaban que el Gran Profeta miraba con ojos favorables á los musulmanes pues les enviaba uno de sus mas fieles servidores, para poner fin á sus males.

El sultan Mahomet (1) que reinaba entonces, cayó peligrosamente enfermo, y una calentura abrasadora, que consumía sus entrañas, habia obligado á los médicos á abandonar la cama del moribundo, creyendo que ya era imposible oponer ningun dique á la violencia del mal.

Abdeker fue introducido en el aposento del Sultan y despues de examinarlo detenidamente tan intrépido, como si la naturaleza estuviera bajo de sus leyes, le hizo tomar una dosis de unos polvos blancos (2) que obró los efectos mas prodigiosos. La tranquilidad sucedió á la violenta agitacion del enfermo, la calentura desapareció, y Mahomet volvió á recobrar la salud.

(1) Mahomet II apellidado por los turcos *Boiue*, es decir, Grande, nació en Andrinópolis el 24 de marzo de 1430. Sucedió á su padre Amurat II en 1451.

(2) Debe presumirse que estos polvos blancos, eran el emético, desconocido hasta entonces á los otros médicos. Es verosímil que Paracelso ha podido aprender la composicion de algunas personas á quienes Abdeker hubiese confiado el secreto.

En los transportes de su reconocimiento, el Sultan abraza á su médico, le llama su libertador y con los discursos mas afectuosos, le manifiesta que jamas olvidará, que le es deudor de la vida. Desde este momento, Mahomet trató á Abdeker como amigo y temeroso de perderlo, procuró ganar su voluntad, nombrándole Lecchinbachi, esto es, primer médico de su Alteza, y por un favor aun mas particular, lo estableció tambien médico de las mugeres del serrallo, mandando á los eunucos obedeciesen las órdenes que el diese, como las suyas propias. Abdeker, despues de haber dado gracias al Sultan por los honores que le dispensaba, fué inmediatamente á presentar sus homenajes á Irene, que estaba declarada sultana favorita. En seguida pasó al aposento de las odálicas; en donde vió á Fatmé que encendió en su corazón los primeros fuegos del amor.

CAPÍTULO II.

Descripcion de la hermosura.

Fatmé habia sido comprada en Georgia, comarca en donde nacen las mugeres mas hermosas del mundo y á donde van los eunucos del Gran Señor á buscar las bellezas que deben poblar su serrallo. Desde el momento en que Fatmé entró en él, eclipsó de tal manera á todas sus rivales, que ni aun tuvieron la satisfaccion de disputarle la victoria. Irene, la única que podia entrar en competencia con ella, tampoco pudo re-

tener el corazón de Mahomet, y así amó este á Fatmé, desde que la vió, porque era imposible verla sin amarla.

El contorno de la cara de esta jóven formaba un óvalo perfecto; sus ojos azules, y llenos de dulzura estaban coronados de dos cejas negras y bien arqueadas, y su frente suficientemente elevada, y de una anchura proporcionada, era digna de tener ceñida la diadema. La nariz, partiendo insensiblemente de la frente, dividia con gracia dos mejillas igualmente redondas, y teñidas del mas bello sonrosado. Su boca era pequeña y bien cortada, por entre sus labios encarnados se veian dos filas de perlas, y una barba perfectamente encorbada con un oyito en medio terminaba graciosamente toda la cara. La cabeza es particularmente el sitio donde tiene su mayor asiento la hermosura, y sobre el rostro es donde ella desplega toda su fuerza y su magestad, y lo que mas encanta é inspira el respeto y la admiracion, Todas las otras partes del cuerpo de Fatmé estaban perfectamente acabadas, y sin sorprender los sentidos, los lisongeaban é infundian mas deseos que respeto. Su cuello se unía insensiblemente á sus hombros, y su garganta de alabastro ostentaba todos los tesoros de la juventud, y sus brazos y sus manos parecian hechos para encadenar el universo. Su talla era acomodada, y su pierna fina estaba terminada por un pie pequeño y delicado. Las gracias moraban en la regularidad de sus facciones y de sus miembros, dando á todas las partes de su bello cuerpo el alma y el mo-

vimiento. Fátmé era tan hermosa, que aunque no hubiese estado adornada del talento, nadie lo hubiera notado, pero la naturaleza le habia concedido tanto que cuando hablaba apenas se hacia alto en su hermosura. La dulzura de su caracter, y las prendas de su corazon le hacian aún mas amigos, que sus gracias y su talento mas admiradores que envidiosos.

CAPÍTULO III.

Elogio de la hermosura.

El Lecchin-bachi habia de tal manera distinguido la bella Georgiana entre todas las odálicas, que aun no estaba fuera del serrallo cuando ya deseaba volverla á ver. Jamas habia sentido deseos tan violentos, y es tal la naturaleza de la ambrosia, que se bebe por los ojos y tal la sequedad, que esparce por todos los sentidos, que seria preciso ó no gustarla jamás, ó estar siempre bebiendo para ser dichosos. Las frecuentes visitas que Abdeker estaba obligado á hacer á la enfermeria del serrallo, le volvieron á proporcionar la ocasion de ver nuevamente á la hermosa Fátmé. La odálica habia el dia anterior examinado detenidamente al Lecchin-bachi, y habia hecho en su corazon una impresion como jamas habia experimentado.

Abdeker era jóven y de una figura interesante. Su fisonomia era tierna y espresiva, sus ojos vivos y penetrantes, su talla noble y bien dispues-

ta, y sobre todo el tono de su voz tan encantador que ganaba inmediatamente el corazón y la confianza del que le hablaba. Entró en el aposento de Fatmé con este celo lisongero de volver á ver lo que se ama, animando sus gracias naturales el amor y el deseo de agradar. ¿Me perdonareis, le dijo aproximándose á ella, el venir á turbar vuestra soledad? No hay otra felicidad cuando se os ha visto que el volveros á ver el cielo está en vuestros ojos; vos sois una de aquellas ninfas que tienen su morada en el paraíso del gran profeta, y vuestra respiración es mas dulce que la del Zéfiro que ha atravesado las llanuras cubiertas de rosas y de amaranto.

Fatmé se sonrosó, y Abdeker notando su embarazo continuó despues de un momento de silencio. Este discurso no debe causarnos la menor turbación, pues sin duda el cielo os ha juzgado digna de ser la mas hermosa de todas las mortales. La hermosura es el presente mas precioso que la naturaleza ha podido hacer á vuestro sexo, y ella equilibra todas las otras ventajas de que los hombres se glorian con tanto orgullo. Ella es quien ablanda un corazón duro; quien derrite el yelo de un alma insensible; quien excita la pasión razonable de un temperamento moderado; quien triunfa del fuerte y anima al débil; quien somete al sabio, y corrige al insensato. Ella es quien subyuga estos tiranos de la tierra que ignorarian acaso los límites del poder si un objeto hermoso no los cargase de cadenas. Ella es quien persuade mejor que la elocuencia,

y quien nos pinta la imagen de la divinidad mejor que la filosofía.

Abdeker, contestó Fatmé, estais haciendo el elogio de un bien muy pasajero y que se pierde con mucha facilidad. La hermosura es una rosa que nace con la aurora, que el Zéfiro acaricia, que atrae las mas bellas miradas del sol, y que se marchita por la tarde, pereciendo en la sombra del silencio y de la noche.

Vuestra hermosura, replicó Abdeker, es de aquellas que no se borran jamas. Por otra parte, hay medios para impedir que las injurias del tiempo no marchiten un bello colorido para oponerse á los insultos de las enfermedades que harian deforme un rostro gracioso, y para evitar las arrugas que una vejez causaria en una hermosa frente. A la misma boca que prefiere los oráculos para la salud, pertenece el dictar los preceptos que se dirijen á la conservacion de la hermosura. No basta que un médico sea útil para volvernos la salud, es preciso ademas, que nos haga agradable el presente que nos hace. ¿Qué se diria de un arquitecto que no se ocupase mas que en la solidez de un edificio, sin pensar en su decoracion? Hay seres que no procuran mas que ponerse al abrigo de las injurias del tiempo, importándoles lo mismo las cavernas que los magníficos palacios; pero el hombre dotado de inteligencia, y de un gusto delicado sabe hacer agradables las cosas mas necesarias para lo cual sazona los manjares, se proporciona un lecho cómodo, y forma un paseo del terreno mas inculto. En una pala-

bra, posee el arte de hacer que todo sirva á su utilidad y á su placer.

La hermosura es casi siempre la compañera inseparable de la salud, y acaso el único bien que nos interesa tanto como ella; y así á los ministros de la salud toca el conocer todos los medios propios á conservarla, y á combatir todos los defectos que hacen deformes nuestros cuerpos: medios que no son inútiles á la salud misma, pues frecuentemente son el escudo mas seguro y mas impenetrable, para ponerse al abrigo de los tiros del dolor y de la enfermedad.

Me pareceis, respondió Fatmé, talmente persuadido de la estension y del poder de vuestro arte sobre este artículo, que me haceis nacer el deseo de aprender de vuestra boca algunos de sus secretos. Esta petición os la hago no tanto por curiosidad, como por el deseo que todos los seres tienen de ser dichosos. Yo pienso que la felicidad no estará fundada sobre un principio quimérico, cuando tiene por base la salud y la hermosura. La salud forma nuestra felicidad íntima y actual, y por la hermosura se convence nuestro amor propio que nos es favorable la opinion de otro, lo cual forma el resorte mas poderoso de nuestra felicidad relativa. Contribuid, pues, sabio Abdeker, á la felicidad de una discípula, que conoce toda la estimacion de vuestro arte, y que se alegrará daros cuando llegue el caso, las pruebas mas convincentes de su reconocimiento. Nada os digo de mi docilidad, porque no creo que ninguna muger puede ser rebelde cuando lisonjean su va-

nidad, y le proporeionan los medios de agrádarlo A Dios. Reflexionad sobre el objeto de mi demanda; pensad que os espero mañana, y que pretendo saber los misterios de la medicina, que tienen relacion con la conservación de la hermosura.

CAPÍTULO IV.

Visiones de Abdeker.

Abdeker volvió á entrar en su casa, agitado de unos sentimientos que lo traian en el mayor desasosiego. La inquietud de saber si habia agrádao, el deseo de agrádar, y la esperanza de ver nuevamente á la que tenia cautivado su corazon, atormentaban alternativamente su espíritu. Por una parte la vergüenza de su debilidad, por otra el temor de desagradar á Mahomet y la certeza del castigo si el Sultan llegase á saber sus amores, y en fin la ninguna esperanza de poder hacer sensible á Fatme, le causaban tales emociones, que no sabia que partido tomar. Su corazon, semejante á aquel aceite que hace herbir una grande hoguera, precipita sus pulsaciones, se detiene, vuelve á comenzar sus movimientos con nueva impetuosidad, y de repente queda entorpecido. Ya el astro de la noche estaba en la mitad de su carrera y Abdeker aun no habia podido cerrar los ojos al sueño. Parecióle ver varias fantasmas, que vagaban por su aposento y entre ellas distinguió á Heraclides de Tarento, que arrebatado de amor por Antiochis, le dedicó un tratado compuesto por

él sobre los cosméticos ; (1) vió también á Moschion, y á Mercurial (2) quienes forjaron armas para combatir los defectos, que osan atacar á las gracias. En medio de estas sombras, aparecian otras que tenian encadenados los monstruos mas espantosos.

Abdeker no pudo sostener este aspecto mas tiempo, y abandonando el lecho procuró calmar el desorden de su imaginacion acalorada ; pero mas fatigado de este sueño, que del trabajo mas penoso, se recostó sobre un sofá para tomar algunos momentos de reposo. No tardó mucho su imaginacion en volver á recobrar una parte de sus derechos, y aunque en sueños menos fatigosos, se le presentaron nuevas sombras y nuevos objetos. Creyó ver parecer delante de sí á Circe, aquella hija del sol, que tenia tan grande conocimiento en la virtud de todas las plantas, que le era fácil hacer producir los efectos mas maravillosos. Medea su sobrina, que logró rejuvenecer á su suegro Æson ; Artemisa, aquella reina de Caria, cuya ternura por su esposo Mausolo, será siempre un ejemplo de admiracion para las mugeres que le sucedan : Cleopatra, aquella reina de Egipto, tan astuta, que á pesar de toda su hermosura, empleaba toda su coqueteria para vencer á Cesar y encadenar á Antonio : Aspa-

(1) Véase la historia de la medicina ; por Daniel Le-Clec, parte 2.^a lib. 2.º

(2) Su libro está intitulado : *De décorationibus*

sia (1), aquella hermosa Focense, que hizo suspirar por ella dos reyes de Persia, y cuyo talento adornado de los mas grandes conocimientos de la medicina, ha dejado al bello sexo los preceptos mas sabios para la conservacion de la salud y de la hermosura. Creyó tambien ver á Oenona, Ocyroe, Epinde, y un numeroso acompañamiento de ninfas, que le anuncian haber trabajado con atencion al adorno del cuerpo, y haber imaginado mil medios para quitar ú ocultar las imperfecciones, y deformidades que sobrevienen por enfermedades ú otras causas.

Pareciale, que una de ellas le decia, que si Fatmé buscaba los medios para agradar, era para asegurarse mas de su corazon, y que á ejemplo de ellas haria los mas rápidos progresos en el arte, en que deseaba iniciarse. Nosotras añadia, la admitimos de antemano en nuestra compañía: ella ocupará el primer rango, y todas las princesas de la tierra mirarán sus consejos como otros tantos oráculos.

El Lecchin-bachi creyó ver entonces á la hermosa odálica. Yo no conozco mayor felicidad, le dijo, amable Fatmé, que la de poder satisfaceros. Procuraré responder lo mejor que me sea posible al juicio que de mi habeis concebido. Apenas acabó estas palabras, se levantó para prosternarse á los pies de la adorable georgina, pero ¡Ah! él no cogió mas que una sombra.

(1) En Ætio se encuentran diversos fragmentos de los libros de Aspasia.

El movimiento que hizo, dispuso su sueño y desaparecieron las imágenes, que rodaban en su rededor.

Ya el sol se elevaba sobre el horizonte, y anunciaba la hora en que el médico debía entrar en el serrallo, y ofrecer sus homenajes á la divinidad de su corazon. Llama á sus esclavos, y se hace servir todo cuanto cree que puede hacer su vestidura mas elegante. Escoje el traje que hace parecer su talla mas ventajosa; y el turbante, que da un aire mas dulce y mas noble á su rostro. Jamas se le habia visto vestirse con tanto cuidado, y semejante á los esposos, que van á ser conducidos al templo de himeneo, todo está cuidadosamente escogido en su adorno, y todo colocado por las manos del amor.

CAPÍTULO V.

Invençion del tocador.

Fatmé por su parte tampoco habia estado tranquila. El retrato de Abdeker estaba talmente grabado en su imaginacion, que cien veces al dia se le presentó involuntariamente. Su alma, que hasta entonces no habia experimentado mas que pasiones dulces, se vió por primera vez agitada de movimientos extraordinarios. Al acordarse pensaba en Abdeker, y Abdeker fue al levantarse su primera idea. Su sueño fue mas corto que de costumbre, y Fatmé vió este dia la aurora, abrir las puertas del oriente, y anunciar la brillante carrera del astro del dia.

Sorprendida de las emociones de su corazón, y llevada de una inclinacion natural, que ya no podia dominar, Fatmè, exclamó, es vencida. Ama, y su amor es un efecto de simpatía. Si te conozco movimiento imprevisto de la naturaleza en tu vivacidad y en tu fuerza invencible; tú eres aquel relámpago que aun mismo tiempo brilla en uno y otro polo. Oh amor! yo no combatiré contra tí, pero atraviesa el corazón de Abdeker con el mismo dardo que has herido al mio, y yo te eregiré á tí, á tu madre, y á la hermosura, un altar, (1) sobre el cual se exhálen los perfumes más exquisitos. Este altar será elevado, para hacer conocer á los hombres el precio de la hermosura, y para estender por todas partes el honor de su culto. Tú me verás todas las mañanas rendirte mis homenajes, y apartar con cuidado todos los pequeños defectos que se atrevan á parecer sobre un rostro, en que tú te has dignado esparcir algunas gracias. Que en todas partes del mundo, cada hermosa imitando mi ejemplo, te erija un altar semejante; que mientras la celebracion de los misterios, los indios, los celosos, los impontunos y los insensibles estén alejados como profanos: que los amantes solos canten sus amores, y exhalen sus suspiros, y en fin que todo manifieste el poder del amor, de Venus y de la hermosura. *Ami* una y otra Aproximándose en seguida á una mesa de es-

(1) El tocador.

quisito cedro, la cubrió con un paño teñido á la púrpura de Tiro, sobre el cual estendió el velo que adornaba su cabeza. En medio colocó un magnífico espejo, que un embajador veneciano había regalado á Mahomet, y á cada lado una caja redonda, llenas de los mas finos y olorosos polvos de Chipre. Unos magníficos botés de China, que encerraban las pomadas mas suaves de Italia, adornaban el frente entremezclados con frasquitos llenos de las mas olorosas esencias, y de las mas exquisitas aromas del Oriente. Casi detras del espejo, fueron puestos dos cofrecitos, que se encontraron en un templo de Phafos, en uno de los cuales estaban guardados los peines, que habían servido á la cabeza de Venus, y en el otro algunas hojas de novelas, con que los amantes rizaban otras veces los cabellos de sus queridas, cuando deseaban ablandar su rigor y hacer sensibles sus corazones. Todos estos adornos estaban en parte vueltos á cubrir con un velo de sedá cadmea, que distribuía con arte la luz sobre este altar, esparciendo aquella claridad, que es tan favorable á los amantes.

Fátmé se aplaudió de su invencion y quiere ser la primera sacerdotisa de este altar. Inmediatamente imagina las vestiduras de que debe estar revestida, la que quiera ofrecer sus votos, y sus inciensos á la hermosura. Pónese encima de su vestido una especie de ropa blanca, muy corta, abierta por delante, y de mangas sumamente anchas. Desata la cinta que sujetaba sus cabellos, y deja flotar descuidadamente sus bucles,

sobre su pecho y sobre sus espaldas. Cualquiera la creeria en este traje, una de aquellas vírgenes destinadas á guardar el fuego eterno, consagrado á la diosa Vesta. Fatmé se sienta delante de su obra para contemplarla mejor, y casi sin reparar en lo que hacia, se pone á arreglar algunos bucles, que ocultaban su frente mas de lo necesario, uniéndolos con pomada de rosa y de jazmin.

Abdeker entrò en este momento, y á pesar del cumplimiento estudiado con que se lisongeaba saludar á la hermosa georgiana, no pudo manifestarle su celo y su respeto si no prosternándose delante de ella. El amor lo volvió mudo, pues todo su talento estaba en su corazon.

Fatmé, para ocultar su confusion, sonrió al médico, el que se aproximó componiendo su rostro lo mejor que le fué posible. En fin, rompiendo el silencio, le dirigió estas palabras, que manifestaban la turbacion de su alma. Vos que-
 reis, pues, hermosa Fatmé, del mismo modo que Cleopatra, y Aspasia, penetrar en el santuario de la medicina. Estas mugeres ilustres se hicieron instruir por médicos sabios de todo cuanto pertenecia á la hermosura, consagrando á este estudio útil sus horas de ociosidad; pero vos mas hermosa, mas sabia, y mas virtuosa que ellas, hareis mas rápidos progresos. Jamás sus médicos desempeñaron con tanto gusto las funciones que yo debo desempeñar á vuestro lado. Los sentimientos que vos inspirareis son.... detúvose de repente; pues se apercibió, que iba á hacer una declaracion de amor en un sitio, en donde solo el

ambo (del) emperador debia reinar como tirano. Fatmé se fingió distraida, por no verse obligada á quejarse de un discurso, que le causaba la mayor satisfacción. Ella tomó inmediatamente la palabra como si nada hubiera entendido. Y bien, le dijo, ¿es hoy Abdeker el día en que yo debo recibir las primeras lecciones de vuestro arte? Guíplid pues vuestra promesa, que yo os escucharé con la mayor atención.

CAPITULO VI.

En el que se entra en materia.

Aunque no dudó de vuestra penetración, dijo el Eecchin-bachi, no por eso dejaré de guardar cierto orden en nuestras conversaciones, ya para apartar las objeciones, o ya para evitar las repeticiones siempre fastidiosas, porque nada enseñan de nuevo!

La hermosura es la forma de un todo, que agrada á cada uno de nuestros sentidos. Este todo agrada á nuestra vista, por la estension, el color, el número, el arreglo y la proporcion de expresion de estas partes: á nuestro tacto por su tejido, á nuestro olfato por su olor, y á nuestro oido por el sonido. ¿Será me permitido decir, que vos sois el modelo que acabo de definir?

Vuelvo á tomar cada una de estas partes, y digo que la forma de un todo que se debe mirar como hermoso, debe agrada á nuestra vista por su estension. Una persona demasiado alta, ó demasia-

do pequeña, muy gorda, ó muy flaca, nos desagrada, porque no se encuentra en una cierta relacion con nosotros mismos y con lo general de los hombres. La talla de un gigante ó de un enano es con proporcion á nosotros un extravio de la naturaleza. La hermosura sigue ordinariamente la regla general, que la misma naturaleza ha fijado.

2.º El color de las partes es otra de las leyes, que deben entrar en la composicion de la hermosura. Un cutis demasiado moreno, amarillento y cubierto de pecas debe ser deforme supuesto que una tez muy blanca debe ser el sumo grado de perfeccion.

3.º El número está de tal manera determinado, que no puede faltar, ni exceder sin una notabilísima deformidad.

Figuraos el efecto que produciria sobre un rostro dos narices, ó un ojo menos? La imperfeccion de las cejas, un lobanillo en la frente, berrugas, ú otras carnosidades descomponen tambien las facciones mas regulares, y hieren la vista de una manera desagradable.

4.º La hermosura consiste tambien en el arreglo. Una dentadura descompuesta, unos cabellos mal colocados sobre la frente, forman un rostro feo, que de ningun modo puede agradar, aunque las demas facciones no sean del todo irregulares.

5.º Todas las partes deben ser proporcionadas, y tener entre sí una relacion determinada. ¿Hay cosa mas deforme que una gruesa cabeza

colocada sobre un cuerpo pequeño, ó una nariz muy chica sobre una cara demasiadamente ancha.

En segundo lugar el tegido perfecto de las partes es absolutamente necesario á la idea que uno se forma de la hermosura; pues un cútis áspero, cubierto de pelos y de granos, y señalado con pintas de viruelas, es tan desagradable al tacto como á la vista.

En tercer lugar, nuestro olfato debe tambien ser satisfecho, gozando de aquellas cosas que miramos como hermosas. Un objeto, cuyo aliento no es puro, ó que exala de las diferentes partes de su cuerpo unos vapores fétidos, no puede inspirar mas que repugnancia. En fin, concibo que en un todo animado, y que uno mira como perfecto, debe encontrarse una voz armoniosa, que disponga favorablemente un corazón ya seducido por las otras gracias del cuerpo. Yo he conocido una hermosa jóven, que apenas encontró un solo amante, porque su voz era ronca y desagradable. Todos se aproximaban para verla, pero huían en el momento que la oían hablar.

Esta idea que me dais de la hermosura, respondió la jóven odálica, me parece bastante justa y general, para que pueda convenir á todas las especies de hermosura. No esperaba menos de vuestro talento y de vuestras ideas, pero acaso os he interrumpido fuera de tiempo: continuad, porque me parece, que lo que acabais de esponer es susceptible de mayor simplificacion, y que no habeis hecho mas que presentarme el plan del método que os proponéis seguir.

Una aprobacion de vuestra boca, respondió el Lecchin-bachi, es un poderoso estimulante para desempeñar mi asunto: por otra parte, cuando uno está inspirado por el deseo de agradaros, ¿puede dejar de salir con su empresa? No es tanto el elogio de mi talento, el que podeis hacer como de los sentimientos que mi corazon debe haber concebido por vos. Pero sin detenerme mas, voy á obedecer vuestras ordenes.

CAPÍTULO VII.

De la estension relativa á la hermosura.

El tamaño en general tiene tres dimensiones: longitud, latitud, y profundidad. Asi pues, el tamaño puede ser defectuoso en cada una de estas dimensiones.

Segun nuestros antepasados, la talla mas ventajosa del hombre es de cerca de cinco pies y medio, y el tamaño mas alto ó mas pequeño, se aleja tanto mas de la perfeccion, quanto se aparta de esta medida. El tamaño excesivo de la talla depende lo mas frecuentemente de la generacion de los climas, de la educacion, del régimen de vida en la niñez, y de ciertos ejercicios. Todas estas causas juntas, pueden producir este efecto. Acaso pudiera prevenirse, pero una vez producido, no pueden destruirlo todas las fuerzas de la medicina.

La pequeñez depende no solo de las mismas causas que acabo de anunciar, sino tambien de

una conformacion viciosa de las partes inferiores, y de ciertas enfermedades, cuya asistencia es muy larga y la cura muy incierta. Lo que acabo de decir de la longitud, puede tambien entenderse de la profundidad. No creo que por el arte se pueda conseguir el elevar unos ojos demasiado hundidos; pero como en los principios que pretendo establecer, se encuentra cierto encadenamiento de causas y efectos, sucederá alguna vez, que destruyendo un vicio general, se destruya tambien uno particular. Asi es que remediando la demasiada flaqueza, se borrará el hueco que se encuentra cerca de las clavijulas (1) y se llenaran los vacios de las megillas causados por la elevacion del pómulo. (2)

No me queda sino hablaros de la latitud, ya sea intrinseca del todo, o ya relativa de las partes al todo. Si es muy estensa se llama *demasiada gordura*; si es menos que requiere la decoracion del todo, se llama *flaqueza*. Voy á examinar cada una de estas partes en particular.



(1) Llamánse asi unos de los dos huesos, que en el cuerpo humano salen de los hombros.

(2) Llábase asi el hueso mas eminente de la cara.

CAPÍTULO VIII.

De la demasiada gordura.

La piel no es la sola túnica que cubre el cuerpo humano; está además revestido de una membrana ó capa mantecosa. Esta, que es un tegido de varias celdillas, está muy pegada á la piel, la acompaña en toda su estension, se esparce en los intervalos de los músculos, y penetra en todas las vueltas de las entrañas. Estas celdillas estan llenas de una materia aceitosa, que puede volver á entrar en la masa de la sangre y repararla en tiempo de una larga abstinencia. Este aceite entretiene los músculos en la elasticidad necesaria á su accion, é impide que el cuerpo sienta excesivamente la impresion del frio, que siempre se hace mas sensible á las personas delgadas que á las gruesas. Pero uno de sus principales usos y que pertenece mas que todos al asunto que trato, es que sostiene el cutis y le da cierta forma agradable, llenando los intervalos que los músculos dejan entre sí. Este aceite no existe siempre en una cantidad exacta y suficiente de lo que resulta, que se borran las gracias esparcidas sobre un cuerpo bien proporcionado. Puede tambien ser demasiado abundante, lo que constituye la *demasiada gordura*, que es general ó particular. Voy á hablar de la general, y consideraré su cantidad pequeña, cuando hable de la flaqueza.

CAPÍTULO IX.

De la demasiada gordura general.

En general la demasiada gordura hecha á perder la hermosura, ya borrando del rostro aquellas pulidas facciones, que la delicadeza habia trazado en él, ya engruesando un pecho, que en vez de escitar el apetito por su redondez, causa repugnancia por su abultado tamaño; ya destruyendo aquella talla fina y ligera que inspiraba placeres, ó ya quitando á los miembros aquella ligereza y agilidad que seduce los sentidos por emociones vivas y agradables, no dejando mas que una pesadéz y floquedad en sus acciones, que fastidian al que la mira. Qué masa tan enorme de carne sería la de aquella muger que nos recuerda la historia que pesaba seiscientas libras! ¿Cómo podria compararse con aquella ninfa ligera que corre por la arena, dejando apenas estampada la huella de sus pies?

En este estado, que anunciaria al parecer una salud robusta y perfecta, las sensaciones son menos vivas, la respiracion se halla oprimida, y las enfermedades son frecuentes. Se encuentra al mismo tiempo una cierta inaptitud, por la generacion, y las mugeres de esta complexion son regularmente estériles. El alma está oprimida por el peso enorme de la materia, y todas las funciones del entendimiento estan en una languidez que les quita toda su brillantez. Si todos estos

motivos no fuesen bastante poderosos para buscar las causas y los remedios de semejante corpulencia que lleva siempre consigo la deformidad, uno solo, fundado sobre la esperiencia bastaria para determinarse á ello, y es que las personas demasiado gruesas viven menos tiempo que las delgadas.

La primera causa de esta gordura demasiada, es una grande cantidad de partes nutritivas esparcidas en la masa de la sangre, y la segunda es una grande fuerza en la continuacion de las digestiones, que se hacen en el estómago, y en el resto de las primeras vias, de manera, que no se debe atribuir todo á la calidad de los alimentos. ¿ Cuántas personas hay que engordan mucho, alimentándose solo con cosas poco nutritivas.

Las causas retiradas son todas las cosas que sirven á la conservacion de la vida, y que pueden, segun el uso que se haga de ellas, preparar á esta gordura general. Tales serian por ejemplo, un aire frio y húmedo; alimentos que prestan muchos jùgos, bebidas demasiado espirituosas, la falta de ejercicio, un sueño demasiado largo, la obstruccion de humores, la demasiada tranquilidad del alma, y una calma perfecta de las pasiones.

Acuérdome en efecto, dijo Fatmé de haber leído en las memorias de algunos viajeros, que los pueblos septentrionales son gordos y altos, al paso que los pueblos mas vecinos al sol son mas flacos y mas pequeños, lo cual verosimil-

mente depende de la cantidad de la transpiración que es mayor en un clima caliente y seco, que en uno frio y húmedo. Doy tanta mas fe á estas relaciones, quanto que yo misma he notado que los animales están mas gordos en el invierno que en el estío. Acuérdomé tambien de haber leído en las mismas memorias, que en los países de Europa, en donde hacen uso de la cidra, de la cerveza, ó de un vino grueso, las personas que usan sin moderacion de estos licores espirituosos y nutritivos, estan sugetas á engordar mucho.

Ya veis, mi querido Abdeker, que yo se aprovechar las observaciones que pueden servir á vuestro sistama, y que no me aparto de las ideas que autorizan lo que habeis espuesto. Aun puedo daros una prueba mas completa sobre este artículo.

Ya conocéis á Zaira, la esposa de Calil Palha; tenia una de estas caras bonitas que encantan, sin tener nada de lo que regularmente se puede llamar hermoso. Hace dos años que lleva la vida mas ociosa, mas floja y mas sedentaria, que ninguna de las mugeres de su condicion ha llevado hasta ahora. Ella pasa los dos tercios del dia sobre su lecho, y el otro sentada sobre un sofá. Ella se alimenta de cosas muy jugosas, y por puro capricho hace mucho tiempo que no toma mas que leche, huevos y jaleas de tiernos animales; temiendo tan fuertemente el trabajo que le pareceria fatigar su estómago, sino escogiera los alimentos mas fáciles de digerir. Pues ahora

Zaira está tan gorda que no se distingue ninguna facion sobre su rostro, pareciéndose á aquellos bustos que no están mas que debastados: ¡Qué dichosos serian los maestros, exclamó el Leccinbachi, si las discípulas que tuviesen que instruir fuesen de tanta penetracion como vos. Permitidme sin embargo os haga observar que en la esposicion que acabais de hacer, habeis omitido una de las principales causas de que yo os he hecho mencion. Vuestro corazon criado siempre en la inocencia, acaso no ha reflexionado aun sobre ciertas circunstancias de la vida que inclinan á producir esta corpulencia de que tratamos. Hay un cierto licor, que filtrando en nuestras entrañas, viene á ser el origen de nuestras fuerzas, y del placer que uno siente cuando rinde sus homenajes á un objeto hermoso. Este es un fuego que nos consume si es demasiado activo, ó si se exhala una grande cantidad, pero si es moderado y se emplea con grande economia, el cuerpo engruesa insensiblemente, y el espíritu está resguardado de estas pasiones violentas que podrian destruir esta gordura. Lo mismo sucede cuando se ha destruido el principio de este fuego innato, pues el alma y el cuerpo pierden entonces aquel vigor que caracteriza tambien los seres que disfrutan de toda la plenitud de su existencia. De este modo se engordan y se hacen mas delicados los animales que se quieren presentar á la mesa, y de aqui proviene esta especie de flojedad y gordura de esos monstruos, á quien el emperador ha confiado vuestra custodia.

Abdeker, interrumpió Fatmé, confieso que no he hecho un detalle exacto de las causas que producen esta enorme corpulencia, pero un objeto mas interesante escita mi curiosidad. Quisiera saber que medios emplearais para combatir semejantes causas, y para destruir el estado actual que hubieran podido producir. Supongamos por un momento, que Zaira viene á pedir os consejos sobre este asunto, ¿qué remedios son los que le prescribiriais?

Si Zaira, respondió el médico, pretendiese curarse perfectamente, habria dos puntos esenciales á que atender. El primero seria el proporcionar á la sangre menos partes nutritivas, y el segundo lanzar ó destruir aquellas que ya se hubiesen unido con los demas humores.

Para desempeñar el primer punto pondria yo á Zaira á una dieta mucho mas exacta, es decir, que disminuiria poco á poco la cantidad de los alimentos de que usa diariamente, porque toda alteracion repentina trae tras sí fatales consecuencias. Ademas examinaria escrupulosamente la calidad de estos mismos alimentos, cuidando de darle frecuentemente comidas saladas y cargadas de especias, y algunas legumbres poco jugosas para que entretuviesen la libertad del vientre. Acaso la obligaria tambien á comer mas carne que pan, pues ya hace mucho tiempo que los naturalistas han observado, que los animales carnívoros estan siempre mas flacos que aquellos que solo viven de vegetales. La muger del Bacha Mazoul ha empleado con ventaja estos medios para detener su

gordura que cada día hacia progresos mas rápidos. Le aconsejaria ademas que de noche no hiciese mas que una ligera cena de frutas secas ó confitadas. La penitencia que hasta ahora he impuesto á Zaira, no es muy austera; pero acaso me encontraria demasiado severo, si le mandase dormir poco, y abandonar el blando lecho á donde ella reposa sus miembros, fatigados solo del demasiado descanso, y si le mandose pasear mucho aun en las horas de mas calor, y entregarse á los ejercicios que ella cree hechos solamente para esclavos, pero que son sin embargo necesarios para conservar la hermosura y las gracias, y puede que su cólera se aumentase mas si le ordenase que de tiempo en tiempo diera un libre curso á sus reflexiones, aunque no fuera mas que para conocerse así misma y á los que la rodean.

No sé, replicó la amable georgiana, si Zaira queria poner en práctica vuestro plan, pues ya os he dicho que huia hasta la sombra del trabajo. Peor para ella, respondió Abdeker sonriéndose. Yo creia que dictándole los medios de curarse, se daria prisa á obedecerlos, pero Zaira hara lo que mejor le pareciese; mas sino quiere sujetarse al régimen que propongo, tendrá que recurrir á los medios, que es lo que exige el segundo punto de mi esposicion, y yo salgo por garante, que ella enflaquecerá si se entrega una vez á manos de la medicina. ¿Os hace reir mi proposicion? Acaso me echareis en cara un language que los médicos se han apropiado, y que muchas veces ha sido tachado de oscuro é inteligible; pero para espli-

carse, es preciso usar de los términos que ya el arte ha adoptado por tales, del mismo modo que vuestro sexo da diferentes nombres á los trages, segun tienen un pliegue ó una cinta mas ó menos.

Digo pues, que para espeler la grande cantidad de jugos nutritivos que se encuentra en la masa de la sangre, es preciso procurar el que se aumenten los *eserementos* lo que se conseguirá por los remedios destinados á evacuar, ya por las vias ó ya por la transpiracion.

Ademas de que los purgantes, hacen arrojar los humores gruesos, que se encuentran en el estómago y en el bajo vientre, causan tambien la espulsion de una grande parte de los humores, que sirven al acrecentamiento y mantenimiento del cuerpo humano. Ellos irritan por su actitud y picazon las glandulas de los intestinos, lo que los obliga, para decirlo asi, á dejar una nueva cantidad de limfa, y de mocosidad, que sirve á reemplazar la que acaba de perder.

Se provoca un abundante flujo de orina, ya poniendo en uso los aberitivos ligeros, como el té, ó ya los ácidos vegetales, como la limonada, zumo de agráz y de grosella y las naranjas y granadas. El vinagre se ha mirado siempre como específico cuando se trata de enflaquecer, y la experiencia nos acredita, que de cualquier modo que se haga uso de el, produce siempre este efecto.

He conocido en Arabia un empirico que habia regalado á Zaira una cagita de confites, hechos de las almendrillas de huesos de cerezas. Es-

tos confites no deben ser despreciados, ni mirados como las golosinas que dan á los niños, pues se tiene observado, que los huesos de cerezas escitan abundantemente la orina, y aun aseguran que espelen las arenas, y rompen las piedrecillas que se encuentran en los riñones,

En tercer lugar, soy de parecer se aumente la transpiracion, y se haga sudar, porque la experiencia nos acredita que aquellos que hacen mucho ejercicio, y que por consiguiente transpiran mucho, no llegan jamas á ser demasiadamente gruesos, asi como una persona que lleva una vida sedentaria y floja, enflaquece luego que pasa á otra mas activa y lavoriosa. Esto mismo es lo que ha sucedido á Fatima. Mientras ha vivido en la opulencia, estaba tan delicada, que ni aun podia andar. Ella se hacia llevar á los paseos en silla de manos para hacer ver que era tan abundante en gordura, como en tierras y esclavos. Su marido murió hace seis meses, cubierto de deudas, y caido de la gracia del gran señor, de modo que ella ha tenido que cederlo todo á sus acreedores. Pues ahora reducida á ganar su vida con el sudor de su frente, ha perdido su gordura y ha recobrado su salud.

A vuestro parecer, y segun vuestro sistema, ya está Zaira curada, dijo la jóven odálica; pero una cosa me sorprende, y es que en los remedios que habeis propuesto, no habeis hecho uso de la saugría. En semejante conducta, ¿no hay nada contra los estatutos de Esculapio, y puede uno

creerse del todo curado, cuando no se ha empleado este remedio?

Vuestro tono irónico, contestó Abdeker, sobre un remedio tan generalmente empleado no me impedirá el responder á vuestra abjeccion. Yo se que algunos médicos aconsejan las sangrias frecuentes en el caso de que hablamos, porque estrayendo cierta porcion de sangre, se quita tambien á las partes del cuerpo la superabundancia de su alimento. Admito la sangria por un instante, segun su sistema; pero el efecto que resulta de ella es muy diferente del que ellos se proponen, porque la sangria retardando el movimiento de todos los fluidos, y debilitando la elasticidad de todos los sólidos, no cabe duda en que la linja nutritiva permanecerá mas largo tiempo en los vasos. Por eso los árabes antes de poner sus caballos en las praderas para forragearlos, los sangran hácia el mes de mayo, para engordarlos. Apruebo mas bien la opinion de aquellos, que pretenden en semejantes casos escitar una calentura artificial, la que por la rapidez del movimiento que ocasiona en la circulacion de la sangre, y por la ereccion que da á todas las fibras, disipa la superabundancia de humores, y destruye en poco tiempo la sobrecarga que se habia formado en algunos años.

Me gustan demasiado vuestros razonamientos, para no ponerlos mas objeciones. Mas quiero que me cumplais la palabra que me habeis dado de hacer una disertacion de la gordura, que ataca á algunas partes, aunque lo demas del cuerpo

no parezca sobrecargado de grasa. Cumplid vuestra promesa mientras yo repaso los principios que acabais de establecer.

CAPÍTULO X.

De la demasiada gordura particular.

Frecuentemente sucede lo mismo á los hombres que á las mugeres, continuó el Lecchinbachi, que una parte de su cuerpo engruesa mas que los demas. El vientre y los pechos estan espuestos á hacerse muy gruesos, y las causas generales de que ya os he hablado, producen siempre este efecto. Hay sin embargo otras varias causas occidentales que ocasionan en las mugeres la escesiva eminencia de estas partes, como la preñez y la continuacion de los partos; pero siendo estos casos porticulares susceptibles de mayores detalles, y exigiendo las mas grandes precauciones de parte de los médicos, me permitiréis que pase en silencio toda esta teoria, y que solo os haga mencion de los efectos que resultan de las causas generales, que producen la demasiada gordura.

He visto una muger, cuyo vientre tenia dos varas de circunferencia, de manera que apenas podia andar y mover el peso enorme de su cuerpo. Algunos de sus amigos le aconsejaron llevase un cinturon de sal, y no pareciéndole este remedio de difícil ejecucion, siguió exactamente el consejo y resultó que vino á quedar tan flaca,

que apenas se le conocia. Su dilatado vientre disminuyó dos terceras partes, y su cuerpo recobró aquella agilidad tan necesaria á la conservacion de la salud, y de la hermosura.

Este suceso que sorprendió á cuantos lo presenciaron, no tiene nada de maravilloso, pues la simple aplicacion de la sal comun, es muy eficaz para disolver los humores condensados por su detension en las grandulas.

Las europeas tienen sin duda mayor facilidad para impedir el acrecentamiento del vientre, que las que viven en el Asia y en estas comarcas, pues los trages de las orientales no comprimen suficientemente sus intestinos, al paso que las europeas se sirven de justillos muy firmes y de corsés reforzados con ballenas. Estos corsés estrechan la capacidad del vientre, obligan á las mugeres á tenerse derechas, sostienen el pecho, ajustan las espaldas, y dan al talle una gracia particular.

El defecto que ademas resulta de la demasiada gordura, es un pecho flojo, colgante y voluminoso: vos, hermosa Fatmé, habeis nacido en un pais, en donde no se teme este inconveniente, pues las mugeres de la georgia, de la Mingrelia y de la Circasia, conservan siempre aun en el invierno de su edad, los pechos tan firmes como las europeas en la primavera de sus años, y he leído que estas mugeres cuando sus pechos van tomando incremento, se sirven de fajas para estrecharlos y que no pasen los límites que se han propuesto. Lo mismo sucede con el

pie, que metiéndolo desde la niñez en una babucha estrecha, se conserva tan pequeño, que llama la atención del hombre mas insensible. Algunos médicos han asegurado que el torrongil machacado y aplicado sobre el pecho, le impide crecer, y Plinio asegura, que el pez Escuadra, puesto sobre un pecho flojo y caído, lo aprieta de tal modo, que parece al de una jóven de diez y ocho años. Enseñan ademas otros muchos remedios, que se miran como específicos en estos casos; pero no son mas que unos simples abstringentes que no se diferencian sino por sus grados de virtud.

Os he dicho que se podria contener el pecho, del mismo modo que se puede impedir que el pie se haga grande. Esta es una verdad confirmada ya por la esperiencia, pues en la infancia se puede dar tal forma á los pies que no escedan de un grandor determinado, lo que aumenta los atractivos de una muger bonita. Créo que este gusto natural de la mayor parte de los hombres por los pies pequeños, está fundado sobre cierto principio de delicadeza. En efecto un pie largo y grueso denota casi siempre un bajo nacimiento, una vida ejercitada en los trabajos penosos, ó una negligencia muy grande de cuanto puede contribuir á la hermosura. Al contrario, nada hay mas encantador que un pie pequeño, metido en un calzado limpio y bien hecho. Permitidme que con este motivo os refiera la historia de Rodope.

Esta célebre cortesana hizo construir una de las famosas piramides de Egipto, soberbio mo-

numentos , del número de sus amantes, y del exceso de sus liberalidades. Dícese que un día bañándose en el Nilo , (porque ella era natural de Naucratis, ciudad de Egipto), un águila arrebató uno de sus zapatos, lo trasportó á Menfil, y lo dejó caer sobre las rodillas del rey, que segun la costumbre del pais, estaba dando audiencia en una plaza pública. Sorprendido el rey de la novedad de esta aventura, y admirando la delicadeza del pie por la hechura del zapato, envió comisionados por todos sus estados, con órden de que le presentasen aquella, á quien se le encontrase el zapato compañero. Supieron al fin que era Rodope, y llevándola á la presencia del rey, este le dió inmediatamente su mano, y su corona. Me parece, dijo Fatmé, que aquel pequeño pie marchó con pasos agigantados hácia el templo de la fortuna.

El vuestro, replicó Abdeker, es uno de aquellos que deben pisar el trono: las flores, y los placeres deben nacer bajo vuestras plantas, y los mismos dioses desearian tener la libertad suficiente para ser vuestros esclavos.

No hablais por cierto, le contestó Fatmé sonriéndose el lenguaje del célebre Rubikir. (1)

(1) Rubikir Zacarias Errasis, árabe, padre de Khassis, célebre médico que escribió mucho sobre la medicina, tuvo en tiempo de Mahomet mucha reputacion en Turquía.

¿ vuestro talento , lejos de haberse anublado con el estudio del arte que profesais , ha conservado toda la galanteria de un hombre amable. Pero ya es tiempo de que tomeis algun reposo , y mañana os espero , para que me espiqueis todos los principios de la flaqueza. Lecchin-bachi despues de haber dado las gracias á la bella odálica , de la buena opinion que de él habia concebido , se despidió de ella , y se retiró mas apasionado que antes de sus gracias y de su talento.

CAPÍTULO XI.

Retrato de la flaqueza.

Abdeker no tardó en volver , pues los momentos se le hacian siglos , cuando estaba lejos de Fatme. Perdonad , bella odálica , le dijo , si el asunto de que voy á hablaros no puede ofrecer á vuestra imaginacion ninguna idea risueña y agradable , pero vuestras órdenes me obligan á hablar. Apenas he echado algunas ojeadas sobre la flaqueza , cuando que se me ha representado el hambre , la envidia , los celos y las enfermedades , encerradas en una oscura caverna , no respirando por todo alimento , mas que un aire pestífero. En efecto , en este estado del cuerpo , se alarga el rostro , los ojos se sumen , la boca parece agrandarse , y las mejillas se hunden : el color es amarillento , y algunas veces cetrino : los huesos están elevados , y parecen salir de sus articulaciones : el pecho no ofrece á la vista mas que la triste representacion

de una bóveda, cuyos arcos se cuentan, y las piernas consumidas parecen poder sostener apenas la osamenta de un esqueleto andante. La flaqueza es una fantasma que inspira horror á cuantos la miran. Si las personas han estado antes gruesas, el cútis se arruga, todas las partes del cuerpo se allojan y aquellos sitios, que una descaria encontrar firmes y redondos, no ofrece á la vista mas que unas formas descompuestas, y una superficie cubierta de pliegues, que están denotando una vejez decrepita.

Deteneos Abdeker, interrumpió Fatmé; este cuadro es demasiado espantoso para considerarlo mas largo tiempo. Veamos mejor si es posible poner remedio á tan triste situacion, porque me causan mucha lástima las mugeres dotadas de sentimientos, cuyas gracias estan tan descompuestas, como me acabais de pintar.

Estas son precisamente las que mas espuestas estan á esta descomposicion respondió Abdeker, y vos misma lo podreis juzgar por la continuacion de vuestra conversacion; pero no confundamos las ideas, y procuremos mejor descubrir el origen de tantos males.

CAPÍTULO XII.

De la flaqueza general.

La flaqueza general es aquel estado del cuerpo, en que el tegido mantecoso se encuentra casi destruida, ya sea debajo del cútis, ó ya en

los intervalos de los músculos, lo que sucede cuando las celdillas de este tejido se encuentran privadas de aquel aceite que debe llenarlas. En este estado se ven obligadas á dejarse caer unas sobre otras, y no queda la menor señal de su existencia. Aquí están comprendidas las causas opuestas á las que producen la gordura, que son las que ocasionan este estado. Asi pues la primera causa será la falta de las partes nutritivas, que debe contener la masa de la sangre; la segunda un vicio particular en las digestiones, y en fin, las causas remotas, las cosas no naturales, que ó bien proporcionan pocos jugos nutritivos, ó bien disipan aquellos que ya se han adquirido.

No os hablo aqui de aquellas enfermedades que producen una flaqueza general, como las úlceras en los pulmones, en la thisis, las obstrucciones en las vísceras, en la hidropesia, y las apoplemas en el hígado en la consuncion. En estos casos es en los que los médicos deben poner en sobra los mayores resortes de la medicina, pues es la salud y la vida, las que interesan mas que la hermosura. Pero el estado de flaqueza, que yo he descrito, puede existir sin que sobrevenga ninguna alteracion sensible á la salud. Asi es, que los etiopes, que habitan en un clima caliente y seco, son de pocas carnes, y lo mismo sucede al labrador que trabaja durante el calor del dia, y que no se alimenta mas que de comidas groseras. Los jóvenes lascivos tienen un rostro pálido y desfigurado, y aun aquellos que tienen unas pasiones muy vivas están tambien flacos y descoloridos.

He conocido en Arabia la hija de un rico Sanguiac (1) llamada Zelida. La tranquilidad de su corazon estaba pintada en su rostro con los vivos colores de la rosa y de la granada, y su salud robusta y la frescura de su cútis llevaban tras si las miradas de toda la ciudad. No se habia apercebido del amor que profesaba á un jóven, sino por el dolor que le causó su separacion. Hali era este amante, que ella veia todos los dias y que habia sabido ganarse su corazon por la dulzura de su caracter y la delicadeza de su talento. Hali habia abrazado la carrera de las armas, y la guerra declarada contra la Persia le obligaba á partir á las primeras órdenes de la Puerta Otomana. Habia adquirido una costumbre tan dulce de vivir con Zelida, que temia la vuelta de la primavera á cuya estacion estaba determinada su marcha. Su valor le inclinaba naturalmente á las grandes acciones; pero se le figuraba que ya no volveria á ver á Zelida, á Zelida, á quien él amaba tan tiernamente y de la que cada dia recibia mayores pruebas de cariño. Esta era una conquista cuya posesion le era tan apreciable, que no podia resolverse á dejarla espuesta á un rival. Voy á dejaros, mi querida Zelida, le dijo un dia apretándole fuertemente la mano, voy á dejaros sin remedio; pues aunque mi corazon es vuestro, mi brazo pertenece á mi patria. Turbóse Zelida, y

(1) Sanguiac, título de dignidad en Turquía, especie de gobernador.

este fue el momento en que principiaron sus penas. Nada pudo responderle, y un tierno suspiro fue el precursor de sus lágrimas. Sois demasiado cuerda, continuó Hali, para oponeros á mi gloria, pues cuanto mas cubierto esté de laureles mas digno seré de vuestro amor. Yo volveré vencedor de mis enemigos á ofreceros una mano que habrá sabido fijar la victoria; pero que no podrá recibir la felicidad sino de vos misma. Creed en esta prenda del amor, le dijo, y la estrechó tiernamente contra su pecho.

El padre de Zelida entró en este momento, y ella confusa y agitada se retiró á su habitacion. La inquietud y la turbacion se apoderan de ella, y le disipan hasta la sombra del sueño. La palidez vino á reemplazar aquel hermoso colorido que brillaba sobre su rostro, y su robustez desapareció de tal modo, que cualquiera hubiera dicho que se habia apoderado de ella una calentura lenta que insensiblemente la iba conduciendo al sepulcro. Su dolor no es mortal todavía, pero llega el instante fatal, y la trompeta anuncia á los guerreros que es llegada la hora de partir. A Dios, mi querido Hali, esclama la amante desconsolada; mi corazon va á padecer tormentos mayores que á los que tu te vas á esponer. Acuérdate de tu Zelida que te vuelve á jurar una fidelidad eterna. Hali parte al fin y abandona una amante, á quien apenas le queda un soplo de vida. El triunfa de su mismo amor; pero este triunfo le ha costado mas que todos los de su vida. Preséntase bien pronto al enemigo, y animado

por la esperanza de volver á ver á Zelida, no quiere retardar el combate ni un solo dia, pues cada instante que difiere le parece que es un tiempo robado á Zelida. Ataca con un puñado de gente á un ejército entero, y despues de haber hecho prodigios de valor, y haber causado en sus contrarios una gran carnicería, se encuentra envuelto entre una porcion de enemigos que se disputan la gloria de matarle. Su muerte y la de los suyos es ya cierta y en vano procura hacer nuevos esfuerzos, pues el infeliz es echado por tierra y un tártaro le atraviesa el corazón con su puñal. La hija del Sanguiac habia presentido este funesto accidente por unos sueños espantosos que habian redoblado su inquietud y melancolía, y aunque su padre le anunció esta triste noticia con todas las posibles precauciones, ella desgarró su velo y cayó en una languidez mortal. Yo fui llamado para asistirle y por mis cuidados la volví á la vida (si es vivir el pasar sus dias en la tristeza y el dolor). Le aconsejé se marchase al campo con el fin de apartarla de unos sitios que no podian menos de serle horrorosos, porque la recordaban á cada momento ó ya donde su amante la habia hablado de sus amores, ó ya donde habia estado sentada á su lado; pero el dardo de que estaba herida la seguia á todas partes y jamás mi arte pudo cerrar la herida de su corazón. Separóse enteramente del mundo, y se entregó al estudio de la filosofia. Este estudio, lejos de reparar sus fuerzas debia enflaquecerlas mas, y aunque por el pronto apareció mas tranquila el remedio de

su amante le era aun muy querido, y hacia su principal ocupacion. Enterneciese extraordinariamente sobre la suerte de dos personas que se juran un amor y una fidelidad eterna. Cuando yo dejé de asistirle estaba tan flaca y estenuada que parecia á aquellos espectros cuyos huesos no están cubiertos mas que con el pellejo: sus cabellos que antes eran rubios, se habian vuelto negros; y sus ojos rasgados y brillantes parecian entonces á aquellas luces que se ven brillar á lo lejos en una noche oscura.

La suerte de Zelida me causa mucha lástima, dijo la tierna odálica. Bien comprendo que el amor, la tristeza y las demas pasiones, del mismo modo que un profundo estudio son causas suficientes para privar á nuestros cuerpos de su robustez y de su frescura, pero; ¿qué medio hay para destruir las pasiones? ¿Hemos pues de ser insensibles? Abdeker; acaso tambien vereis algun dia marchitarse las gracias de Fatmé.....!; Ah! exclamó Abdeker, si existe sobre la tierra algun dichoso mortal que deba inspiraros sentimientos de ternura, que sea aquel cuya alma sois, que solo respira por vos, y que..... deteneos, le dijo Fatmé, interrumpiendo á Abdeker, cuyos transportes se iban avivando, ¿no considerais que el Kistar-Agasi (1) está á la puerta, y que acaso nos está escuchando? ¿No reflexionais que perde-

(1) Es decir, el guardian de las vírgenes, ó el superintendente de las salas de las mugeres.

rias al instante la vida si este eunuco infundiese en el espíritu de Mahomet algunas sospechas sobre nuestra conducta? Volyamos á Zelida y supongamos que su flaqueza no fuese el objeto de sus pasiones, ó que ella hubiese podido reprimir las por una fuerza, que no es concedido á todos, ¿cómo os manejariais en esta ocasion para volverla aquella robustez que tan agradablemente lisonjeaba la vista? Hermosa Fatmé, respondió el Lecchin-bachi, me someteis aquí á un exámen, que exige una grande estencion de conocimientos, en el que debo responder; pero espero que vuestras luces suplirán lo que yo deje de deciros.

Examinaria en primer lugar porque motivo no recibia la sangre bastantes jugos nutritivos, y en segundo procuraria conservar los que ya hubiese adquirido. Digo que procuraria examinar porque la sangre no recibia bastantes jugos nutritivos, porque sino existiese semejante causa, seria una barbarie el querer destruirla. La falta de las partes balsámicas en la masa de la sangre puede provenir, ó de un vicio en las digestiones ó de un vicio en el régimen.

El vicio en las digestiones se estiende á muy lejos, y es necesario un ojo muy atento y muy penetrante para seguirle en todos sus progresos. En primer lugar la digestion que se hace en la boca, puede ser mal hecha por falta de una masticacion suficiente en los alimentos, y por la mala calidad de los jugos salivales. Esta es frecuentemente la causa porque los viejos enflaquece. En segundo lugar, la digestion que debe hacerse

cu el estómago puede ser mal hecha por la falta de acción de esta víscera , por la mala naturaleza de sus jugos y por la mala calidad de los alimentos que se ha comido, lo que causa casi siempre diarreas que debilitan y enflaquecen de un modo insensible. Si la tercera digestion que debe hacerse en los intestinos es mala lo que puede suceder por un gran número de causas, resulta un chilo muy grueso que no puede pasar á la sangre y si pasa introduce en ella la semilla de una infinidad de enfermedades. No os hablaré de los muchos obstáculos que el chilo puede encontrar en su camino , pues seria presentaros un tropel de cuestiones escabrosas que un discípulo de Esculapio debe discutir en su gabinete para encontrar en cada ocasion los medios eficaces que pueden remediar semejantes causas.

El vicio en el régimen puede causar los mismos efectos, la temperatura demasiada cálida, y seca del aire, que se debe respirar, la mala elección de alimentos, el uso inmoderado de licores espirituosos, el ejercicio excesivo, las vigili-
 demasiadamente largas, la supresion, ó la mucha abundancia de algunos escrementos, son otras tantas causas, que disminuyen la robustez, y á las cuales el médico debe atender, siempre que se trate de reparar las pérdidas, que han consumido aquel aceite que llena las celdillas del tejido mantecoso. Cuando se han satisfecho todos estos reparos, ya se ha adelantado una gran parte de la obra, pero queda aun lo mas difícil de conseguir, que es conservar en la masa de la sangre

las partes balsámicas, que deben dar al cuerpo aquella robustez, que lo hace agradable á todos los sentidos. Para conseguir este efecto, es preciso templar el ardor, y la actitud de los humores, moderar el curso de la sangre, y dar mas elasticidad á todas las fibras. Yo aconsejaria para estos casos bebidas dulces, y alimentos que presten mucilago, ó viscosidad. La leche, los huevos, la carne de animales jóvenes, y el arroz llenarán una parte de mis intenciones. Quisiera tambien que el sueño fuese un poco mas largo, que el ejercicio fuese ajustado á los límites que exige la conservacion de las fuerzas, y que el espíritu estuviese tranquilo y satisfecho. Los baños frecuentes serian tambien de grandísima utilidad.

A mi me parece, dijo la jóven georgiana, este último remedio muy excelente. Acuérdomé, que en el tiempo que yo viví en Cotatis (1) en casa de Kara-Isouf, ví una de estas egipcias, cuya sola ocupacion es engordar mugeres, que me hablaba frecuentemente de los baños, y de la manera de tomarlos. Voy á referiros todo lo que me dijo sobre este artículo, para que me digais vuestro parecer.

Los egipcios, decia ella, viviendo en un clima muy cálido, tienen mas necesidad que otros pueblos de lavarse frecuentemente para limpiar

(1) Cotatis, plaza fuerte de Asia en la Georgia, capital del país de Imerete, sobre el Phase.

el sudor y el polvo, que se pega al cutis. Por esta razon tienen casas públicas, á donde van á tomar los baños. Las mugeres acuden en tropel, no solamente por conservar la limpieza de sus cuerpos, sino tambien por agradar mas á los hombres, que en este pais estiman á las mugeres en razon á su gordura. Por consiguiente estan siempre ocupadas en engordarse, y se ven algunas de un volumen tan prodigioso, que apenas pueden moverse, por lo que estan obligadas á estar continuamente acostadas. Para conseguir y conservar esta gordura, toman por algunos dias baños de agua dulce ligeramente tibia. En ellos permanecen largo tiempo, y en ellos comen, beben, y se hacen echar algunas ayudas. Esta egipcia me aseguró que engordaban con el método siguiente. Ya que están en el baño, se les presenta de media en media hora un caldo hecho con una polla cebada, y rellena de almendras dulces, avellanas, dátiles, y pistachos. Despues de haber tomado quatro de estos caldos, comen un pollo entero, bien cebado, y las mas se hacen echar en estos intermedios unas ayudas con manteca de oso, ó con una decoccion de salvado, á la que se le agrega un poco de aceite. Al salir del baño, las frotan con perfumes y pomadas de un olor muy suave, despues de lo cual, unas toman antes de acostarse algunos mirabolanos (1) y otras un li-

(1) Estos mirabolanos son frutas de diversas

cor hecho con goma adragante, y un poco de azúcar cande.

Encuentro, dijo Abdeker, esta práctica bastante conforme con los principios que acabo de establecer. Esta egipcia no os ha engañado, asegurandoos, que este método se practica en el Cairo, y estoy persuadido, que en cualquier otro pais son ventajas mas prontas y mas constantes,

CAPITULO XIII.

De la flaqueza particular

No me queda ya continuó Abdeker, sino hablaros de la flaqueza ó delgadez de ciertas partes. Las manos, el pecho y los muslos, pueden estar delgados sin que en el rostro falte la gordura necesaria; pero el método general que os he propuesto, y debe servir en todos los casos particulares. Asegura que el emperador germánico, que tenía los muslos muy delgados, y que habia consultado los mejores facultativos para conseguir remediar aquel defecto, curó no haciendo mas que mucho ejercicio á caballo despues de haber comido. Hay casos, en que el médico debe aban-

especies. Los unos son de color de limon, y otros negros, y su figura es redonda, ú oblonga. Los árabes son los que han introducido su uso en la medicina.

donar semejantes curas, y el interesado no esperar, sino en un esfuerzo singular de la naturaleza. Una parte enflaquecida y consumida por alguna herida, ó por una parálisis, no puede volver á recobrar su antiguo vigor, aunque se pongan en práctica todos los socorros del arte, y no por eso se debe acusar á la medicina de falta de poder, pues hasta ahora nadie ha tenido la injusticia de echar en cara á ningun facultativo su poca habilidad en no hacer retoñar un miembro, que reemplazará al que se cortó.

No me canso, dijo Fatmé, de oiros discurrir. Un gusto natural de aprender cosas útiles me ha hecho acaso demasiado importuna; y mi imaginacion ha estado tan ocupada en las materias de que habeis hablado, que se me olvidaba que Mahomet debe presentarse en el divan (1) y que no dejará de venir á verme. A Dios, Abdeker, procura ganar la confianza del Hastaler-Agasi (2). Mañana os espero despues de haber hecho vuestra visita á la enfermeria.

(1) Divan, es el consejo de estado, ó supremo consejo.

(2) Hastaler-Agasi, el gefe de la enfermeria del serrallo.

CAPÍTULO XIV.

Retrato de Mahomet.

Apenas hubo salido Abdeker del aposento de Fatmé, cuando Mahomet entró en el divan. Su talla era mediana, y recogida: su temperamento propio á soportar las mas grandes fatigas, y su salud no habia recibido ningun ataque hasta la época de la enfermedad de que el médico árabe lo libró tan dichosamente. Su color era verdoso, las cejas muy pobladas, y la vista tan fiera, como feroz su corazon. Su nariz era aguileña, su boca grande, la barba levantada, todo lo cual reunido, le daba un aire temible, el que aumentaba mas sus acciones coléricas y sangrientas. Mas ambicioso que Alejandro, y tan gran guerrero como Cesar, reunia las cualidades mas encontradas; pues tan pronto se sucedia en su corazon la dulzura ó la cólera, como la humanidad á la credulidad. Las virtudes eran siempre en él el fruto de la reflexion ó de la política, y los vicios siempre el efecto de su temperamento. La primera vez que Fatmé se ofreció á sus ojos, una turbacion involuntaria se apoderó á su pesar de todos sus sentidos, y su corazon, que hasta entonces no habia sentido mas que aquel fuego impetuoso, que una sangre viva y ardiente encendia en sus venas, probó en aquel momento la dulzura encantadora de una honesta llama. Acostumbrado á los ejercicios de la guerra, del mismo modo sitiaba un

corazon que bloqueaba una plaza. Acostumbrado á que le resistiesen poco, soldado atrevido y emprendedor, coronado siempre por la victoria, veia sus enemigos besar las huellas de sus pies, y temblar cuando se pronunciaba su nombre. Usando de las mugeres como de sus esclavos la magestad, permanecia sentada á su lado, aun en los momentos en que hubiera debido ceder su lugar á los placeres.

Fatmé sola pudo en un instante encadenar este leon, que parecia indomable, y que tenia bajo sus órdenes á toda el Asia, pues sobrecogido de respeto á la vista de aquella divinidad se acercó á ella con los ojos bajos y se postró á sus pies. Yo sujeto por miedo le dijo, los hombres que me sirven, pero vos sometéis los corazones á los lazos del amor. Reinad sobre mí, y todo mi imperio os queda sometido, pues con tal que yo reine sobre vuestro corazon, soy rey de todo el universo.

Fatmé, acostumbrada solamente á una vida sencilla, y á los entretenimientos de los jóvenes de su edad, quedó turbada, y confusa de los honores que el emperador le dispensaba, y su timidez le hizo guardar por algun tiempo el valor de vuestras bondades, y solo vuestra generosidad, puede igualar el grande, la grande desigualdad que hay entre vuestra condicion y la mia. El amor, replicó el emperador, no conoce clases, y si alguno debe temer que no lo amen por su misma persona, es sin duda el que tiene en su mano el supremo poder. Nosotros no ama-

mos acaso tanto á aquel que nos ha sacado de la nada, por relacion á su persona, quanto por los beneficios que nos dispensa y el sentimiento que concebimos en favor suyo, es mas bien reconocimiento y exactitud que no amor. Reinad, sin embargo y mandad en este palacio que todos se apresuren á agradaros, y que todo obedezca á vuestras órdenes.

El resto del dia se pasó en las fiestas mas galantes, y Mahomet descuidando por algun tiempo las atenciones de su imperio, ordenaba por sí mismo los bailes, los festines y los conciertos, para entretener al objeto de sus amores. Semejante á Hércules, cuando hilaba á los pies de Omfale, no pensaba mas que en pasar dias tranquilos y deliciosos. Despues que Mahomet hubo dado á Fatmé, en presencia de toda su corte las pruebas sinceras de su amor, se la condujo al aposento que le estaba destinado. Allí recibió los cumplimientos de sus competidoras, que corrían en tropel á juzgar de una hermosura, que tanto ruido hacia en el serrallo. Algunas confesaron que era digno del pañuelo, (1) pero otras menos cuerdas ó mas zelosas, le atribuian defectos que no tenia. Irene, la favorita, resuelta á conservar el corazon del sultan, á quien amaba, hizo unas gestiones de que la dispensaba el ran-

(1) El emperador para señalar la concubina que quiere le presenten, le tira el pañuelo, y esta es la señal de la eleccion.

go en que estaba, pero el interés que en ellas llevaba, venció su vanidad. Fué á visitar á la nueva odálica, y darle el parabien sobre sus gracias, y despues de haberla colmado de elogios, y preparado su corazon con un discurso bien espresivo, la llamó á parte, y le habló asi: conozco, hermosa Fatmé los sentimientos del emperador con relacion á vuestra persona, y aunque á mí acaso me habrá amado con mas furor, jamás lo ha hecho con tanta delicadeza. No soy tan injusta, que quiera hacer os un crimen de ello, pues esto seria insultar á los dioses que os han hecho tan hermosa; pero ¿podré yo verme despreciada y no quejarme?... En vano he procurado yo atraerme al sultan, calmando sus furores con mi docilidad, doblegando su carácter altivo con mi paciencia, y fijando sus caprichos con mi constancia. ¡ Ah! una sola mirada vuestra ha echado por tierra todos mis inocentes artificios, y me ha robado un héroe que yo amaba, á pesar de todos sus defectos. Bien conozco la habilidad con que os habeis manejado para no completar su felicidad, y acaso las preocupaciones de la infancia ó el pudor de un alma bien nacida os han hecho retardar un momento, que Mahomet impaciente no tardará en precipitar que Irene teme, pues que la priva de su amante, y que acaso vos deseais, pues os hará participante de los honores el trono con el mayor conquistador del universo. Calmad, hermosa odálica, las inquietudes de una amante desconsolada. ¿ Seréis vos la causa del infortunio, y de la muer-

te de Irene , procurando agradar á su amante , y entregándoos ó los fuegos en que se abrasa ? Hablad pues , y decidme que es lo que yo debo temer , ó esperar de vos....

No sé , amable sultana , respondió Fatmé , si cometeré una indiscrecion , abriéndoos mi corazon , ó si me creereis bastante sincera , para dar crédito á mis palabras. Os confieso , que no habiendo solicitado los honores que me destinan , no me causará pena alguna el verme privado de ellos , y su pérdida me sería mucho menos sensible , por cuanto el amor del emperador nada me interesa , pues sus beneficios me turban sin comoverse , y su indiferencia me causaria sin duda menos inquietudes que su pasion.

La sultana pareció quedar contenta con la respuesta de Fatmé , y se despidió de ella , abrazándola , y asegurándola podia contar siempre con su amistad.

Mientras esta intriga pasaba en el serrallo , Mahomet andaba buscando nuevos medios para agradar á Fatmé , y someter su corazon , que le habia parecido insensible á su amorosa declaracion. Esta resistencia era un nuevo estimulante para su amor , y Mahomet no conocía obstáculos que no pudiese vencer. Hizo construir el Geni-Sarai (1) en donde debia desplegarse toda su grandeza y magnificencia , por la basta estension

(1) El serrallo nuevo.

de sus habitaciones, la riqueza de sus muebles, y la hermosura de sus jardines. Para desempeñar su intento, llamó de nuevo al pacha Ibraim, hombre muy inteligente y que habia estado al servicio de la despena (2) Maria, madrastra del emperador. Este pacha condujo los trabajos con tal actividad, que al cabo de poco tiempo pudo el emperador alojar á Fatmé con toda su comitiva. La primera vez que el sultan entró en él, fue despues de su convalescencia, y la visita que hizo en este momento á la hermosa georgiana, habia sido muy corta, á causa de la multitud de negocios que se habian descuidado mientras su enfermedad, y cuyo arreglo exigia sin demora el interes del estado. Mahomet habia ido al divan, menos para pedir consejo á los visires que para seguir cierta forma de gobierno que se habia propuesto, y que no lo tuviesen por el solo autor de algunos funestos contratiempos, que podian resultar de algunas empresas arriesgadas.

Mahomet á la salida del divan, en el que ya se habia firmado la guerra contra Scanderberg no dejó de ir á ver á Fatmé, como ella esperaba. Vos sois, le dijo al verla, el principal adorno de mi imperio, y este soberbio palacio que para vos he hecho construir, y que está anunciado mi grandeza, solo seria una oscura morada, sino es-

(2) Despena. Título que se da á las princesas griegas.

tuviese iluminado por vuestra presencia. Con cuanto desconsuelo , y con cuanto esfuerzo sobre mí mismo , me he resuelto á dejaros un poco de tiempo ! Pero voy á presentar mis tropas al enemigo , que deben atacar , y al instante vuelvo á postrarme á vuestros pies.

Fatmé, que no sentia por el sultan aquel fuego en que secretamente se abrasaba por Abdeker, le respondió con un discurso , que tenia mas de político y sagaz que de amoroso. No quiero, le contestó, oponer ningun obstáculo á vuestra gloria , pues la afrenta recae igualmente sobre el que la causa que sobre el que la recibe. Sin embargo procurad conservar una vida que es tan preciosa á vuestros estados que todos vuestros pueblos han creído ya perdida, y que solamente la ciencia de Abdeker ha podido conservaros. Estremeciósese despues de haber pronunciado un nombre que le era tan querido , y temió que el emperador sospechase que su corazon tomaba un interés muy vivo en cuanto tenia relacion con este médico ; pero el sultan interpretó á su favor aquel estremecimiento , y creyó que semejante conmocion era solo efecto de la sensibilidad de su querida y del amor que ya le profesaba. Lisonejado con esta prueba de ternura , le tuvo los discursos mas tiernos y no se separó de ella, hasta haber pasado á su lado una gran parte de la noche ; noche en que el amante sentia ya toda la fuerza de una completa convalecencia, sin querer apesar de ello obtener nada sino de la liberalidad y reconocimiento de su querida : noche en que la

jóven odálica puso por obra todos los ardides y efugios imaginables para detener los intentos de un amante apasionado sin exasperarlo y de un dueño despótico sin irritarlo (3).

CAPITULO XV.

Sitio de Croia.

Al dia siguiente partió Mahomet á la cabeza de doscientos mil hombres, y fue á camparse en unas llanuras mas abajo de Croia, ciudad de Al-

(3) Esta resistencia á los deseos de un sultan que no conocia otras leyes que las de su voluntad, nos ha sorprendido y sorprenderá sin duda á nuestros lectores. Encontraremos sin embargo otro ejemplo en su historia. Cuando Mahomet se apoderó del Negro-Ponto, hicieron sus tropas un prisionero llamado Pablo Erizo que habia nombrado gobernador por los venecianos. Este hombre de un raro valor, tenia una hija llamada Ana Erizo, que tambien fue hecha esclava. Viendo los genizaros su singular hermosura, la presentaron al emperador, quien aceptó gustosísimo un tesoro tan precioso. Jamás pudo Mahomet vencerla, y esta jóven magnánima estimó mas bien morir que consentir en los deseos de un enemigo, que faltando á su palabra habia dado inhumanamente la muerte á su padre.

bania, situada sobre una boca escarpada, las ventajas de su situacion la hacian pasar por inespugnable, ó á lo menos la ponian en el caso de no tener que temer mas que el hambre. El sultan habia ya otra vez hecho este sitio bajo las órdenes de su padre Amurat, pero esta capital de los estados de Scanderberg fué defendida entonces con tanto valor, que los otomanos tuvieron que levantar el sitio despues de haber perdido la parte mas considerable de su ejército. Amurat sintió tanto este accidente, que cayó enfermo, y murió de vergüenza de no haber podido lograr su empresa. Scanderberg era este mismo enemigo, que el emperador Herco iba otra vez á combatir; enemigo temible, y que fatigó mas á Mahomet por su valor y su conducta, que todas las ligas de los principes de la Europa. Nadie como este rey de los albaneses habia hasta entonces sabido aprovecharse tambien de la rara disposicion de un pais cercado de bosques, de montañas y de escabrosos desfiladeros. El destruia incensantemente á sus enemigos, y ya por movimientos prontos, ya acertados, ó ya por emboscadas bien colocadas, y tan pronto semejante á aquellos torrentes que de repente se ensoberbecen arrollaba todo cuanto encontraba en su camino, y tan pronto semejante al rayo penetraba hasta en los lugares que parecian mas resguardados. Los ejércitos innumerables de los turcos hubieran siempre podido envolverlos en campo raso; pero como hábil capitán echaba mano de los ardides de la guerra. Por este medio logró economizar la sangre de sus sol-

dados, defendió la libertad de su reino y puso una barrera impenetrable á la ambicion del emperador otomano.

Campado ya el ejército á tiro de cañon de Croia, Mahomet siguiendo su costumbre, visitó los esteriore de la plaza, y le intimó la rendicion; pero la guarnicion no respondió mas que con flechas y cañonazos. A esta respuesta siguió una salida intempestiva y de las más vigorosas, de resultados de la cual, pereció una gran parte del ejército de los turcos. El sultan infatigable por su parte, estrechó el sitio con ataques muy vivos; pero la resistencia de los sitiados y las continuas diversiones que su general hacia á los sitiadores causaron la paciencia de Mahomet, y le hicieron conocer que teniendo un adversario que se defendia tan valerosamente, la conquista de la Albania debía durar lo menos un año entero. Por otra parte la imagen de Fatmé se presentaba frecuentemente á su imaginacion y se consumia con el deseo de volverla á ver y triunfar de su corazon, y aunque la gloria lo detenia, el amor fue mas poderoso en esta ocasion. Prefirió pues los mirtos á los laureles, y dejando el mando de su ejército á Mustafá y á Balabano que era el primero que habia entrado con las armas en la mano en Constantinopla, voló á su serrallo, previniéndoles cambiásen al momento en bloqueo el sitio de Croia.

CAPÍTULO XVI.

De los baños y de la blancura del cútis.

Durante la ausencia del emperador reiteraba Abdeker sus visitas á Fatmé, que cada dia se le iba haciendo mas querida. La sultana para autorizar estas visitas y evitar las sospechas de los vigilantes, fingió una ligera indisposicion por lo que con el dictámen del médico se señaló el dia siguiente para ir al baño y tomar en él el Serkis. (1) Los baños del serrallo son las habitaciones que se han construido con mas gusto y magnificencia. Se entra primeramente en una antecámara enlosada de jaspes de diversos colores, cuyo dibujo presenta la vista mas agradable y variada. De aqui se pasa á una sala guarnecida de ricos muebles y rodeada de espaciosos sofás á la turca, destinados á reposar y prepararse para entrar en el baño. Despues de haberse desnudado en esta habitacion, se pasa á la sala de los baños adornada con seis columnas de porfido que sostienen una media naranja guarnecida de grandes cristales. Las paredes están entalladas de nácar, cuyos visos reflejados sobre la que se baña prestan al cútis un brillo que lo hace parecer mas blanco y mas terso. El baño que está colocado en medio de la sala, presenta la forma

(1) Véase la observacion primera.

de una concha, y está sostenido sobre una especie de trono guarnecido de conchillas de varios colores, de corales y de las mas esquisitas perlas. Este trono sirve para ocultar los tuvos, que conducen las aguas frias y templadas, de manera que la jóven odálica podia dar á su baño el grado de calor que mas le acomodase. A un lado de esta sala hay un cuarto, en el que se yerben en grandes calderas diferentes plantas aromáticas, cuyo vapor se distribuye imperiosamente por cañones, que al mismo tiempo que esparcen un dulce calor, exalan un olor delicioso. En el lado opuesto hay otra habitacion, construida con magnificencia y adornada con ricas colgaduras. Bajo de un dosel resplandeciente á causa de la grande cantidad de piedras preciosas con que está guarnecido, se ve un lecho formado de la mas tierna pluma, en cuyos contornos arden en braserillos de oro los aromas mas esquisitos y suaves del oriente. Aqui era donde varias mugeres destinadas á este empleo, esperaban á Fatmé para enjugar su cuerpo al salir del baño, y esparcir en él las mas suaves esencias, y aqui era tambien, donde la jóven odálica despues de haberse perfumado con graciosos olores, tomaba algunas horas de reposo, y se entregaba á un sueño dulce y voluptuoso.

El Lecchin-bachi se presentó á la puerta de este lugar encantador, y el Hamangi-bachi, (1)

(1) El intendente de los baños.

duda dejarlo entrar en un sitio, en donde ningún hombre excepto el emperador podia penetrar, pero Abdeker manifestándole que Fatmé estaba indispuesta y que tenia una absoluta necesidad de sus auxilios, lo persuadió á que le abriera la puerta, con lo que logró llegar al sitio en que la hermosa georgiana se estaba bañando. Las gracias desnudas de Fatmé fijaron todas sus miradas, y nadando su corazón en la voluptuosidad, estaban sus ojos animados con el deseo, mientras que su boca permanecía cerrada á causa de la presencia de los que servian á su dueño.

Fatmé por su parte estaba ardiendo en medio de las aguas, y su aire satisfecho parecia responder á los descos de Abdeker, pues unas veces fingiendo cambiar de posición, le descubria unos tesoros, cuya posesion miraba este como el bien supremo, y otras elevándose un poco sobre la superficie de las aguas, dejaba ver una garganta que incitaba á que la besasen. Erale igualmente peligroso el dejarle transpirar el fuego en que ella se abrasaba, y era tan grande su embarazo, que casi se arrepentia ya de haber hecho venir su amante, que por su parte apenas podia respirar, haciéndosele un tormento cruel todos los placeres que disfrutaba. momento escabroso en que abdeker tenia necesidad de toda su prudencia, y de toda severidad para consigo mismo. Pensó pues distraer sus ideas en el instante, en que sus sentidos estaban lo mas agradablemente lisongeados.

Ya es tiempo dijo á Fatmé, de que tomeis una taza de serkis, pues el baño ha abierto ya

demasiadamente los poros, y la transpiracion será libre y copiosa. Inmediatamente Crisolita que era la jóven de mas confianza de Fatmé, trajo una grande taza, hecha de una sola Agata, Abdeker tuvo el placer de echar el serkis por su mano, y presentarlo á la hermosa odálica, quien se manifestó muy reconocida asegurándole, que jamas habia encontrado aquella bebida tan deliciosa, y que los remedios unidos de una persona tan apreciable, no podian menos de producir unos efectos muy saludables. Hoy, respondió Abdeker con un tono espresivo, he tomado el empleo de Copero de los d.oses, y quisiera tener sus facultades para verteros en esta copa la inmortalidad.

La conversacion se iba haciendo cada vez mas interesante; pero por fortuna no habia mas testigos que Crisolita y algunos eunucos sordos y mudos que la acompañaban. Sin embargo, hubiera sido muy peligroso continuar bajo el mismo tono, pues las mugeres que habia en los cuartos inmediatos hubieran podido oirlo, y sospechar que tanto celo nó procedia de las órdenes del emperador. Abdeker se convenció de ello apesar de los transportes de su amor y para evitar toda sospecha, creyó debia hablar de cosas indiferentes, y discurrir sobre lo que habia sido el objeto de sus anteriores conversaciones.

Vos sois, le dijo, un espejo tan escelente de la hermosura, que no se os puede mirar sin pensar en este precioso don de la naturaleza, y sin desear conservarlo cuando se posee, ó adquirirlo cuando por desgracia no se disfruta. Habeis con-

venido conmigo en que haya medios de reparar los defectos que pudiesen causar á la hermosura, la mucha flaqueza ó la gordura demasiada, y todavía me queda que hablaros de otra cosa tanto más interesante, cuanto que es la primera que se presenta y hiere la vista. Esta es el color del cútis, pálido, moreno ó verdinegro y causarnos una sensación desagradable, porque supone un vicio particular en el sugeto. Despreciando el modo de pensar de los etiopes que creen que una tez muy negra y una nariz muy aplastada son dos cosas esenciales á la hermosura, os hablaré solo de la opinion admitida en nuestros climas que se reduce á que, un cútis muy blanco sobre el que se halle esparcido un barniz sonrosado, es el color mas perfecto y mas agradable. Yo creo esta opinion tanto mas justa, cuanto que semejante colorido anuncia siempre una buena constitucion y que la salud no puede altarse sin que él tambien padezca y se descomponga. Es tambien la eñal característica del temperamento, y asi es que por el color se puede distinguir fácilmente un bilioso de un sanguíneo y un pituitoso de un melancólico; pero las personas de un temperamento sanguíneo, son por lo regular las que tienen unos colores mas vivos y hermosos y es muy justo que semejante complexion reciba de las manos de la naturaleza, las mayores ventajas, por cuanto esta constitucion es la que dispone mas eficazmente á los placeres de los sentidos.

¿ Seré yo acaso de ese temperamento, preguntó Fatmé? Me parece que le prodigais vues-

tros elogios con mucha complacencia. Sin embargo, he oido decir que las personas de esta constitucion son sensuales, coléricas é inconstantes.

Confieso, respondió Abdeker, que eso es en algun modo verdad ; pero , hermosa Fatmé, vos poseis todas las virtudes de este temperamento sin tener los vicios que él causa pues, vuestro cuerpo está penetrado de sus buenas calidades y vuestra alma es del temple de la de los sábios.

Sabeis, replicó Fatmé, salir con maña de una senda escabrosa, sin embargo aun tendria algunas objeciones que haceros, pero quero mas bien que continueis vuestro discurso.

Hay varias causas internas, prosiguió el médico que pueden hacer cambiar este color blanco y sonrosado de que os he hablado, como por ejemplo la descomposicion del estómago, las obstrucciones del hígado, la supresion del tributo lunar y otras mil causas que atacando cruelmente á la salud, insultan al mismo tiempo á la hermosura. Las causas esternas son todas aquellas en que tiene parte nuestro régimen de vida. Por descontado el aire tiene una influencia particularísima para conservar ó marchitar las rosas de un bello cútis, y de aqui proviene que aquellos que habitan en regiones templadas son muy blancos y de un hermoso color, é igualmente resulta que las personas que se esponen con frecuencia al ardor del sol están tostadas. Las vigiliass demasiao largas, los grandes trabajos, como tambien un sueño muy prolongado, echan á perder los colores, y el mismo efecto producen el temor, las penas, la es-

esiva aplicacion , los remordimientos de la conciencia , y todos los placeres carnales usados con esceso , aun el amor mismo que parece debia proteger las personas que le están sometidas por el deseo ; pero que están retenidas por motivos poderosos , tiene alguna vez la crueldad de señalar su rostro de un modo que suele durarles mucho tiempo ó no borrarse jamás.

En este momento miró Fatmé á Crisolita , que aunque conservaba aun sobre su rostro rasgos de una rara hermosura , tenia el color algo pálido y un cerco cárdeno al rededor de sus ojos. Me parece dijo la jóven odálica , que Crisolita está en el caso de que acabais de hablar ; tendrá sin duda necesidad de vuestros consejos y vos me pareceis un médico que sabrá conciliar los remedios que al mismo tiempo que destruyan la enfermedad no dejen de satisfacer al gusto.

Sonrojóse Crisolita , que á la verdad no creyó venir á servir de objeto á la conversación , y aunque conocia perfectamente toda la verdad de semejante discurso , estaba su alma tan agitada que no encontró mejor medio para evitar las miradas de Fatmé , y las cuestiones de Abdeker que el de retirarse á un balcon , lo que impidió notasen el embarazo en que se hallaba.

La mala eleccion y la demasiada cantidad de alimentos , continuó Abdeker , son otras tantas causas que alteran el colorido del cutis , y así se vé que las personas que hacen uso del pan de cebada , están mas pálidas que las que comen el de trigo ó maiz , y está probado que el comino y el am-

mi destruyen tambien los colores por una virtud que les es característica. De estos medios se valian los secuaces del orador Portio-Latro para imitar su excesiva palidez, y de los mismos usaba Julio Vinder para egañar al emperador Neron, fingiéndose enfermo. Las carnes saladas no producen mas que humores muy gruesos, alterando las gracias de un bello cutis y el mismo efecto causan las aguas pantanosas, ó de una mala calidad. Acuérdomé de haber leído, que cuando los antiguos querian conocer si las aguas de un pueblo eran buenas, no hacian mas que consultar el color de sus habitantes. En fin, es necesario para obtener un bello colorido, que las secreciones y excreciones se hagan de una manera muy exacta, sin cuyo requisito no se puede lograr, pues por poca atencion que se haga se verá que no hay persona que no lleve sobre su rostro las señales de un vientre muy suelto ó muy obstruido; pero para detallar los remedios que pueden aplicarse á cada circunstancia, vuelvo á hablar de todas estas causas.

Cuanto mas fuertes son las intemperies del aire tantas mas alteraciones puede recibir el cutis, por lo que es necesario evitar con cuidado el aire demasiado cálido ó demasiado frio, y por decontado el helado viento del norte, y el borrascoso del mediodia. Los antiguos que vendian esclavos como sucede hoy en el Bazar (1) les cu-

(1) Asi se llama el mercado en donde se venden los esclavos.

brian el rostro con una especie de tierra muy suave amasada, para preservar su cútis de las impresiones de un aire demasiado activo, y me han asegurado que las genovesas se untan el rostro con el zumo de yerba mora (1) cuando les precisa esponerse al sol; pero yo no encuentro otro remedio mejor para no tostarse que usar de un velo como es la costumbre de este pais. Pero si apesar de todo el esmero posible, se tostate el cútis, se pueden servir con mucha ventaja de aguas destiladas de rosas, de lirios, de fresas, de habas y de melones; de leche de burra, ó de muger, y en fin, otros muchos remedios frescos, y dulcificantes. Conozco algunas mugeres que tienen un cuidado estremado con su hermosura, y me han asegurado que nada blanquea tanto el cútis como esponerse por la noche al sereno ó pasearse á las orillas del agua cuando se levanta un poco de niebla. Cuando os hable de las pecas os haré una esposicion mas larga sobre este particular, pues ahora voy á participaros un lance que viene muy bien al objeto de que tratamos.

Una jóven turca, llamada Zinzima, hija de un Bostangi (2) de Constantinopla, era esclava de Azor Kadilesquer, (3) de Erzerum. Azor la

(1) Es una planta muy dulcificante, refrescante y aun narcótica.

(2) Jardinero del serrallo.

(3) Primer magistrado de una ciudad.

tenia ocupada en cultivar las plantas de su huerto, y gustándole á él tambien este ejercicio, aliviaba frecuentemente los trabajos de Zinzima. Esta jardinera tenia los ojos negros y vivos, el rostro bien cortado y gracioso, pero el cútis bastante tostado. Por lo demas era alta, bien dispuesta, pronta y diestra en todo lo que hacia: muy cuerda en sus respuestas y divertida y chancera en sus conversaciones.

El Kadilesquer, hombre de un escelente carácter, hacia seis meses que habia perdido una muger que amaba mucho, por cuya causa habia abandonado su Harem (1) para entregarse todo á su dolor, retirándose á una casa de campo que tenia en las cercanías de Erzerum. Al dejar la ciudad habia jurado no empeñar de nuevo su corazon en los lazos del amor, y para ser fiel á este juramento queria vivir siempre en la soledad. Al principio no hizo atencion en Zinzima; pero agotándose poco á poco su llanto, vió á este objeto con algun menos desinterés. Contaba conque la jóven jardinera se tendria por muy contenta y vanagloriosa con satisfacer su pasion, y aproximándose á ella con un aire firme la atacó como una plaza que debia tardar poco tiempo en rendirse; pero Zinzima, que naturalmente era

(1) Asi se llama el serrallo de los particulares, pues el nombre de serrallo solo se da al del gran señor.

ambiciosa , y que tenia tanta reserva en su corazon , como penetracion en el talento , hizo la mas fuerte resistencia y cansó todos los esfuerzos del Kadilesquer. Pretendia ella, oponiendo este obstáculo , aumentar el ardor de Azor , y cambiar aquel fuego que sin duda habia sido producido por una larga continencia en una pasion que le proporcionase las mayores ventajas. Azor efectivamente no perdió ánimo por haberle salido mal la primera tentativa , y puso varias veces por obra los ruegos , las amenazas , las recompensas y los malos tratamientos ; pero la firme y constante hija del Bostangi no cedió de lo que se habia propuesto. En fin, el Kadilesquer, ya sin esperanza, le preguntó un dia , qué le era preciso hacer para que ella consintiese en sus deseos.

Pues que exigis de mí esta declaracion, le contestó Zinzima, os digo: que jamás consentiré en lo que pretendéis obtener de mí, sino es casandoos conmigo , pues yo quiero ser vuestra esposa , y no el vil instrumento de vuestros placeres, porque apenas hubierais satisfecho vuestra pasion, cuando os cansariais de mí , y me hariais conducir á vuestro harem para aumentar el número de vuestras esclavas.

Sonrióse Azor al oír semejante proposicion. Tú sin duda no te acuerdas, le dijo, de tu condicion, amable jardinera, ó te olvidas de que estás hablando con un juez delante de cuyo tribunal todos tiemblan. Yo sé, le contestó Zinzima, que en el Imperio otomano, un turco no se casa sino por eleccion, sin reparar en el nacimiento, que solo es el efecto de una casualidad.

Azor comprendió bien que tenia que luchar con un enemigo de fuerzas poco comunes y pensó que le seria mejor sorprenderlo en sus trincheras que no combatirlo cara á cara , para lo cual imaginó proponer á Zinzima una cosa que le parecia imposible de ejecutar. Desde luego , le dijo, consiento en someterme á la fuerza de tus razones, y cambiar tu condicion de esclava en la de esposa mia, siempre que tu misma puedas cambiar tu cútis tostado , ponerlo tan blanco como la leche y tan brillante como la nieve.

Cualquiera otra que no hubiese sido Zinzima, hubiera perdido toda esperanza al oír semejante propuesta, pero ella tenia demasiados recursos en sí misma para vencer cuantos obstáculos se le opusiesen. Sabia que yo iba muchas veces á visitar á su amo, y un dia me detuvo al ir yo á entrar en el jardin á donde estaba Azor, y despues de un largo discurso en que me pintó toda su pasion por ella , é igualmente el amor que ella le profesaba, me dió parte de las condiciones que habia puesto para verificar su union. Yo estuve largo tiempo reflexionando sobre el medio de que me valdria para que la amable jardinera saliese con su empeño y lo primero que le aconsejé fue que tratase de ablandar su cútis lavándose frecuentemente con leche de cabras, y algunos dias despues le llevé una especie de pomada compuesta con aceite de Behemen (1) bismut (2) y cera, á la que dí

(1) Arbol aceitoso que se cria en Arabia &c.

(2) Cuerpo mineral entre blanco y amarillo.

despues el nombre de blanquete (3). Zinzima lo estendió inmediatamente sobre su rostro que se puso tan blanco como la nieve, y Azor sorprendido con esta transformacion y persuadido de que este esfuerzo de su jardinera era la mayor prueba de su amor, le cumplió su palabra y se casó con ella.

Me admira, dijo Fatmé, el manejo de Zinzima, y estoy tan sorprendida de su resolucion, como del modo con que contribuisteis al éxito de su empresa. Para hacer mas constante, continuó Abdeker, este fenómeno que desembarazó á Azor de su juramento, aconsejé á Zinzima que usase un régimen de vida muy exacto, y se lo prescribí casi tan severo, como á un convaleciente porque la persona que quiera conservar el hermoso color del cutis, no debe engendrar sino buenos humores, lo que no puede conseguirse sino viviendo sobriamente y teniendo un gran cuidado en la eleccion de los alimentos.

Los antiguos tenian cierta prevencion sobre los que se deben usar para conservar la hermosura, y Dioscorides asegura que se da mucho lustre al cuerpo y al color usando de higos y garbanzos, y purgándose de tiempo en tiempo con el agarico. Algunos médicos aseguran tambien que la pimienta, la canela, el azafran y los espárragos, tienen una virtud particular para realzar el

(3) Véase la observacion segunda.

brillo del cútis; pero todos estos medicamentos no causan este efecto, sino porque ó ya avivan la lentitud de las digestiones, ó ya ponen en movimiento los humores estancados en los vasos, lo que los hace entrar naturalmente en la clase de los cosmeticos que no obran sino por una virtud determinada. Yo sin entrar en discusiones digo, que todas estas precauciones serian inútiles si el espíritu estubiese en una perfecta tranquilidad. El hombre llevado de uu ardiente deseo de aprender, se pone amarillo sobre los libros; el criminal, que espera en un calabozo el justo castigo de sus maldades tiene un color aplomado: el malvado cuya conciencia está agitada de remordimientos, tiene el rostro pálido: el que se deja dominar de la tristeza y melancolía tiene la tez morena y amarilla, y el que se entrega escesivamente á los transportes del amor tiene unos colores tan variables como los del cuello de una paloma. En una palabra, solamente una cierta serenidad de espíritu es quien puede conservar el hermoso colorido de que os he hablado. En fin, encargo que se tenga mucho cuidado en que los humores se separen en suficiente cantidad por los caminos que les están destinados y que los escrementos pasen por las vias señaladas por la naturaleza.

Conozco un iman (1) que tiene tanto cuida-

(1) Sacerdote que hace las fenciones de cura en las Mosqueas.

do con esto , que ya toca en esceso. No espera que la naturaleza haga por ella misma sus funciones ordinarias , y cada mañana se da dos ó tres ayudas de agua ligeramente tibia para refrescar sus entrañas y conservarse el cútis fresco. Semejante manejo le ha salido tambien , que su rostro está lo mas fresco , y sonrosado que se puede ver , pues parece que en él han colocado su trono la robustez y la salud. Bien conozco , que las ayudas son de un gran socorro en el caso de que aqui se trata ; pero el uso debe ser moderado y no degenerar en habitual , despues de todas las observaciones autorizadas por la razon y la esperiencia: no me queda ya sino hablaros de los baños tan necesarios para conservar la blancura del cútis , como para limpiar las suciedades que á el se pegan y para proporcionarle aquella elasticidad de que el aire lo priva por su continuo contacto.

El baño se toma tanto por el gusto como por la limpieza , pero no debe tomarse sino con muchas precauciones para sacar de él todas las ventajas de que es susceptible , y no esponerse á una cadena de males que resultarian de nuestro descuido ó de nuestra imprudencia. Las ventajas del baño ademas de las que yo os he dicho , son de tener el movimiento de la sangre si acelerado , apagar el ardor de las entrañas , disolver los humores gruesos , endulzar los jugos demasiado acres , decretir las durezas de las vísceras , calmar los dolores violentos , abrir los poros y facilitar los caminos de la circulación.

Es preciso no meterse en el baño , cuando el

estomago está cargado de alimentos, pues la digestion se debilita en este momento, y ya se han visto algunos temerarios pagar con su vida el placer á que aspiraban. Seria tambien peligroso meterse en el agua cuando la sangre está muy disuelta ó cuando los humores estan agitados por la calentura ó por alguna pasion violenta, como tampoco cuando el cuerpo está aun ardoroso del trabajo, ó cubierto de sudor, pues por no atender á estas circunstancias, se han visto las mas rebeldes enfermedades, y abrirse las tristes avenidas que conducen al sepulcro.

Los baños frios, como los que se toman en los rios, pueden ser útiles á un gran número de personas; pero aquí solo tratamos de los caseiros, y asi es bueno tomarlos ligeramente tibios y con corta diferencia al mismo grado de calor de nuestros cuerpos, pues los baños muy calientes arrugan el cútis y enervan las fuerzas.

Hay otros baños que se llaman artificiales, como los que se toman con la decoccion de plantas aromáticas, ó de yerbas emolientes. Estos tienen todas las virtudes de los naturales, y además gozan la ventaja de comunicar al cuerpo una esencia aromática, que les hace exálar un olor agradable.

Los indios y los egipcios, habiendo advertido que en los tintes de las telas de seda, usaban de atincar (1) se han servido de él con mucha ven-

(1) Palabra árabe, que significa borra, especie de sal.

taja para sus baños, pues comunica á la téz el brillo mas hermoso que puede desearse. Algunas mugeres que tienen un cuidado especial en su hermosura, se bañan en leche para dar mas suavidad y delicadeza á su cútis, é igualmente para disipar algunas comezons incomodas, y en los historiadores leemos, que Popea, muger de Neron no se lababa el cuerpo mas que en leche de burras, y que le mantenian quinientos de estos animales, para que abasteciesen la necesaria á este uso. Esta leche, como tambien la de cabras, quitan las arrugas del cútis, y le dan un lustre, que lisongea estremadamente la vista y el tacto.

Aqui es donde yo podria ostentáros las riquezas del tocador, haciéndoos la enumeracion de todas las aguas y pomadas que se han compuesto para hermohear el cútis, y de las diferentes pastas que se han compuesto para limpiar las manos; pero esta materia es inagotable, y si se debe juzgar de la importancia de una cosa, por las frecuentes pesquisas y tentativas de los hombres, se convencerá uno fácilmente de la estimacion que se hace de la hermosura, por el número prodigioso de reeetas, que se encuentran, ya sea para conservarla, ó ya para repararla. Me dispensareis que os entretenga hoy en una materia tan dilatada, pues ya hace mucho tiempo que estais en el baño, y recelo haberos hecho pasar los límites que la medicina, prescribe á los que se bañan, pero os entregará la mas pronto que me sea posible un manuscrito

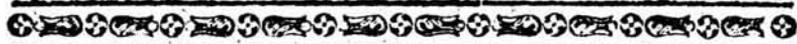
(2) en donde recogeré con cuidado las mejores composiciones que se han inventado para el reparo, ó el adorno del cútis.

Fatmé aprobó el proyecto de Abdeker, y le dió gracias por su complacencia. Al mismo tiempo le replicó pasase á la antecámara, donde Crisolita tenia que hablarle. Poned mucho cuidado en todo lo que os diga le dijo Fatmé, pues será servirme á mí el prestar todos vuestros auxilios á los males que padece esta jóven. El médico se despidió de Fatmé, protestándole que su único deseo era el de complacerla, y que seria preciso le faltase la medicina para no encontrar el remedio á la enfermedad de Crisolita.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

(2) Véase la observacion tercera.



SEGUNDA PARTE.



CAPITULO I.

De las enfermedades del cútis.

Dos días estuvo Abdeker sin ir al serrallo, cuya tardanza puso á la tierna odálica en la mayor tristeza y consternacion. ; Qué largos son los días, decia suspirando, para los amantes separados y, qué cortos para los amantes reunidos ! De este modo estaba discurriendo, cuando Abdeker se presentó á su vista. Ya vuelvo á vivir, exclamó, saliendo del abatimiento en que estaba, pues apercibo la luz que vivifica mis sentidos. Y tú, Abdeker, si yo he podido leer sobre tu rostro, y comprender por tus conversaciones que yo no te soy indiferente ; cómo puedes sin fastidio.... mas digo, sin dolor estar tanto tiempo sin ver á la que



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife

GOBIERNO DE ANDALUCÍA

JUNTA DE ANDALUCÍA

amas ? Ya el astró del dia ha hecho dos veces su carrera al rededor de la tierra y no he logrado verte sino en mis sueños y en mi imaginacion. Si puedo juzgar de tu corazon por el mio , me parece que el amor de que estoy penetrada, es mas vivo y mas impaciente. ¡ Ah Fatmé ! respondió el médico , mi ternura para con vos no es una ternura fingida y podeis conocerlo por los movimientos que os han hecho conocer mi pasion, antes que mis labios se atreviesen á manifestarla. El amor que os profeso está tan lleno de respeto, que hubiera temido incurrir en vuestra indignacion, si por demasiada temeridad hubiera aventurado una declaracion que hubiese podido desagradaros. ¡ Pero conociendo la debilidad de mi temperamento, replicó Fatmé, porqué os habeis estado dos dias sin verme , dejándome abandonada á mí misma en el tiempo en que mas necesidad tengo de vuestros consejos ?

Estas reconvenciones me serian mas sensibles si hubiese estado menos ocupado de vuestra persona. En medio de los cuidados que exige mi profesion, estais siempre presente en mi memoria, y aprovecho con el mayor ardor todas las ocasiones que se dirigen á agradaros. Ayer precisamente entre el gran número de enfermos que tuve que visitar en Pera , (1) hice algunas observaciones so-

(1) Arrabal de Constantinopla en donde están alojados los embajadores de los príncipes estrangeros.

bre las enfermedades del cútis que causan al rostro cierta deformidad, y habiéndome parecido que os interesais en conocer cuanto puede perjudicar á la hermosura , he creido que seria un nuevo tributo, que os pagaria mi celo el poder y procurar satisfaceros sobre este artículo, aunque no me ha sido posible hacerlo sino privándome del mayor placer de mi vida que es el de veros , oiros y leer en vuestros ojos, que Abdeker no os es indiferente.

Apruebo tus razones , le dijo Fatmé ; pero en castigo de tantas penas é inquietudes como me has causado , exijo que me hagas una relacion circunstanciada de tus observaciones, pues ya te puedes persuadir el deseo que tendre de conocer los medios de conservar la hermosura.

Con mucho gusto , replicó Abdeker os satisfaré; pues mi mayor placer es obedeceros. La primera enferma que visité , era una muger cuyo rostro estaba cubierto de una infinidad de postillas muy coloradas. Los médicos llaman á estos granillos barros , y algunas veces se parecen á unas gotas de sangre esparcidas sobre el cútis, comunicando unas veces á la nariz, otras á las mejillas un color subido y desigual, y otras veces poniendo el rostro tan irritado y monstruoso, que causa horror el verlo. Esta enfermedad rara vez ataca á las personas que tienen un régimen arreglado, pero sí es muy comun á los que hacen un uso inmoderado de los licores espirituosos, siendo como epidemia en la Frisia, y en el Pais bajo, á causa de la mala costumbre de sus habitantes en beber vino con esceso. Prescribí á esta muger una

dieta refrigerante, y la prohibí enteramente el uso del café, ordenándole aplicase á su rostro un linimento hecho de clara de huevo y alumbre, ó alcanfor, y se sirviese en seguida de aceite de mirra (1) que se mira como muy eficaz en estos casos. En seguida fui á visitar otra muger, cuyo cuerpo estaba todo cubierto de otra especie de granillos que sobresalen del cútis y le hacen áspero y desigual. Estos casi siempre son causados por un sudor acre y bilioso, y sino se desvanecen por si mismos se recurre entonces á un régimen diligente y dulcificante. Es muy útil beber frecuentemente agua de nitro, suero, orchata, limonadas y tomar caldo de pollo con las cuatro simientes frias, para templar la acritud de la sangre. Tambien es muy útil lavarse con el cocimiento de linaza ó de malvas y con el agua rosada, donde se haya disuelto un poco de azúcar de Saturno.

Fui despues consultado por otra muger, que tenia en el rostro algunos sáfiro, que son unos granitos duros y colorados que terminan en una puntilla blanca, y que por lo regular se presentan en el rostro y en el cuello. Los jóvenes de ambos sexos que llegan á la edad de la adolescencia, están mas espuestos que las demas gentes. Las pastillas que son muy coloradas, son dificilísimas de curar, y aunque al fin lleguen á desvanecerse el color encendido permanece muy largo tiempo. Los

(1) Véase la observacion primera.

remedios en que entran el alcanfor, la esencia de Benjuí, la azúcar de Saturno y la leche virginal, son muy recomendables para remediar esta ligera indisposición. Hay además otras especies de manchas sobre las que he sido consultado. La primera es, la que los niños sacan cuando los dan á luz sus madres. Estas son mas ó menos estendidas y de mas ó menos color, y regularmente se las dá el nombre de pecas ó lunares. La segunda especie es muy comun, pues son unas manchas que sobrevienen de sol fuerte y de la impresion del aire á las personas que tienen un cútis fino y delicado. La tercera sobreviene á las mugeres embarazadas, á quienes casi generalmente se las cubre el cuerpo de unas manchas grandes encarnadas. En fin, la cuarta se contrae con la edad, y frecuentemente aparece en los lados de la nariz, y algunas veces en la frente y en todo el rostro. Hay ciertas pecas ó lunares que merecen conservarse, como por egemplo, aquellos que prestan al rostro mas gracia y atractivo, los que hacen sobresalir la blancura del cútis y los que dan al ojo un aire mas tierno y espresivo. Para esto es mejor consultar el tocador que el médico; pero de ningun modo se deben conservar los que están mal colocados, ó aquellos cuyo número demasiada, ocultaria á la vista unas facciones capaces de agradar. Por lo regular no es posible hacer desaparecer estos lunares, sino con cáusticos; pero no se deben usar sino los mas suaves, y aun es preciso tomar grandes precauciones para no dejar en el cútis una cicatriz acaso mas deforme que la

mancha que se quiere quitar. Los mejores remedios en estos casos son el agua destilada de la grande escrofulasia, que es un ligero cáustico y el aceice de tártaro *por deliquio*, que es un poco mas fuerte; pero que se puede temperar con un poco de agua rosada, y aun es mas eficaz el agua destilada de flores de habas y de sahuco, y la leche donde se hayan hervido estas flores con una miga de pan blanco. Estos remedios pueden ser útiles en todos los casos.

Cuando se trata de disipar la impresion del aire ó del sol, se emplean los aceites de almendras dulces verdes, ó de las cuatro simientes frias; pero es necesario tener mucho cuidado para que el cútis no se ennegrezca. Tambien es muy útil el servirse de la leche de burras y de almendras machacadas, y de las pomadas ó composiciones en que entre la manteca de cacao, esperma de ballena y el bálsamo de la Meca. Algunas mugeres solo se sirven de una yema de huevo batida en aceite de lirio, y otras de una tela amarilla preparada con la yema de un buevo y esperma de ballena. (1)

Acuérdome bien, le interrumpió Fatmé, que con estos remedios sacasteis á Zinzima de su compromiso, y solo os he interrumpido para haceros ver que nada olvido de cuanto me habeis dicho.

La tercera especie de manchas de que os hablé,

(1) Véase la observacion segunda.

continuó Abdeker , se disipa ordinariamente despues de parir, y por consiguiente no exige ningun remedio, á menos que se quieran emplear los que ya he prescrito.

Por fin , la cuarta es la que os dije, que se contraia con la edad, y para remediarla es necesaria hacer desaparecer la telilla ó costra que el cútis haya contraido. Por esta razon se aplicarán los emolientes y en seguida unos ligeros cáusticos como los que ya he prescrito , y en caso que se quieran mas fuertes, se puede echar mano para labarse del agua destilada de hiel de buey , á la que se debe agregar un poco de sal, y continuando esta operacion por algun tiempo, se logrará poner el cútis mas fino y delicado. (1)

¡ Qué extraño y singular es el modo de pensar de los amantes! Fatmé que acababa de reconvenir á Abdeker por su ausencia, fué la primera en darle gracias por sus atenciones y en convenir en que debia desempeñar con el mayor celo, los deberes de su profesion , tanto por el interés del público, como por la utilidad que debia resultar, especialmente á las mugeres de sus conservaciones. Pero á lo menos mi querido Abdeker , añadió, reserva para Fatmé algunos momentos; pues que le son tan preciosos por tu presencia y por tus discursos. No me rogueis, le contestó Abdeker con un tono de voz, en que se estaba manifestando la passion mas fogosa , el que venga á vuestra presen-

(1) Véase la observacion tercera.

cia, pues la simpatia ha encadenado de tal manera mi alma con la vuestra, que no disfruto de una felicidad real sino cuando estoy á vuestra vista, gozando de vuestra dulce conversacion.

CAPITULO II.

Conspiracion contra Mahomet.

Mahomet de vuelta á la presencia de Fatmé, parecia disfrutar de los momentos mas dichosos de toda su vida. ; Pero cuán crueles eran para Abdeker, que desde el instante en que comenzó á concebir esperanzas sobre Fatmé, concibió tambien unos celos furiosos de la felicidad del sultan! La jóven odálica hubiera querido por su parte desembarazarse de las importunidades del gran señor, que cada dia estaba con mas ardientes deseos de lograr su intento ; pero no viendo ningun medio de evitarlo, estaba obligada á esperar de la suerte los recursos, que hasta entonces no habian podido proporcionarle su prudencia y sagacidad. ; Pero el que está sobre el trono, cuenta acaso con una larga tranquilidad ? ; Ah ! no ; es lo mismo que esperar una calma duradera en la basta estension de los mares ! Mahomet que habia dejado á Mustafá y á Ballabasto, el mando de su ejército, supo que reinaba en él una peste desoladora, y que esta enfermedad contagiosa haciendo cada dia mas rápidos progresos, se llevaba la mejor parte de sus soldados. A esta noticia, sucedió otra no menos triste, pues tuvo espresos de que Ballabasto,

temiendo que un mal terrible le acabase de llevar el resto de sus tropas sin ningun fruto de gloria para él ni el emperador, se habia puesto á la cabeza de los soldados moribundos que aun le quedaban, y reanimado el poco fuego que los sostenia, habia llegado, atravesando las balas y las flechas, hasta el pie de las murallas de Croia y que combatiendo como un desesperado, recibió una herida, de la que habia muerto pocas horas despues. El ruido de su muerte, esparcido en el ejército, lo puso en la mayor confusion y desorden, lo que le obligó á retirarse á las llanuras de Tiranna, que estaban ocho millas de la capital. Mustafá temiendo ser cargado en su retirada por un enemigo tan terrible, hizo hacer á Scanderberg proposiciones muy desventajosas, las que luego fueron aceptadas.

No era Mahomet, de aquellos hombres á quien un suceso desgraciado les desanima y hace perder el valor. Conocia muy bien la inconstancia de la suerte y sabia tambien hasta qué grado podian fijarla la constancia, el ardid y la política. Ya estaba meditando otra campaña á la Albania, para reparar con ventajas las pérdidas anteriores, cuando Mustafá se presenta á su vista y le hace el detalle de los funestos sucesos que habian sucedido desde que el emperador habia abandonado el ejército. «Sultan, le añadió, cuando un cuerpo está privado de la cabeza, todos los demas miembros se desordenan y perecen. Pero no creas que yo vengo aqui para echarte en cara tu pereza, ni que suscitados por los malvados y mal-

contentos, vengo á turbar la paz de tu corazon, pues solo me conduce tu gloria, y te juro por el Profeta, que solo tus intereses me hacen ábrir los labios. Conozco que mi celo es demasiado atrevido, pero el peligro en que te ves tambien es grande.» ¿Cómo te atreves á levantar la voz en mi presencia? (respondió el sultan) ¿Pretendes acaso hacerme temblar? No, no lo pienses; mi corazon no conoce el miedo, habla. «Tus tropas, (prosiguió el pachá) se niegan á obedecer tus ordenes; el número de los malcontentos se aumenta cada dia, y ya el aga de los genizaros, ha enarbolado el estandarte de la rebelion. Yo no veo mas que un medio para apaciguarlos, y es el sacrificar el objeto de tu ternura. ¿Es este, gritan los soldados insolentes, el ejemplo que han dado al sultan sus illustres abuelos, cuyas victorias llegarán á ser infructuosas á la nacion musulmana? ¿Es este el héroe que entró vencedor en Constantinopla, y que se distinguió en los combates mas arriesgados? ¡Ah! no, no nos es posible conocer á tal gefe sumergido en la molicia, y en los placeres. ¿Qué se han hecho aquellos proyectos de ir á enarbolar en Roma, nuestras medias lumas? ¡Ah! se han desvanecido como un sueño, y Mahomet duerme cargado de las cadenas del amor. Dichoso el, si cuando se despierte no se encuentra arrojado en las que le estan preparando los príncipes de la Europa, el rey de Persia, y el sultan de Egipto. ¿Es posible que una sola muger nos atraiga tantas desgracias, y sea un obstáculo á las armas victoriosas del

emperador? Que doble la rodilla si eso le complace delante de su ídolo; pero el ídolo y el adorador serán echados por tierra. Apenas podia Mahomet, contener todo el furor que ardia en su corazon, producido del discurso que habia acabado de hacerle Mustafá, y echándole una mirada feroz, le dijo: ¿desde cuándo el que da la ley debe recibirla del que ha nacido para obedecer? Conozco las intrigas de las conjuraciones, en las que se buscan prestestos, y se procura hacer odioso á aquel, contra quien se dirigen; pero yo solo bastaré á todo, y daré á mi pueblo un ejemplo tan bárbaro, que asombrará y hará temblar hasta á su misma barbarie. Nacion ingrata, tú necesitas un cetro de hierro para gobernarte, y no mereces mas que tiranos. Bien conozco, le interrumpió Mustafá, que un sultan no debe someterse al capricho de sus vasallos, y el sacrificio que los malvados exigen, es un crimen que debéis evitar. Conserva tu querida: puedes conducir la á la cabeza de tu ejército, darle una tienda en tu campo, y asi no murmurarán tus tropas al verla participar de tus laureles, y acompañarte en el camino de la victoria.

En vano, replicó el sultan, quieres calmar mi dolor, procurando detener el golpe que me están preparando. Castigaré el insolente, despues de haber manifestado á su vista mi valor, y el imperio que tengo sobre mis pasiones. Manda que mis tropas se reúnan en la capital inmediatamente, y te perdono tu atrevimiento, á causa de nuestra comun educacion y de tus fieles

servicios. Retírate y ve á llevar mis órdenes.

Mahomet conoció que para apaciguar la borrasca que principiaba á formarse, era preciso derroamar sangre; ¿pero en qué sangre debía manchar sus manos? ¿Clavaria él mismo el cuchillo en el pecho de Fatmé....? No, no, se dijo así mismo, híramos, para que el golpe sea menos violento que pueda ser para mi corazón, y el mas terrible para una nacion tan bárbara.

CAPITULO III.

Muerte de Irene.

Ya Mahomet habia señalado su víctima, é Irene era la favorita que debía ser sacrificada. Habia amado á esta jóven griega con el mayor extremo, y por su génio dulce habia llegado á ser la amiga mas tierna que Fatmé tuvo en el serrallo. Esta, aunque rival suya, no habia dado jamás ningun paso para robarle su conquista, antes por el contrario, Irene habia notado que desde el aviso secreto que le habia dado Fatmé, recibia al sultan con tanta frialdad, que se veia obligado de acudir á su antigua favorita, quien por entonces veia con bastante tranquilidad al emperador solicitar inútilmente el premio de su amor, á los pies de la inflexible Fatmé. Irene era rubia, lo que no es común en las hermosuras griegas; estaba en la primera flor de su juventud y el oriente no habia visto jamás nacer otra muger mas hermosa. Habíala hecho esclava un pachá en la toma de

Constantinopla, y la habia regalado al sultan, cuyo corazon sintió al instante toda la impresion que son capaces de causar unas facciones tan encantadoras. Solo los atractivos de Fatmé tan brillantes como los de Irene; pero mucho mas seductores, habian sido capaces de sacar al emperador de su enagenamiento. Sin embargo, Mahomet le habia conservado toda la estimacion y atenciones que se merecia, no solo por su grande hermosura, sino tambien por su dulce carácter. Por nadie tenia tan grandes consideraciones como por ella, pues Irene distribuia los empleos mas importantes del estado, concedia gracias, manejaba á su gusto las voluntades del sultan, y en una palabra, á la sombra del serrallo mandaba en el divan. El imperio que habia experimentado algunos contratiempos, murmuraba libremente de ella y habia concebido á su nombre un odio implacable. Este odio, aunque fundado en preocupaciones, alimentado despues por ruidos populares, y fomentado por los malcontentos, era el fundamento de una discordia que estaba deseando de estallar.

Despues que Mustafá se retiró, entró Mahomet en el departamento de las mugeres, y Fatmé fué el primer objeto que se le presentó á su vista. ¡ Ah Fatmé! le dijo con un acento trémulo, cuantos tormentos cuesta á mi corazon, pues por conservar una vida que está en su poder, Mahomet está espuesto á perder la suya.

Fatmé turbada con estas palabras no supo que responder. La agitacion del sultan la tenia descosolada, y aunque preveia una grande tem-

pestad, no podia adivinar sobre quien vendria á descargar. El emperador preguntó por Irene y mandó que al instante la hiciesen venir, pues tenia que comunicarla un asunto de la mayor importancia.

Irene avisada ya de la agitacion del sultan, cuya crueldad tenia ya bien conocida, se presentó trémula y descolorida, pues se imaginaba que iba á recibir el decreto de su muerte. ¡ Infeliz ! ¡ Su presentimiento no salió falso ! Cálmate, amable griega, la dijo Mahomet, tomando un aire mas tranquilo, y disimulando su designio, tú vuelves hoy á gozar los derechos que tenias sobre mi corazon. Ya no tienes que temer te sea inconstante, pues mañana te quiero dar las mayores pruebas de mi amor, uniéndome contigo, y Fatmé vencida y avergonzada de haberse atrevido á disputarte la victoria, vaya á ocultar sus débiles gracias á lo último de mi serrallo. Fatmé no pudo menos de estrañar semejante discurso, y levantándose sin replicar, y cubriéndose con su velo el rostro, se retiró á un departamento retirado á reflexionar sobre el génio caprichoso del sultan, que sin ningun pretesto la alejaba de su presencia, despues de haberla asegurado de su verdadero cariño y su constancia.

Mahomet quedó solo con Irene, y colmándola de caricias, al fin le dijo: va tu constante amor á recibir su recompensa. Mi nacion sabrá el imperio que tu tienes sobre mi corazon y conocerá si debe temer el poder de un hombre que aunque dueño absoluto, sabe rendir homenaje á

tu hermosura. Irene que amaba verdaderamente al sultan á pesar de toda su ferocidad, y muy ágena de que en sus palabras pudiese haber ningun engaño, le dijo con una voz que manifestaba toda la candidez de su alma: señor, yo no deseo otra recompensa de mi amor, sino es la constancia de vuestro corazon. Deseais unirme á vos con lazos mas estrechos, y aunque un enlace de esta naturaleza, me honra mas de lo que yo pudiese pretender y desear, sin embargo, no podrá aumentar mi fugosa pasion.... ¿Pero por qué razon Mahomet, que ardiendo en este momento por otra hermosura, parecia haberme abandonado y olvidado, me tiene hoy semejante discurso? Sin duda que un verdadero fastidio lo ha hecho alejarse de los brazos de Fatmé; pero yo no trato de penetrar este misterio, pues me es muy dulce y satisfactorio volver á encontrar el objeto de mis amores, y de disfrutar de todos los transportes de su corazon. El hombre mas bárbaro y feroz en verter sangre humana, y mas endurecido en el delito, se hubiera dejado vencer por tan tiernas palabras; pero Mahomet,.... ¿lo diré? Mahomet mas duro que el diamante, permanece insensible, y no varia de resolución, y desechando los sentimientos de humanidad, triunfa de su pasion, aun en medio de todo cuanto podia aumentarla. ¿Qué no debería temer la nacion otomana bajo las ordenes de semejante gefe? Retiróse con un aire satisfecho, pero en el fondo de su corazon, cuán distintos eran los sentimientos á esta aparente tranquili-

dad. Vestios, le dijo á Irene al retirarse, vestios mañana con los trajes mas preciosos: que vuestra cabeza esté adornada con flores y magnificas pedrerías, y que vuestro pecho exále el ámbar y el nardo mas esquisito. No es porque tu hermosura tenga necesidad de este adorno, sino porque la magnificencia de la fiesta, exige que todo corresponda. ¡Cruel! Quería que su víctima estuviese ricamente adornada para presentarla al sacrificio.

Los soldados impacientes, se habian anticipado á la aurora y habian ya rodeado las puertas del serrallo. Los oficiales y los genizaros no menos fogosos, esperaban murmurando, la presa que debia ser entregada á su sangrienta ambicion. Pareció al fin Mahomet, montado en un soberbio carro triunfal, llevando á su lado á Irene mas hermosa que la aurora que anuncia la venida del astro del dia, y mas resplandeciente que el lucero que le antecede.

Deslumbrado el soldado con tantos atractivos, se arrepiente de su temeridad, y levantando las manos al cielo, esclama: que nada hay comparable á la hermosura y gracias de Irene, y que es legitima la excusa de la debilidad de su monarca. El sultan sordo é inflexible á los gritos de su pueblo, á quien miraba con ojos centellantes se hizo conducir á la grande plaza de Hippodromo (1) y apenas hubo llegado cuando se levantó

(1) Hoy se llama el Atmeiden, ó de otro modo la plaza de los caballos.

de su asiento con el mayor furor, pues parecia que el rayo habitaba en sus ojos y el trueno en sus palabras. Nacion ingrata y cruel para quien la ternura es un crimen y la inhumanidad una virtud. ¿ Desde cuándo se deshonra la memoria de los antepasados amando un objeto adorable ! Hé aquí á la que mas de una vez ha detenido mi brazo que iba á descargar su furia sobre vuestras cabezas, y asi es digna del castigo que exigen vuestros feroces votos. Pues bien, rebeldes, bebed, bebed una sangre que ya derramada, va á correr sobre vosotros, y sobre vuestros hijos el castigo del cielo. Este es el voto de Mahamet, que echa por tierra al inocente para llegar hasta los culpados. Apenas acabó de hablar, cuando se oyó un ruido sordo, en medio del cual se distinguen unas voces que piden gracia para Irene, y para todo un pueblo alucinado que en su obcecacion caprichosa, exigia un sacrificio cuyo mérito no conocia. Asi es como yo escucho tus súplicas y cedo á tu arrepentimiento, respondió Mahomet á su pueblo consternado, y desembainando furioso su sable echó por tierra la cabeza de Irene, que esperaba su muerte con resignacion. Cae la infeliz del mismo modo que aquella tierna flor que destroza la reja del arado: y al ver esto, un estremecimiento de horror se apodera de cada turco. ; Era preciso semejante ejemplo para dar á este pueblo una leccion de docilidad ! ; Ah !... El cielo parecia mas sensible que la tierra cubierta de tan inocente sangre, pues abriendo su seno, hizo que se oyesen por todas partes horribles truenos ; y siendo Mahomet tan

impío creyó que el cielo aprobaba sus maldades, volvió á su palacio en medio de una furiosa tempestad.

Quedaron los musulmanes consternados á vista de semejante espectáculo, y aun viendo el corazon de la infeliz Irene palpitando, ya se proponian ser tambien en su interior victimas de semejante crueldad.

CAPITULO IV.

Afliccion de Fatmé.

Cuando Abdeker supo esta terrible noticia, tembló por la vida de Fatmé. Presentóse en el serrallo á la hora acostumbrada, y la encontró bañada en lágrimas, pues el mismo sultan cubierto aun de la sangre de la jóven griega, la habia hecho sabedora del trágico fin de aquella desgraciada favorita, declarándole que ella sola era capaz de reemplazar á Irene, y que desde luego se dispusiese á satisfacer en adelante sus deseos. ¡ Ah! mi querido Abdeker, exclamó al verlo, á cabo de perder la mas tierna de mis amigas. El cruel Mahomet pretende hacerme creer que su muerte es un triunfo para mí, y se atreve á asegurarme que la cabeza de Irene es un trofeo digno del amor que me profesa. ¡ Ah! si en aquel momento hubiese tenido en mis manos un puñal, me sentí con bastante valor para haberlo sumergido en el bárbaro pecho de aquel cruel! ¡ Tirano! la tierra y los cielos perecerán antes que yo le con-

ceda unos favores, que si antes le rehusaba por indiferencia y fastidio, hasta le rehusaré por odio, venganza. Sin duda que me dará la muerte; pero este es el mas bello regalo que me puede hacer. ; Ah!..... entonces no respiraré el aire infestado de su serrallo ni veré á este tirano que sin duda el cielo enojado ha enviado para castigar la audacia de los musulmanes, ni menos me veré obligada á tener complacencias por un monstruo que se alimenta de sangre humana. Acaso el cruel, conociendo todas las ventajas que yo recibiria con la muerte, seria bastante feroz para rehusarmela; pero entonces yo sabria vencer su poder, pues hay mil caminos para ir al sepulcro.

Abdeker no pudo menos de aprobar el justo dolor de Fatmé, y aun se hubiera echado en cara un rasgo de inhumanidad el detener sus lágrimas; pero temia que un transporte demasiado vivo le arrebatase el objeto que amaba mas que á su misma vida. Calmad, le dijo vuestro espiritu, y procuremos huir de esta furia que parece han vomitado los infiernos, meditando los medios que pueden proporcionarnos una fuga segura, pues es el único medio de arrebatarse á la rabia de Mahomet una hermosura que jamás ha merecido.

; Ah! Querido abdeker, responpió la sultana no me hableis mas de hermosura que en este serrallo es un crimen, puesto que recibe la misma recompensa. Ojalá que el cielo y la naturaleza, no me hubiesen dado ningun atractivo, para que jamás me hubiese atraído las miradas de los hombres y asi hubicra vivido siempre en la

soledad, en una vida pacífica, y sin zozobra, ocupada en aquellas cosas sencillas, que no pudiesen perturbar la tranquilidad de mi alma, ignorando tal vez, que existe sobre el trono del oriente un verdugo que se complace en verter la inocente sangre de las queridas, que mas deleitan su inhumano corazon. Pero como podremos huir de este serrallo cuyas murallas están siempre tan bien guardadas. Mas ¿qué tengo que temer? Lo mas que puede ser es que me hagan morir entre tormentos. ¿Y por ventura acaso serán mas crueles que los que ahora mismo está sufriendo mi corazon? Deteneos, la interrumpió Abdeker, deteneos; ¿olvidais mi querida Fatmé, que podeis causar mi ruina entregándoos indiscretamente á una muerte que no tardaria en realizarse? ¿Olvidais que Abdeker os ama? ¿Que me amais?... exclamó Fatmé, ¿y por pruebas de vuestro amor, habeis vuelto la vida á Mahomet, y erigis que permanezca en sus cadenas? Abdeker se estremeció al oír estas reconvenciones, y dando un profundo suspiro, sus ojos se anegaron en lágrimas. ¿Tú lloras? le dijo Fatmé, ¿tú lloras! ¿Ah! tu llanto me desarma; juzga de mi estremada pasion. Apenas hubo pronunciado estas palabras que cayó desmayada en los brazos de su amante. Su pulso se debilita: su respiración aparece muy agitada; una palidez mortal cubre su rostro, y se embaran todos sus miembros. Abdeker teme que la parca cruel corte el hilo de los dias de su Fatmé, y sacando de su bolsillo un pomito de espíritus cuyos efectos eran

maravillosos, (1) lo aplica á la respiracion de la hermosa georgiana, y con ellos les frota las sienes. Fatmé suspira al fin, y con una voz débil pronuncia el nombre de Abdeker, Fatmé mi adorada Fatmé, respondió el médico, cuyos labios estaban unidos á los de la sultana, recibe esta parte de mi alma. Fatmé abre sus grandes ojos á la luz y su pecho descubierto, vuelve á tomar el movimiento alternativo de la respiracion, y sin reparar en el desórden en que se hallaba, echa una tierna mirada sobre Abdeker, que estaba á la sazón besando sus manos, y bañándolas con copiosas lágrimas. Tu me has vuelto la vida, le dijo, ¡ay de mi! cuan dulce me es el recobrarlo de tu mano, y abrazándolo con una ternura y enagenamiento que hasta entonces no habia creído, le repite mil veces, que él era el único consuelo que le quedaba.

Quando Abdeker vió que los sentidos de la sultana volvian á tomar su antigua serenidad, y que la agitacion de su espíritu se habia disipado, se despidió reiterándole las protestaciones de su amor y jurándola volveria á verla lo mas pronto que pudiese. Recibid en prueba de ello esta prenda, le presentó el pomito, cuyos espíritus habian vuelto la vida á su adorable Fatmé. Esta lo recibió con el mayor placer, y desde entonces lo llevó siempre en su pecho.

(1) Véase la observacion quarta.

CAPITULO V.

Modo de consolar.

Del mismo modo que el viñador que se promete la mas abundante cosecha, tiembla cuando ve amenazadas sus viñas cargadas de fruto de una nube de granizo, asi temia Abdeker, que las penas alterasen la hermosura de fatmé. Estaba inquieto no fuese que la presencia de su verdugo, que era casi continua, ó la imágen de un suplicio inevitable, la condugesen á pasos lentos al sepulcro, y por esta razon no le faltó á la palabra de ir á verla. Redobló sus visitas á la bella georgiana, y sin duda hubiera debido manejarse con mas prudencia, pero el amor es ciego, y no percibe el precipicio, sino cuando ya está para precipitarse. Unas veces anunciaba á su querida algunos proyectos de evasion, y siempre encontraba obstáculos insuperables. Otras le persuade, que viéndose Mahomet por su fogoso valor espuesto frecuentemente á continuos riesgos, se veria inopinadamente libre de los insultos de semejante tirano.

Todo cuanto Abdeker decia á Fatmé estaba acompañado de las mas espresivas caricias, y él estaba convencido de que las muestasas de su amor estaban bien recibidas por la sultana. La afliccion inclina eficazmente á la ternura por los sentimientos de compasion que inspira, y con poco que el corazon esté prevenido en favor de alguna

objeto su conquista es cierta en este momento, pues siendo una plaza atacada por dentro y fuera no piensa en ningun modo en defenderse y el amante puede desde luego anunciar su victoria por cierta.

Abdeker para manifestar á Fatmé el interés que toma en sus penas, le aprieta las manos, y pareciéndola muy corta esta muestra de sensibilidad, tiene el atrevimiento de sellarlas con sus labios. Una tierna sonrisa de su amada le presta valor y estrechándola contra su pecho, la convenció de que sus desgracias le son comunes, y que no pueden herir á uno, sin que el corazon del otro se resienta del mismo golpe. Todos estos movimientos dimanaban de la piedad y del amor; pero las penas se desvanecen poco á poco, y el amor queda entonces en toda su fuerza. El consolador se encuentra en el mismo punto, en que un amante, cuya pasion va á recibir su recompensa.

Abdeker habia hecho tales progresos en el corazon de su querida, que ya tocaba el momento de su triunfo cuando ella conoció su debilidad, ó por mejor decir, Fatmé estaba ya vencida cuando pensó ponerse en defensa. Detente, mi querido Abdeker, le dijo, no te aproveches de mi turbacion para emprender una cosa de que tengamos que avergonzarnos y arrepentirnos. Pero la resistencia era ya muy débil y tardía, pues Abdeker no daba ya oidos á las reconvenciones de Fatmé, pues bien conocia que en un momento mas tranquilo nada podia prometerse, y asi dejó obrar todos los transportes de su corazon, sin poner

ningun freno á su pasion. Sucumbió al fin la sultana y el amor que estaba apresurando su derrota, voló á publicar en Cithera aquella gloriosa victoria.

Tu acabas de gozar mi querido amante, exclamó Fatmé suspirando, unos favores que tú miras como tu bien supremo y son dignos de tí, puesto que los he rehusado al que gobierna dos imperios contando veinte reyes por tributarios suyos.

Mi corazon no te los echará en cara, si son el sello de una union constante, pero tú serás para mí el mas vil de todos los hombres, si contento con haber satisfecho tu pasion, no conservases por Fatmé el mismo amor de que te has valido para seducirla.

Fatmé mia, si tú conoces la sensibilidad de mi alma, tú puedes juzgar la delicadeza de mi amor, y por ella puedes congeturar la duracion de mi cariño. Te amo y te amaré hasta el sepulcro, pues el amor que te profeso me es tan dulce y tan necesario á mi vida, como á las aguas de un rio el declive que las conduce al mar. Tú eres este océano donde se reunen todos mis deseos, y en el que yo agoto las sensaciones de mi vida.

De este modo pasaron los dos amantes muchos dias, enagenados sin cesar con la dulce idea de su felicidad, siendo tan tiernos algunas veces los desahogos de sus corazones, que mutuamente se bañaban en lágrimas.

de los efectos de la gran abstracción de espíritu
 que se le ocasiona. **CAPITULO VI.**

- Del blanquete, colorete y lunares postizos.

Después del sacrificio de Irene á la venganza pública, y después de la afrentosa negativa de Fatmé, Mahomet pensaba muy poco en los atractivos de su serrallo. Comenzando ya á temer unos enemigos que antes habia parecido despreciar, fue él mismo á atacarlos con grandes preparativos de guerra, y poniéndose á la cabeza de su ejército presentó á Scanderberg un rival digno de su valor. No se oía en Constantinopla hablar más que de los progresos rápidos y victorias del emperador, diciendo todos que era un león dormido á quien habia despertado la herida que habia penetrado hasta lo último de su corazón, pues habiendo cobrado su antiguo valor echaba por tierra cuanto podia oponerse á su furor. / Epoca dichosa para Fatmé! que no viéndose fatigada por las ansias del tirano que detestaba, gozaba pacíficamente de la vista de su amante, cuya presencia le era tan gustosa, que siempre que entraba en su habitación sentia su tierno corazón las más vivas emociones. Estas se dejaban ver en su rostro bien aumentando, ó bien disminuyendo sus colores, de modo, que los eunucos que por agradar á su señor procuran espiar la conducta de las favoritas, indagando hasta sus más secretos pensamientos, hubieran podido muy bien adivinar su pasión, haciéndose un gran mérito de revelarla al sultán,

que hubiera castigado con el mas horrible suplicio, semejante desprecio á su amor, y un terrible atentado á su poder.

Abdeker que conocia el peligro, trató de cerrar todos los caminos, imaginando darle á Fatmé otro rostro diferente, estendiendo sobre él como hábil pintor, unos colores artificiales que pudiesen servir de capa á los naturales. Ya otra vez habia preparado el blanquete para ocultar á los mas perspicaces ojos, el cútis atezado de la jóven Zinzima, y acordándose lo bien que le salió, creyó poder fijar los colores que alternativamente salian á las mejillas de Fatmé, segun el movimiento de las pasiones que venian á agitarla. Proveyóse del bermellon, pues bajo esta capa estaba seguro que todas las pasiones podian egecutar sus movimientos, sin que los ojos de los argos pudiesen leer en su rostro los rasgos que en él imprime el corazon.

Llega Abdeker al serrallo y encuentra á la sultana en el tocador. No parecia muy contenta de sí aquel dia, pues sus ojos estaban tristes, sus mejillas pálidas y en su rostro aparecia un aire mas lánguido que de costumbre. Tus auxilios imploro, le dijo Fatmé, para reparar la viveza de este cútis, que muy pronto van á marchitar las pasiones, así como el de Célida. Hoy me pongo miedo á mí misma, y si mañana me encuentro en el mismo estado, romperé este espejo que me aflige por su demasiada sinceridad.

Calmad vuestro despecho, le respondió, Abdéker, yo he previsto esta ligera alteracion de vues-

tras gracias, las que volverán á su antiguo ser con la tranquilidad de vuestro corazón. Vuestro rostro pudiera tal vez un día decidir contra nosotros y así es preciso ocultar unos sentimientos que causarían sin duda nuestra ruina. Los ojos de vuestros argos, pueden muy bien descubrir sobre vuestras facciones los movimientos que en ellas imprime vuestra alma con rasgos de fuego, por lo cual debemos evitar que esté descubierto este intérprete demasiado fiel de vuestros pensamientos. Abdeker abrió inmediatamente una cajita y mojando en ella un pincel, pintó con destreza el contorno de las mejillas de la sultana. Fatmé consulta su espejo, y esclama, ¡ Cielos ! ¡ qué prodigio! Abdeker, yo no me conozco, pues mi rostro está tan resplandeciente como la púrpura de Tiro, pareciendo en su bello colorido á la aurora que huyendo de las caricias del viejo Titon, va á arrojarse en los brazos del joven Zefalo. Me acuerdo que así es como Belino hizo mi retrato por orden del emperador. Esta pintura estaba tan al vivo, que creí que el pintor había hecho participar de mi existencia á aquel lienzo, y que por su arte mágico había animado otra yo. Yo estaba en este error, porque prohibiendo como sabes las máximas del Alcorán á los musulmanes, la representación de las cosas animadas, esta era la primera vez que semejante espectáculo se ofrecía á mi vista. El emperador hizo poner este retrato en su habitación al lado del suyo. Pero ¡ hay de mi ! qué recuerdo tan triste viene á asaltar mi imaginación. Una acción inocente, es siempre recompensada por este bárbaro

con una criminal. Ya has visto como me ha probado la violencia de su amor, sacrificándome á Irene inhumanamente. Pues no fué con menos crueldad que él hizo conocer á Belino (1) su capacidad é inteligencia en el arte de imitar la naturaleza por medio del colorido.

Habia este célebre pintor trabajado con toda la aplicacion posible un cuadro que representaba la degollacion de San Juan Bautista, bien persuadido que semejante asunto seria bien admitido del emperador y de toda la nacion que reverencia á este gran profeta. Contemplólo Mahomet con placer, y descubrió en la pintura grandes bellezas; pero para manifestar que él no juzgaba como ciego admirador, y que poseia todos los conocimientos de un escelente critico, acusó al pintor de no haber estudiado bastante el efecto que en semejante lance puede producir la naturaleza en el rostro del paciente, y aplaudiéndose interiormente de esta censura y discernimiento, quiso con la mas cruel demostracion convencer al pintor de su ignorancia.

Hizo para ello venir un esclavo, y echando al suelo de un sablazo la cabeza de aquel infeliz, dió asi al artista un modelo capaz de resolver la dificultad. Pero Belino mas asustado que instruido

(1) Gentil Belino, veneciano y hermano de Juan Belino que gozó de una grande reputacion en la corte de Luis XI, es el pintor de que aqui se trata.

do, buscó la ocasión de dejar un amo que para enseñar daba semejantes lecciones, y así que la encontró huyó de esta horrible morada poco tiempo antes que yo tuviese la dicha de conocerte. No te cuento este lance cruel, sino es para que conozcas el tirano bajo cuyo yugo gemimos. Mi querida Fatmé, le respondió Abdeker, desviad vuestros ojos de unos objetos tan melancólicos, y no veáis mas que un amante á vuestros pies que os adora, y cuya pasion se aumenta cada dia mas, si es posible que se aumente, pues en mi concepto ya ha llegado á su estremidad.

Mirad ahora vuestro bello rostro, continuó, presentándole un espejo, y contempladlo bien y vereis no ha variado durante la relacion que acabais de hacer, aunque habrán sido grandes las emociones de vuestra alma. Esta prueba me hace conocer toda la solidez de mi invencion.

Vuestros ojos solamente podrán descubrir los misterios de vuestro corazon; pero en vuestra prudencia está el manejarlos de modo que solo expliquen el language que querais dar á entender. Acaso llegará dia en que seremos bastantes hábiles para hacer que enmudezcan estos intérpretes de nuestras pasiones, ó á lo menos á obligarlos á manifestar otros movimientos distintos de los que deberian espresar.

Apenas acababa estas palabras, quando una mosca vino á pararse en el ángulo exterior del ojo derecho de Fatmé, y apercibiéndola la sultana en el espejo dijo. Querido Abdeker, mira este ligero insecto cuya negrura me parece que aumen-

ta el brillo del colorido con que tu has cubierto mi rostro.

Otra cosa advierto yo, le contestó Abdeker, y es que esta mosca dá á vuestros ojos un aire mas atractivo y amoroso. Fatmé vuelve la cabeza para considerar mas atentamente el efecto de que acababa de hablar Abdeker; pero el tímido animalillo se vuela y priva á Fatmé de la observacion que queria hacer. Nada hay perdido, le dijo su amante; encuentro un espediente muy propio para reparar esta falta, sin temer en adelante la inconstancia de una mosca, y tomando un pedazo de tafetan negro untado por un lado con goma arábica, cortó un pedacito y lo colocó en la parte donde se habia parado la mosca. Observó Fatmé el efecto que le habia anunciado Abdeker, y cortando de la misma tela una media luna, se la colocó en una sien. No pienses, le dijo, mi querido Abdeker, que con esta accion quiero manifestar deseos de llevar las armas de este imperio, pues estimo mas la posesion de tu corazon, que todas las grandezas humanas que por lo regular se compran siempre á costa de la tranquilidad, sino para hacerte ver que mi amor crecerá aun mas si ya le es posible crecer. Mientras este discurso cortó otro lunar que imitaba á la luna en su lleno y colocándolo en medio de su frente le dijo, asi como este astro de la noche eclipsa el sol, asi reinarás tú sobre mi alma á pesar de los atractivos de la grandeza que Mahomet ostenta á mis ojos.

Abdeker encantado con tales discursos procuraba por su parte buscar un símbolo alegórico

que espresase toda la fuerza de su reconocimiento, y dando la figura de estrella á otro lunar, permitidme, le dijo, mi adorable Fatmé, que yo coloque sobre tu megilla esta estrella polar, que será la que dirija todos mis sentimientos.

Después de estos tiernos desahogos del corazón, notó Fatmé que era preciso no ponerse muchos lunares, siendo suficiente uno ó dos, estableciendo por regla general, que jamás se debían colocar en aquellos ojos en que los poetas han imaginado, que tienen su morada el amor y las gracias. Quiso también ponerles sus nombres según el carácter que daban al rostro, y así es que llamó omicida al que estaba colocado junto al extremo del ojo, porque aumenta sobre manera su viveza magestuosa al de la frente, porque en efecto hace resaltar su dignidad, picarillo al que estaba en los plieguecillos que forma la risa galante al de la megilla, y al fin cada uno recibió su nombre según el efecto que causaba en el rostro.

Este inocente entretenimiento divirtió mucho á los dos amantes, que fácilmente se olvidaron de que tan larga visita podía ser interpretada en contra suya, y Abdeker se retiró cuando ya las sombras de la noche principiaban á estender su manto negro sobre la tierra.

Al salir de la habitación de la sultana oyó Abdeker que el Bachi-Tapa-Ogliari, (1) estaba

(1) El portero del apartamento de las mugeres.

murmurando entre dientes, y que amenazaba de instruir al emperador de semejante conducta.

CAPÍTULO VII.

De los dientes, encias y labios.

Al dia siguiente volvió Abdeker al serrallo, mas alegre que lo que costumbraba. Habia conocido la necesidad de adormecer aquel cerbero si deseaba llegar á los campos eliseos, para cuyo efecto, al pasar al departamento de la sultana, dejó caer de profeso una bolsa llena de oro. El portero la recogió prontamente y la presenta á Abdeker, quien le dijo la guardase en premio de sus buenos servicios. El avaro eunuco guardó ansiosamente un tesoro que no solo se le habia dado como el pedazo de pan que se echa á un perro, para impedirle que advierta á su amo que el enemigo anda rondando su casa, sino es que aquella liberalidad le habria las puertas para poderse ganar la voluntad, no solo del eunuco sino de todos sus compañeros, por la esperanza de ser recompensados igualmente.

Abdeker llega á la presencia de la sultana, y la cuenta cuanto le habia pasado. Vuestra liberalidad me tranquiliza le dijo Fatmé, pues el oro es el mejor soporifero que se puede dar á semejante argos, por que ni las atenciones, ni la dulzura, ni una condescendencia familiar, os hubieran hecho merecedor de los servicios de un hombre tan grosero. En vano se emplean los recursos de

un buen corazón y una buena educación para captarse la voluntad de unos seres que no conocen la sensibilidad, y así es preciso lisongear sus pasiones favoritas, que generalmente son la avaricia y el interés.

Después de estas reflexiones, Abdeker dijo á Fatmé, hoy vengo preparado para instruiros, en un punto esencial á la hermosura del que todavía no hemos hablado, y sin el cuál, todas las gracias del rostro no tienen ningun mérito; prestadme toda vuestra atención, y no echéis en olvido cuanto os voy á hablar sobre la dentadura.

El nacimiento y la formación de los dientes son obra de la naturaleza, así como la limpieza y su conservación son efecto de nuestros cuidados y del auxilio del arte.

Si los dientes son de una grandísima importancia para la salud, no son menos necesarios para la formación de la voz, la articulación de las palabras, la armonía del discurso, y los atractivos del rostro; y así es, que cuando los dientes están desarreglados ó muy separados unos de otros, no pudiendo salir el aire bien modificado, el sonido que se forma es confuso, áspero y desagradable siempre al oído. Por su caída la belleza pierde uno de sus mejores adornos, porque los dientes sostienen las mejillas y los labios impidiendo que formen aquellas concavidades horribles que son propias de una vejez decrepita. Observad el embarazo y tormento de Acema, que no se atreve á abrir la boca, temerosa de mani-

festar unos defectos de que hubiera podido muy bien preservarse. Si dice la menor palabra, ó si rié aunque sea muy ligeramente, descubre una dentadura sucia, falta y desordenada, que anticipa su nacimiento en el concepto de cuantos la miran, justo castigo de su negligencia. Dejo aparte los malos efectos que debe producir este culpable descuido, como es el mal olor que sale de la boca, el color feo y sucio de los dientes, y la corrupcion de las encías. La sola idea de estos defectos incomoda, fastidia, y asi es preciso prevenirlos ó por lo menos remediarlos si llegan á existir.

El régimen de vida que se observa para la salud, es tambien el mas conveniente para la conservacion de la dentadura. Si las digestiones no están bien hechas ya sea por defecto de la masticacion ó ya por la mala eleccion de alimentos, ó lo que puede ser tambien por vicio de los jugos digestivos, resulta un humor espeso que corrompe las encías y corroe los dientes.

Esta es la razon por la que las personas que gustan de dulces y los comen frecuentemente, tienen por lo regular una mala dentadura, y asi es preciso despues de haber comido este veneno seductor, labarse bien la boca con agua templada, para extraer por medio de este disolvente las partes que se pegan á las encías y dientes, pues de lo contrario se espone uno á perder unos instrumentos tan útiles á la salud y á la hermosura, ó á padecer dolores acerbos.

Las precauciones que ademas se deben hacer para conservar la dentadura, son de no tomar los

alimentos ni muy calientes ni muy frios, pues por uno ú otro extremo, se irritan los nervios que dan á los dientes la sensacion. La prudencia exige tambien, que no se partan con ellos cuerpos duros ni se levante ninguna clase de peso, como hacen muchos por ostentacion, pues de semejantes esfuerzos se canmueven y se está espuesto á perderlos, como realmente se pierden muchas veces.

Se debe tambien tener cuidado de mascar con ambos lados, pues las personas que se acostumbran á comer con uno solo, están espuestas á perder los huesos del lado opuesto porque los dientes que no trabajan, están muy espuestos con el sarro que se les pega á estar menos firmes en sus albeolas, y demasiado cubiertos por la prolongacion que un jugo espeso y cáustico ha dado á las encías.

Debe tambien evitarse el no servirse de mondadientes de cualquier metal que sea, para quitar el residuo de los alimentos que se introducen en los espacios de los dientes, pues la dureza y frialdad de estos instrumentos les son estremadamente contrarios y asi los mondadientes de pluma, son preferibles á todos los demas.

Tambien es preciso no limpiarse los dientes con cepillos, pues siendo generalmente demasiado ásperos, destruyen las encías y van poco á poco desarraigándolos. Es mejor labarse todas las mañanas la boca con agua templada, echándole algunas gotas de aguardiente para desinchar las encías y darles mas firmeza.

No desapruero la costumbre de servirse de una esponja muy fina para limpiar el sarro que

se pega á los dientes durante la noche, pero nada hay mas conveniente y útil que una raiz de malvavisco preparada, pues blanquea mucho la dentadura sin ofender á las encías. Si estos cuidados no fuesen suficientes para su conservacion, es preciso recurrir á los polvos, (1) opiatas y licores, cuya composicion os daré, como tambien á los enjuagues (2) que afianzan las encías y corrigen el mal olor.

No hay enemigo mayor para los dientes que el sarro que pegándose á ellos, les pone amarillos y los prepara á la corrupcion.

Las causas ordinarias de este sarro, son las pastecillas de los alimentos que se quedan en el intervalo de los dientes y se pudren, formando una especie de limo que se seca con el calor de la boca, y con el aire que continuamente está entrando en ella.

Las sales de la saliba y las partes estrañas de los vapores que salen del estómago, pueden tambien pegarse al esmalte de los dientes y fijarse en ellos. Nada de esto sucederia si se tuviesen las precauciones de que os he hablado; pero sin embargo, si el sarro estuviese muy tenaz seria conveniente recurrir á polvos un poco ásperos, y algunas veces á la lima para despegar este cuerpo estraño que destruiria si se dejase, toda la denta-

(1) Véase la observacion sexta.

(2) Véase la observacion séptima.

dura. En fin, el mal puede ser inveterado y no conocer la persona su negligencia sino por los dolores acerbos que se sufren cuando los dientes están careados, y en este caso no conozco otro remedio que arrancarlos de raíz sino se pueden cauterizar ó emplomar.

Bien conozco quanto debe repugnar á una persona delicada el entregarse á una mano armada de un gátillo que debe hacerle sufrir los mas crueles tormentos ; pero esta operacion hace cesar de un golpe un dolor que subsistiría mientras permaneciese la causa impidiendo tambien que la carie se comuniqué á los demas huesos que al fin seria preciso tuviesen la misma suerte.

Por esta operacion se estingue el mal olor que exhálan las materias encerradas en las concavidades de los dientes cariados y en fin, por ella se corta la raíz á otros mil accidentes que son los resultados de esta carie ; como apostemas, fluxiones, flemones y otros muchos que hacen desaparecer las gracias. ; Quanto compadezco á las personas que por una culpable negligencia no pueden abrir los lábios sin dejar ver unas encías flojas rellenas de una sangre negra y cárdena , y cubiertas de úlceras fétidas y malignas. ¿ Qué os estremecéis ? ¿ Os hace temblar la sola idea de semejante espectáculo ? No , no temais mi adorada Fatmé ; no presentaré á vuesta vista todos los síntomas horribles que traen consigo tantos males , antes por el contrario os diré en pocas palabras los remedios que me parecen mas eficaces en tales circunstancias.

Unas gotas de buen aguardiente en agua común, afirman bastantemente las encías blandas, arrojando á la menor compresion aquel jugo espeso que las tiene inchadas, y un poco de vino tinto en el que hayan hervido raíces de iris de Florencia, tomado en gargarismos es muy útil para limpiar estas encías inchadas por una linfa de mala calidad y de peor olor. En fin, las hojas de Coclearia son muy eficaces para purgar la boca de todas estas inmundicias, para facilitar la regeneracion de las encías y para atacar la causa del mal que muchas veces está en la masa de la sangre; pero en este caso el médico es el que debe conocer la naturaleza de este mal, y dictar los remedios convenientes en tales circunstancias.

Despues que Abdeker acabó su discurso, Fatmé hizo mil justos elogios de su inteligencia y se despidió de él repitiéndole su amor y perseverancia.

CAPITULO VIII.

Confidencias de Ibraín.

Queriendo Fatmé respirar un poco el aire libre, bajó sola á los jardines del serrallo, donde principió á buscar algunas yerbas para la composicion de unas aguas aromáticas, cuya receta se la habia dado su querido Abdeker.

Estaba ya muy retirada del palacio, cuando de improviso unos suspiros lastimeros la hicieron volver atrás; pero un movimiento de compasion

tana en aquella situacion, quiere huirse ; pero Fatmé lo detiene y le suplica le cuente sus penas para no privarse de la dulce satisfaccion de poder ser útil á los desgraciados.

Mis males , le contestó el pachá , no admiten consuelo , y mis suspiros y sollozos son inútiles. Sin embargo, me parece que tomais tal interés en lo que pertenece á mi situacion presente , que mi corazon agitado no se por que movimientos, se haria una cruel violencia en no obedeceros y en no descubriris el objeto de mis desgracias. Pero ¡gran Dios ! ¿ qué voy yo á hacer ! exclamó Ibrain turbado , ¿ he de descubrir yo un secreto que todo el mundo debe ignorar ?

El estado del pachá affligió sumamente á la sultana , la que no pudo menos de derramar algunas lágrimas. ¿ Llorais adorable princesa ? le dijo el pachá ; Ah ! suspender un llanto que yo no merezco , y llorad mas bien por la suerte de Maria que en medio de su grandeza alimenta en su pecho un gusano roedor que le despedaza el corazon , haciéndola vivir entre la amargura y las lágrimas ; Ay de mi , respondió Fatmé ! ¿ qué desgracia le ha sucedido á esta tierna despena ? Ella que con sus cuidados maternales procuraba formar mi corazon en la virtud, ella que con su ejemplo me ha hecho amar una religion proscrita de estos lugares..... Pero que digo, Ibrain , tú vas á venderme..... Nada temais, mi adorable Fatmé, le respondió el pachá de que sepa vuestro secreto. Soy incapaz de abusar de esta confianza, y la mayor prueba que puedo daros, es des-

cubriros lo que trataba de ocultaros. Oídme. María, hija de Jorge Bulcoi, déspota de Servia, y madrastra del sultan, era segunda esposa de Amurates y no tuvo de este matrimonio mas que una hija, que ahora seria de vuestra edad con poca diferencia. Yo ignoraba, le interrumpió Fatmé, esta circunstancia y jamás he oido decir que María hubiese tenido ningun hijo de Amurates.

La mayor parte de los turcos, continuó el pachá, ignoran este parto de la despena, y por esto es por lo que os lo hago notar. Permittedme que os detalle los principales sucesos que han acompañado al nacimiento de esta princesa, pues yo soy el único que puedo daros algunas luces sobre este particular.

Amurat no llevó otro objeto en el enlace con María, que el tomar un título sobre los estados de su suegro y resuelto á apoderarse de ellos por cualquier camino que fuese, hizo sacar los ojos á dos hijos del déspota, y por un tratamiento aun mas bárbaro, los dejó incapaces de la sucesion, poniéndoles por este medio un obstáculo á sucesion legítima para que sucediesen á su suegro Targe.

El déspota para vengarse de los procedimientos odiosos y crueles de su yerno, entró en la famosa liga contra el imperio otomano, por lo que las fuerzas reunidas de los venecianos, de Juan Paleologo, emperador del Oriente, de Felipe, duque de Borgoña, y en una palabra, de todos los príncipes cristianos, debian volver la libertad á los griegos y sumergir las medias lunas en una eterna noche. Pero el ejército de los confederados perdió

la batalla de Varne, y Jorge se vió precisado á volver á entrar en la Servia, no pudiendo obtener la paz del sultan hasta la mediacion de su hija María. La reina parió durante estos negocios, y como tenia mil razones para temer de la violencia de su esposo que ya habia tratado tan bárbaramente á sus hermanos, discurrió una estratagema para poner á su hija á cubierto de los peligros de que estaba amenazada. Nacida cristiana hubiera querido que su hija hubiese sido educada en la religion católica; pero la imposibilidad era evidente, pues Amurat, celoso de su culto, hubiera castigado soberanamente semejante procedimiento. Por otra parte, los cristianos que se habian manifestado perjuros para con él, rompiendo la tregua de diez años y como obligando tambien á Jorge á violar su juramento, se le habian hecho sospechosos y aborrecibles.

No era este solo el inconveniente ni el mas difícil de salvar, porque esta niña habiendo recibido de su madre los primeros elementos de su educacion, hubiera podido muy bien guardar su creencia en su corazon conservando la paz con el silencio y circunspeccion. Pero una madre tierna y amorosa prever mucho, y asi ya creia ver en lo futuro mil tempestades sucederse unas á otras. En efecto, esta niña hubiera dado un yerno á Amurat y este yerno hubiera hecho valer los derechos de su muger, sobre el reino de Servia, y hubiera disputado á Mahomet que ya manifestaba su carácter feroz, un derecho que este último no adquiriria sino por la injusticia de su padre. María no

veia por todas partes mas que precipicios , pues por un lado se le presentaban las guerras civiles que escitaban dos príncipes celosos de los mismos derechos, y por otro el carácter fogoso de Mahomet , que clavando el puñal en el pecho de su hermana paterna , asesinaba al mismo tiempo á su madrastra.

Tales eran las ideas horribles que agitaban á la reina ; mas sin embargo, no perdió este espíritu de constancia y de firmeza que nos ofrecen recursos en medio del peligro , y que nos hace librar-nos de unos males que nos harian morir. María en la cumbre del trono era una verdadera filósofa, pues despreciando las grandezas humanas, hubiera preferido las dulzuras de una vida ignorada, á todo el esplendor de la corte, en donde reina mas bien el ejemplo del crimen que el de la virtud.

Resolvió dar pues á su hija el estado que ella hubiera preferido y formando su plan , ved aqui como lo ejecutó. María hizo publicar en el palacio que la criatura que acababa de nacer habia muerto , y los turcos ocupados en defender sus bienes y sus vidas, tomaron poco interés en este suceso. Todas las personas que entraron en la confianza de la reina guardaron fielmente el secreto, habiéndome á mi encargado su educacion y empleando para ello los fondos que la despena me hacia pasar por diferentes conductos.

Disgustado largo tiempo despues de vivir en la corte de un monarca tan colérico como Amurat , y tan impetuoso como su hijo, no pensé mas que en proporcionarme un retiro que no pudiese

y acaso de curiosidad, la hizo adelantarse para conocer al desgraciado que parecia no poder resistir á su dolor. Aproximóse silenciosamente, y vé á Ibrain anegado en lágrimas y como prosternado bajo un emparrado impenetrable á los rayos del sol, cuyas palabras parecian interrumpidas por los sollozos. María, madre tierna, decia, en vano confiasteis á vuestra hija á mis celosos cuidados.... Unos bárbaros me la robaron dejándome á mí la vida para mas dolor mio... Infeliz, tal vez ya no la volvais á ver, y acaso sus manés estén esperando los vuestros en la noche del sepulcro.

Ibrain era este mismo pachá que el emperador habia escogido para que dirigiese las obras del templo destinado á sus amores, y hermohear el Eski-Saray (1), que daba para su retiro á su madrestra la despena María. Este vasallo fiel habia desempeñado su comision con la mayor satisfacción del sultán que cada dia le daba mayores pruebas de su confianza; pero Ibrain ansiaba mas por su tranquilidad que por los honores. Una negra melancolía se habia apoderado de su corazon, y en ninguna parte encontraba consuelo ni placer sino en la soledad.

Por mas sigilosamente que quiso acercarse Fatmé, no pudo menos de oirla el pachá, que salió de aquel doloroso extásis que á su pesar le habia confiado al eco, el motivo de su tristeza. Confuso Ibrain por haber sido sorprendido por la sül-

(1) Es decir, la antigua habitacion.

causar la menor sospecha al emperador, siempre cuidadoso de no ser sorprendido. María conocia mi providad y mi celo por sus intereses y los de su religion, y asi me dejó obrar en esta ocasion segun me dictaba la prudencia de mas acertado. Bajo el pretesto de algunos achaques que exigian que yo pasase una vida mas tranquila, pude obtener despues el permiso del sultan para retirarme á unas pose-iones que yo tenia en la Mingrelia, siendo precisamente en este retiro donde yo hacia cuenta de educar fuera del bullicio y de las pasiones, la criatura que la reina me habia confiado, y que ella separaba de su lado con tanto dolor, como si hubiera visto bajar al sepulcro aquel único fruto de sus entrañas.

Despues que la reina me confió aquel precioso depósito, parti con un pequeño número de criados fieles, y no pareciéndome oportuno el embarcarme en el Ponto Euxino temeroso de que Amurat que se hacia dar una cuenta exacta de todo cuanto entraba y salia en los buques llegase á traslucir lo que yo tenia tanto interés en ocultar. Tomé, pues el partido de hacer todo el camino por tierra, y saliendo de Andrinopoli (1) sin ser notados, nos retiramos con la mayor diligencia posible.

El escesivo calor del dia nos hacia caminar de

(1) En esta ciudad era donde residian los emperadores otomanos, antes de que Mahomet tomase á Constantinopla.

noche, y por este medio evitábamos muchas fatigas y las miradas curiosas de los habitantes de los pueblos por donde pasábamos. A la décima noche de nuestra partida, nos encontramos en un desierto arenoso donde no se apercibía ningún camino señalado. La oscuridad era grandísima, y á esto se aumentaba una furiosa tempestad que nos sobrevino. Nuestros guías no acertaban á caminar sino á favor de los relámpagos que eran muy continuados, aumentando el intervalo de uno á otro las tinieblas en que nos hallábamos. De repente oímos un ruido confuso como de varios hombres que hablaban entre sí, de los que fuimos acometidos con violencia. Yo fui herido en la cabeza de un sablazo, de modo que caí en el suelo sin conocimiento y sin poder defender la criatura que se me había confiado. Ojalá aquel momento hubiera sido el último de mi vida, pues no tendría hoy el acerbo dolor de pensar que la hija de un emperador y de la muger mas virtuosa, es tal vez esclava de los bárbaros, que sin cesar están haciendo guerra á los demas hombres. Llegó en fin el dia, y por un lado se me presentaron á la vista los cadáveres de algunos de mis criados, y por otro los demas, curándose las heridas que habian recibido.

Inmediatamente se me aproximan, y descuidando su propia vida, vinieron á socorrer á su señor, que aborrecia su existencia viendo perdido el precioso depósito que tenia á su cuidado. El presentimiento de que no lo volveria á encontrar, me hizo perder el conocimiento segunda vez.

Pero los cuidados de aquellos que me servian, me volvieron de nuevo una vida que despues he mirado sin apego, á causa del dolor y la amargura de que ha estado penetrado mi corazon. Algunas gotas de bálsamo de la Meca puestas en mi herida, me pusieron en estado de marchar y despues supe por uno de mis guias, que verosímilmente habiamos sido acometidos por una partida de estos ladrones que se ponen en acecho en aquellos parages por donde deben pasar las carabanas que van á la Persia. Falto de provisiones y mortificado por las heridas, nos vimos precisados á detenernos en Erzerum, donde Azor era á la sazón el Kardilesker, sobre cuyo favor podia yo contar mediante á la estrecha amistad que siempre habia reinado entre los dos. Presentéme, pues, en su casa, y le dije, que aquellos infames ladrones no contentos con haberme robado todos mis intereses, se habian llevado tambien una niña que una hermana mia me habia confiado para educarla según mis costumbres. Inmediatamente Azor hizo venir el Musselin, y le mandó pusiese algunas tropas en campaña con ánimo de prender á cuantos sin pretesto fundado se hallasen en los caminos. Yo permanecí algunos dias en casa de Azor, tanto para reparar en parte mi salud y la de mis criados, como para esperar algunas noticias de Musselin; pero no fueron aprehendidos mas que algunos infelices de los que no se pudo averiguar nada, y dando gracias á Azor por sus buenos deseos me dispuse á continuar mi viage.

Siempre he oido hablar muy bien de este Azor,

le interrumpió la sultana, y estoy persuadida que no habrá desperdiciado ocasion de poderos ser útil. Es verdad, continuó Ibrain, pues sé que aun mucho tiempo despues de mi marcha no ha cesado de hacer pesquisas para ver si se podia encontrar la niña que me fue robada. Llegué al fin á mis posesiones, y estuve muchos dias dudoso si daria ó no parte á la emperatriz de esta triste noticia de su desgracia, pues yo conocia la herida que iba á hacer en su corazon; pero al fin me determiné á escribirle las circunstancias de aquel suceso, y oid la respuesta que me dió. «Hay una «Providencia, mi querido Ibrain, cuyos secretos «somos nosotros muy débiles para penetrar. ¡Ah! «si mis lágrimas pudiesen moverla á compasion, «tal vez yo volveria á ver á mi hija.»

Pero hay mi adorada Fatmé, ya han pasado veinte años sin que el cielo haya sido favorable á nuestras súplicas. Yo he empleado todos los medios imaginables para volver á María el objeto de sus votos, haciendo examinar en toda la Mingrelia y en los alrededores de Erzerum todas las niñas de corta edad para ver si se encontraba alguna que tuviese en sus brazos una señal bastante dilatada en forma de estrella, pero todas nuestras pesquisas han sido infructuosas. Fatmé se estremeció al oír estas palabras, y no pareciéndole conveniente manifestar su turbacion, fingió haberse indispués- to á causa del mucho tiempo que habia estado en pie. Sentóse disimulando cuanto le era posible su turbacion en un camapé inmediato, é Ibrain continuó su historia concluyendo con los motivos que

habian empeñado á Mahomet para hacerlo volver á Constantinopla.

Convengo en lo grande de vuestros males, le dijo la sultana, pero la desesperacion es prueba de una alma muy débil. Tened la esperanza de que tal vez un rayo de luz disipará las tinieblas que mirais como impenetrables, y en caso de que esta esperanza no se cumpla, el hombre sábio se basta á sí mismo. Apenas acabó estas palabras cuando Fatmé se levantó para volverse á su departamento, hasta donde la condujo Ibrain asegurándole que el peso de sus penas le habia parecido disminuirse desde que ella se habia interesado en sus males, y en su dolor.

CAPITULO IX.

Inquietudes de Fatmé.

Fatmé ya en su habitacion, se dió prisa á examinar una señal que ella tenia en un brazo, en la que hasta entonces habia puesto muy poco cuidado, y vió con la mayor sorpresa que estaba figurada de la misma manera que se la habia pintado Ibrain. ¿Y qué? exclamó Fatmé, seré yo esta hija de la virtuosa María, y podré como hermana de Mahomet rechazar impunemente los transportes de su pasion y de su desenfreno? ; O estrellas que sin duda me habeis servido de guias cuando yo navegaba en una mar llena de escollos y peligros; esparcid sobre mí vuestras benignas influencias ahora que ya parezco llegada al puer-

to! Fatmé pasó toda la noche en una violenta agitacion y sin cesar de meditar los modos mas convenientes para aclarar este misterio. Apenas amaneció, hizo llamar á Crisolita, y le dijo, que habiendo tenido un sueño espantoso, queria hablar á Kara-Isouf para hacerse dar cuenta de ciertas circunstancias de su vida. Crisolita llena de celo por su señora, y vivamente penetrada de verla tan turbada, egecuta prontamente las órdenes que ha recibido, y envia un espreso á Kara-Isouf para que inmediatamente se presente en el serrallo. En casa de este hombre era donde habia pasado sus primeros años, y aunque le amaba sobremanera, se habia visto obliga lo por su extrema pobreza, á vender esta jóven á un pachá que por su hermosura extraordinaria la regaló al gran señor. Llegado Kara-Isouf al serrallo, se presenta á la sultana que lo recibió con las mismas preferencias que cuando dependia de sus voluntades.

Nada debeis ocultarme mi querido Kara-Isouf, le dijo, y asi responded sinceramente á lo que voy á preguntaros, pues la verdad que salga de vuestra boca, es la que causará ó mis tormentos ó mi felicidad. Decidme, ¿ soy yo vuestra hija? Isouf queda turbado y suspenso al oír esta proposicion. Perdonadme, continuó Fatmé, si me formo algunas dudas sobre mi nacimiento; pero si supierais cuanto importa á mi gloria y á mi felicidad de romper este caos que una presuncion bien fundada ha formado en mi corazon, no dudariais en responderme. Me acuerdo que en aquellos momentos en que los cuidados y las penas domésticas os

ponían de mal humor, me deciais algunas veces que os veriais obligado á tratarme como á una huérfana, y estas palabras oscuras entonces para mí, me causan unas dudas que yo quiero aclarar. Si yo soy vuestra hija debo respetar los derechos paternales; pero sino lo soy, los cuidados que os tomaisteis en mi niñez y juventud exigen de mí el mas grande reconocimiento.

No, mi querida Fatmé, respondió el anciano prosternándose á sus pies, yo no soy vuestro padre. No me basta esta confesion, replicó la sultana, es preciso que me digais de quién recibí el ser, y cómo vine á parar en vuestras manos. Ay de mi, contestó Isouf, no me es posible daros la menor luz sobre estos artículos pues que yo mismo lo ignoro.

Una noche que todo estaba en el mayor silencio, oí á mi puerta el llanto de una criatura y levantándome la encontré en efecto envuelta en unas ricas mantillas y espuesta al rigor de la estacion. Despierto á mi muger y se la entrego; y ella enternecida os calienta en su pecho (porque erais vos misma, mi querida Fatmé), y os dá la mitad del alimento destinado á un hijo que acababa de dar á luz.

Este nos lo robó la muerte pocos dias despues y desde entonces merecisteis todos nuestros cuidados, y aun en nuestra indigencia dimos gracias al cielo de haber reparado nuestra pérdida, substituyéndonos otra criatura cuyo rostro angelical nos anunciaba unos dias de mas prosperidad.

¿Y qué habeis hecho de aquellas mantillas,

le preguntó Fatmé? Las he conservado como una cosa preciosa, respondió Isouf, pues me presumia que algun dia me servirian de testigos para hacer reconocer la criatura que habia sido espuesta en mi puerta.

Nadie se ha presentado á reclamarla, y vos misma sabéis que habiendo nuestro vecino olvidado la muerte de mi hijo, se habia acostumbrado á miraros como á mi propia hija.

Pues quiero que me entreguéis esas mantillas, y así volved mañana á verme y os encargo que á nadie digáis la menor cosa de lo que acaba de pasar entre los dos.

CAPITULO X.

Reconocimiento de Fatmé.

Apenas marchó Kara-Isouf cuando Fatmé se entregó de nuevo á todas sus reflexiones, y tan turbada estaba su imaginacion que Abdeker estaba ya á su lado cuando ella se apercibió de su llegada. Vuelta Fatmé de su enagenamiento, hácese sentar á Abdeker y le cuenta la singular aventura de su vida y de su nacimiento.

Ya hace tiempo le contestó Abdeker que la nobleza de vuestro carácter estaba demostrando la grandeza de vuestro origen, y todo el mundo os miraba como á un árbol de una hermosa vista y de un fruto delicioso, nacido por casualidad en medio de un bosque inculto y abandonado. Pero mi querida princesa, (porque ya dejasteis de ser para

al primer rango no os dignéis echar una mirada favorable sobre vuestro esclavo? ; Ay vuestra felicidad que tan estrechamente estaba unida á la mia, seria desde entonces el principio de mis desgracias!

Nada temas, mi querido Abdeker en mi, replicó Fatmé, no es la fortuna quien distribuye los rangos sino el mérito. Yo no cambio de corazón, aunque cambie de condicion, y si Abdeker tuvo algun imperio sobre mi en el tiempo en que yo me creia hija de Isouf, no tendrá menos cuando todá la corte de Mahomet me reconozca por hija de Amurat y de María.

A estas palabras no pudo menos Abdeker de derramar algunas lágrimas de ternura y de precipitarse á los pies de la princesa. Levántate, mi querido Abdeker, le dijo Fatmé, y retiráte mientras yo voy á informarme en un todo de mi destino.

Mañana debe la despena venir á verme y quiero que Ibrain me sostenga en su presencia, que me ha hablado el language de la verdad.

Abdeker se retiró lleno del mas vivo reconocimiento por la princesa, y de un amor que tocaba ya en entusiasmo.

Fatmé esperaba con impaciencia la vuelta de Kara-Isouf, pues ni aunque la ambicion ni la vanidad tenian la mayor parte en los pasos que estaba dando para asegurar su estado y su nacimiento, le eran necesarios, pues su corazón lleno de sensibilidad se enternecia por la despena María. Ella se representaba deliciosamente la alegría que aquella tierna madre debia experimentar al reco-

Ver una hija que ya creia absolutamente perdida. Los intereses de su amor por Abdeker no le hacian desear con menos ardor la realidad de sus esperanzas, pues como hija de María y hermana de Mahomet: nada tenia que temer en adelante de la furia de este tirano, y podía entregarse á su amante sin reserva. El día le sorprendió en medio de estas agradables ideas, y apenas se levantó cuando entró Isouf en su cuarto con las mantillas que se le habian encargado. Fatmé hizo llamar tambien á Ibrain y apenas llegó le dijo. Os envio á llamar para daros noticias de la criatura, cuya pérdida os tiene tan penetrado de dolor, y enseñándole las mantillas, Ibrain no pudiendo ocultar la alegría las recorrió por las mismas de la hija de María.

Dichosa madre, exclamó, tus lágrimas van á cesar, pues el cielo te vuelve tu hija, porque yo no dudo que seais vos, mi querida Fatmé, la augusta princesa que tantas penas nos cuesta. Dejadme ver la preciosa estrella que la hija de María debe tener como señal para su reconocimiento y no dilatemos mas mi felicidad y la vuestra.

Fatmé descubrió su brazo y reconocida que fue por Ibrain, le pidió que le llevase inmediatamente á la despena la noticia de su hallazgo, pues no queria pribar á su querida madre de semejante placer. Ibrain le contestó, haciéndole ver el peligro que habia de comunicarle repentinamente una noticia semejante, y suplicándole moderase su acaloramiento, se despidió de ella para ir al momento á prevenirla y disponerla para que la viese.

Ibraim corrió al cuarto de la despena y la halló postrada á una languidez y un abatimiento que le hizo temer por su vida.

Introdujo diestramente la conversacion sobre su hija , pero el corazon de María estaba cerrado á toda esperanza , y habia sido engañada tantas veces por aquellas lisongeras ilusiones, que Ibraim tuvo que asegurarle que lo que le habia espuesto como una simple esperanza, era una verdad real; que su hija vivia ; que estaba actualmente en el serrallo , y que ya estaria en sus brazos sino hubiese temido una emocion tan viva como peligrosa para su salud. Apenas hubo oido aquellas palabras la despena , que reanimando sus fuerzas quiso levantarse y correr hácia su hija ; pero Ibraim la detuvo prometiéndole que al momento la iba á conducir á su presencia. En efecto, no tardó en presentarle á Fatmé que precipitándose en los brazos de su madre la colmaba de caricias y la inundaba con sus lágrimas. Mostrábale sus brazos y contábale como habia pasado su niñez ; pero ya la despena no la oia , pues agoviada con veinte años de sufrimiento no habia podido sostener el enagenamiento de encontrar una hija cuya pérdida habia llorado tanto tiempo , y exaló en sus brazos el último suspiro.

Pero ¿qué fué de la pobre Fatmé cuando vió que ya no tenia madre tan tierna? El desvanecimiento que le causó su dolor fué tal, que Ibraim temió por su vida; pero ya Abdeker habia sido llamado para socorrerla y su presencia y cuidados hicieron volver á la princesa acabando su amor de consolarla.

CAPÍTULO XI.

Conclusion.

No tardó Mahomet en saber por sus cortesanos el verdadero nacimiento de Fatmé, y furioso al ver que en adelante tenia que respetar como hermana á la que habia destinado á sus placeres, cambió todo su amor en aborrecimiento. Resolvió hacerla morir secretamente, para lo cual despachó desde su campo un esclavo fiel con orden de envenenarla, y habiendo el esclavo desempeñado perfectamente su comision, se volvió á dar cuenta á su tirano, quedando Fatmé acometida de una eseccion soporosa y de una profunda melancolia que hizo temer por su vida. ¡ Cuál fué la desesperacion de Abdeker cuando reconoció la verdadera causa de su mal ! Conoció inmediatamente el autor de aquella accion bárbara, y reflexionando que aunque la librase por aquella vez de la muerte, el tirano repetiria sus atroces designios, tomó el partido mas extraordinario que se puede imaginar.

Dejó ignorar á Fatmé la causa de su mal y el peligroso estado en que se hallaba y le hizo creer que su curacion estaba muy próxima y que acaso no estaba muy lejos el momento en que iban á ser felices y unidos para siempre. Al mismo tiempo esparció en el serrallo la voz del peligro en que se hallaba Fatmé diciendo á todos que la muerte de la princesa estaba cercana, y que era preciso

que nadie se acercase á su habitacion ; en razon á ser contagiosa su enfermedad.

A la noche siguiente fué acometida de uno de aquellos sopores que la privaba de todo conocimiento y Abdeker principi6 á gritar que Fatmé habia espirado y que era preciso que sin la menor dilacion fuese sacado su cadáver del serrallo, mediante al olor pútrido que exalaba, y fuese conducido sin pompas á la Mosquee.

Durante el dia habia Abdeker hablado con el Iman , al que propuso una suma considerable por llevarse el cuerpo de la princesa , y aunque el Iman puso al principio algunos inconvenientes, cedió al fin , quedando convenidos en que se pondria en lugar del cadáver de Fatmé el de una esclava vestida con las ropas de la princesa.

Abdeker siguió la corta comitiva que trasladaba el cadáver hasta la Mosquee , y despues que todos se retiraron , hizo con el Iman el cambio convenido.

Abdeker hizo llevar á su casa su adorada Fatmé , á la que al instante hizo volver de su insulto. Ya estais libre , le dijo Abdeker , despues que volvió en si mi querida princesa , y de aqui en adelante no teneis que temer el furor del bárbaro Mahomet. Vuestra vida está en seguridad y si supierais.... No quiso por entonces descubrirle el estado terrible en que se hallaba y solo le dijo, que sabiendo que querian atentar á su vida , él se habia aventurado á salvarla. Manifestóle los medios de que se habia valido para lograr aquella dificultosa empresa , á cuya narracion no pudo Fatmé

contener suslá grimas viendo que la vida de su amante estaba en peligro. Calmóla Abdeker asegurándola que habia hecho equipar un barco bajo el registro de un amigo suyo, y que se embarcarían en el momento que ella estubiese en disposicion de sufrir las fatigas del viage. Los remedios que Abdeker le preparó y el estremado cuidado le volvieron pronto sus fuerzas y la pusieron en estado de marchar. Entonces fué cuando su amante le descubrió el gran peligro en que se habia hallado su vida y la clase de enfermedad que habia padecido.

Embarcáronse al fin y llegaron felizmente á Italia, despues de haber abjurado el mahometismo, se unieron solemnemente y gozaron de todos los atractivos que pueden proporcionar la hermosura, la virtud y los talentos reunidos.

¡ Dichosa Fatmé , tu esposo era digno de tí !

¡ Dichoso Abdeker , tú eras digno de tu esposa !

FIN DE LA SEGUNDA Y ULTIMA PARTE.

OBSERVACIONES.

El Serquis, ó Serkis es una planta, (Elychnium ó Gnaphalium) que se toma como el te de las sultanas. Su gusto es delicioso y despues de haberlo examinado atentamente, he encontrado que semejaria con corta diferencia á el que resultaria de la mezcla de una cucharada de agua vulneraria espirituosa, con dos cucharadas de agua de rio comun.

La virtud de esta planta es tan admirable, que conserva la frescura, la firmeza y la robustez de tal modo, que una persona de sesenta años que la tome á menudo no representará mas que la mitad. Nace al pie de una montaña que está cerca de la Meca y el gran señor la hace guardar con tanto cuidado, que cualquiera que se aproximase á cierta distancia del lugar en que se cultiva, seria castigado de muerte. Los sultanes hacen de ella un uso muy frecuente y algunas damas de Constantinopla que la compran á un precio exorbitante á las personas que arriesgan su vida para robarla. ¿No podria obtenerse el mismo efecto de serkis, usando de la mezcla de agua vulneraria espirituosa y de agua comun en la cantidad que hemos indicado?

Cuando se quiera hacer un hermoso blanquete, hé aqui en que cantidad se deben mezclar las drogas indicadas en el testo.

Se toman cuatro onzas de aceite de Ben, una de cera vírgen y dos dragmas y media de magisterio de Bismuth.

II

Es mejor servirse del aceite de Ben que de la de almendras dulces, ó el de las cuatro simientes frias, porque estos se calientan mas y no se conservan tanto tiempo sin enranciarse como aquel.

Debe tambien preferirse el magisterio de Bismuth á los otros magisterios, ya sean de estaño ó ya de plomo, porque aquel es mucho mas blanco. Este cosmético se llama comunmente *blanquete de España*. Puede uno servirse de él con solo desleirlo en agua de lirio para blanquearse el cutis.

Colorete.

La raiz de ancusa presta un hermoso encarnado cuando se mezcla en las pomadas.

Una cinta coclico, mojada en agua comun ó en aguardiente dá un sonrosado tan hermoso á las mejillas frotándose con ella, que en nada se diferencia de los colores naturales.

Algunas personas se sirven de la cal de plomo sacada á un fuego moderado. Es la oxido de plomical, queda de un encarnado hermoso y en este estado se llama Minio.

El azufre y el mercurio forman el cinabrio, y cuando este se ha reducido á polvos muy sutiles moliendolo largo tiempo sobre la piedra, se hace tan brillante y de un color tan subido que se llama bermellon. Algunas damas se frotan con él las mejillas despues de haberlo mezclado en las pomadas, lo que es sumamente peligroso pues con el uso frecuente pueden llegar á perder la dentadura, adquirir un aliento desagradable ó un excesivo flujo de saliva.

Secreto de un turco para hacer un excelente carmin.

Tengasé en infusion por espacio de tres ó quatro dias en una redoma llena de vinagre blanco una libra de palo del Brasil de Fernambuco, de color de oro, despues de haberlo quebrantado bien en un mortero. En seguida hágasele cocer durante una media hora, y despues cuélese por un lienzo bastante grueso y vuélvase á poner al fuego. Téngase preparada una vasija en la que se hayan disuelto en vinagre blanco ocho onzas de alumbre y mezclando las dos composiciones remuévase bien con una espátula. La espuma que saldrá será el carmin, recójase y hágase secar.

Otro colorete.

Tómese la cantidad que se quiera de palo del Brasil y alumbre de roca y despues de machacarlo junto, hágase cocer en vino tinto hasta la reduccion de las dos terceras partes; cuando esté ya frio frotensé las mejillas con un poco de algodón.

Colorete que imita el natural.

Tómese media azumbre de buen aguardiente y póngase en él media onza de benjui, una de sanfal rubio, media de palo del Brasil y otra media de alumbre de roca. Tátese bien la botella y muevase bien una vez por dia durante dos semanas, y al cabo de este tiempo ya se puede usar esta composicion. Es muy dificil conocer si el sonrosado que presenta el cútis es artificial, lo que animará á muchas damas que no se atreven

IV

á sonrosearse el rostro de miedo que se lo cono-
can, lo que muchas veces es un furioso tormento
para el a morpropio.

Agua de kermosura.

Tómense iguales partes de agua de agrimonia
y de siempre viva y echesele á cada media libra dos
dragmas de sal amoniaco.

Agua de gracia.

Tómense las lágrimas que destilan de la vid
en el mes de mayo y junio, y es un cosmético na-
tural muy bueno para hermostear el cutis.

Agua de frescura.

Tómense tres pies de ternera bien picados,
tres melones de un mediano tamaño, tres pepinos,
cuatro huevos frescos, una lonja de calabaza, dos
limones, una chopina de suero una pinta de agua
de renufar, una chopina de agua de llanter y de
siempre viva y una media onza de borra. Hágase
destilar todo en el baño de maria.

Agua de la fuente de Jouvencio

Tómese una onza de azufre vivo, dos onza^s
de inçienso y de mirra, seis dragmas de ambar y
una libra de agua rosada. Hágase deslizar todo en
el baño de marja y lábese uno por la noche antes
de acostarse y á la moñana siguiente vuélvase á
lavar con la segunda agua de cebada vuestro ros-
tro parecerá rejuvenecido.

Aseguran tambien que el agua destilada de
piñas verdes, quita las arrugas y rejuvenece y que
tambien producen el mismo efecto las aguas des-

17
tiladas de zamo de limon; de clara de huevo, de
caracoles, de leche de burra destilándola con los
cascarones de huevo.

Secreto admirable.

Tómese legía de sarmientos bien clara, y echese
á cada cuartillo una onza de tártaro calcinado,
dos dragmas de sandarac y otro tanto de goma
de cerebro. Déjese secar esta agua sobre el rostro
sin enjugarlo y lávese en seguida con el agua im-
perial siguiente.

Agua imperial.

Tómese cinco libras de buen aguardiente en
el que se echan desleido una onza de incienso de
almanciga; de benjui y de goma arabiga; añada-
se media onza de clavos y nueces moscadas, onza
y media de piñones y almendras dulces y tres gra-
nos de amisteles, y todo bien machacado hágase
destilar en el baño de maria y reservese para el
uso. Esta agua tiene tambien la propiedad de
blanquear la dentadura, de apaciguar el dolor de
muelas, de impedir el mal olor de la boca y de
afirmar las encías. Es muy estimada de todas las
damas de Italia.

Agua sumamente recomendable.

El agua ó zumo de Anagalide (anagallis,) es
tan exquisita para el cútis, que debería siempre
encontrarse en los tocadores de las damas.

Agua de Verecia muy estimada.

En el mes de mayo tómense dos pintas de le-
che de una buca negra y pongáse en una botella

VI.

con ocho limones y cuatro naranjas cortados á ruedas, añádase una onza de azúcar cande y media onza de borra. Destílese en el baño de maria ó á fuego de arena ó tierra.

En Bagdad.

Esta agua se contrahacia de este modo. Se toman doce limones sin corteza cortados á ruedas, doce huevos frescos, seis pies de carnero, cuatro onzas de azúcar cande, una buena lonja de melon y otra de calabaza y dos dragmas de borra. Destílese todo en un alambique de vidrio cuya covertera sea de plomo.

Agua fresca.

Pongase en infusion en buen vinagre por espacio de tres ó cuatro horas salvado de trigo agreguese algunas yemas de huevo y un grano ó dos de amhar gris y destílese etc.

Tambien de aguas destiladas de melon, de flor de habas de labrusca (viene.)

Polvos de mirra.

El agua que destila del tronco del abedul (álamo) es deterativa y el mismo efecto se atribuye al jugo purificado ó clarificado de las ojas de este árbol y á su agua destilada.

COLECCION
DE NOVELAS,

TRADUCIDAS

Por D. G. F. Coll.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCIA

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA

MADRID:

IMPRESA A CARGO DE D. DIEGO NEGRETTE,
calle del Amor de Dios, núm. 15.

1838.

OBSERVACIONES.

El Serquis, ó Serkis es una planta, (Elychnium ó Gnaphalium) que se toma como el te de las sultanas. Su gusto es delicioso y despues de haberlo examinado atentamente, he encontrado que semejaria con corta diferencia á el que resultaria de la mezcla de una cucharada de agua vulneraria espirituosa, con dos cucharadas de agua de rio comun.

La virtud de esta planta es tan admirable, que conserva la frescura, la firmeza y la robustez de tal modo, que una persona de sesenta años que la tome á menudo no representará mas que la mitad. Nace al pie de una montaña que está cerca de la Meca y el gran señor la hace guardar con tanto cuidado, que cualquiera que se aproximase á cierta distancia del lugar en que se cultiva, seria castigado de muerte. Los sultanes hacen de ella un uso muy frecuente y algunas damas de Constantinopla que la compran á un precio exorbitante á las personas que arriesgan su vida para robarla. ¿No podria obtenerse el mismo efecto de serkis, usando de la mezcla de agua vulneraria espirituosa y de agua comun en la cantidad que hemos indicado?

Quando se quiera hacer un hermoso blanquete, hé aqui en que cantidad se deben mezclar las drogas indicadas en el testo.

Se toman cuatro onzas de aceite de Ben, una de cera vírgen y dos dragmas y media de magisterio de Bismuth.

II

Es mejor servirse del aceite de Ben que de la de almendras dulces, ó el de las cuatro simientes frias, porque estos se calientan mas y no se conservan tanto tiempo sin enraciarse como aquel.

Debe tambien preferirse el magisterio de Bismuth á los otros magisterios, ya sean de estaño ó ya de plomo, porque aquel es mucho mas blanco. Este cosmético se llama comunmente *blanquete de España*. Puede uno servirse de él con solo desleirlo en agua de lirio para blanquearse el cutis.

Colorete.

La raiz de ancusa presta un hermoso encarnado cuando se mezcla en las pomadas.

Una cinta coclico, mojada en agua comun ó en aguardiente dá un sonrosado tan hermoso á las mejillas frotándose con ella, que en nada se diferencia de los colores naturales.

Algunas personas se sirven de la cal de plomo sacada á un fuego moderado. Es la oxido de plomical, queda de un encarnado hermoso y en este estado se llama Minio.

El azufre y el mercurio forman el cinabrio, y cuando este se ha reducido á polvos muy sutiles moliendolo largo tiempo sobre la piedra, se hace tan brillante y de un color tan subido que se llama bermellon. Algunas damas se frotan con él las mejillas despues de haberlo mezclado en las pomadas, lo que es sumamente peligroso pues con el uso frecuente pueden llegar á perder la dentadura, adquirir un aliento desagradable ó un excesivo flujo de saliva.

Secreto de un turco para hacer un excelente carmin.

Tengasé en infusion por espacio de tres ó quatro dias en una redoma llena de vinagre blanco una libra de palo del Brasil de Fernambuco, de color de oro, despues de haberlo quebrantado bien en un mortero. En seguida hágasele cocer durante una media hora, y despues cuélese por un lienzo bastante grueso y vuélvase á poner al fuego. Téngase preparada una vasija en la que se hayan disuelto en vinagre blanco ocho onzas de alumbre y mezclando las dos composiciones remuévase bien con una espátula. La espuma que saldrá será el carmin, recójase y hágase secar.

Otro colorete.

Tómese la cantidad que se quiera de palo del Brasil y alumbre de roca y despues de machacarlo junto, hágase cocer en vino tinto hasta la reduccion de las dos terceras partes; cuando esté ya frio frotensé las mejillas con un poco de algodón.

Colorete que imita el natural.

Tómese media azumbre de buen aguardiente y póngase en él media onza de benjui, una de sanfal rubio, media de palo del Brasil y otra media de alumbre de roca. Tátese bien la botella y muevase bien una vez por dia durante dos semanas, y al cabo de este tiempo ya se puede usar esta composicion. Es muy dificil conocer si el sonrosado que presenta el cútis es artificial, lo que animará á muchas damas que no se atreven

IV.

á sonrosearse el rostro de miedo que se lo cono-
can, lo que muchas veces es un furioso tormento
para el a morpropio.

Agua de kermosura.

Tómense iguales partes de agua de agrimonia
y de siempre viva y echesele á cada media libra dos
dragmas de sal amoniaco.

Agua de gracia.

Tómense las lágrimas que destilan de la vid
en el mes de mayo y junio, y es un cosmético na-
tural muy bueno para hermosear el cutis.

Agua de frescura.

Tómense tres pies de ternera bien picados,
tres melones de un mediano tamaño, tres pepinos,
cuatro huevos frescos, una lonja de calabaza, dos
limones, una chopina de suero una pinta de agua
de renufar, una chopina de agua de llanter y de
siempre viva y una media onza de borra. Hágase
destilar todo en el baño de maria.

Agua de la fuente de Jouvencio

Tómese una onza de azufre vivo, dos onza^s
de inçienso y de mirra, seis dragmas de ambar y
una libra de agua rosada. Hágase deslizar todo en
el baño de marja y lábese uno por la noche antes
de acostarse y á la moñana siguiente vuélvase á
lavar con la segunda agua de cebada vuestro ros-
tro parecerá rejuvenecido.

Aseguran tambien que el agua destilada de
piñas verdes, quita las arrugas y rejuvenece y que
tambien producen el mismo efecto las aguas des-

17
añadidas de zamo de limon; de clara de huevo, de
caracoles, de leche de burra destilándola con los
rascarones de huevo.

Secreto admirable.

Tómese legía de sarmientos bien clara, y echese
á cada cuartillo una onza de tártaro calcinado,
dos dragmas de sandarac y otro tanto de goma
de cerebro. Déjese secar esta agua sobre el rostro
sin enjugarlo y lávese en seguida con el agua im-
perial siguiente.

Agua imperial.

Tómese cinco libras de buen aguardiente en
el que se echan desleido una onza de incienso de
almanciga; de benjui y de goma arabiga; añada-
se media onza de clavos y nueces moscadas, onza
y media de piñones y almendras dulces y tres gra-
nos de amiste, y todo bien machacado hágase
destilar en el baño de maria y reservese para el
uso. Esta agua tiene tambien la propiedad de
blanquear la dentadura, de apaciguar el dolor de
muelas, de impedir el mal olor de la boca y de
afirmar las encías. Es muy estimada de todas las
damas de Italia.

Agua sumamente recomendable.

El agua ó zumo de Anagalide (anagallis,) es
tan exquisita para el cútis, que debería siempre
encontrarse en los tocadores de las damas.

Agua de Verecia muy estimada.

En el mes de mayo tómensé dos pintas de le-
che de una buca negra y pongáse en una botella

VI.

con ocho limones y cuatro naranjas cortados á ruedas, añádase una onza de azúcar cande y media onza de borra. Destílese en el baño de maria ó á fuego de arena ó tierra.

En Bagdad.

Esta agua se contrahacia de este modo. Se toman doce limones sin corteza cortados á ruedas, doce huevos frescos, seis pies de carnero, cuatro onzas de azúcar cande, una buena lonja de melon y otra de calabaza y dos dragmas de borra. Destílese todo en un alambique de vidrio cuya covertera sea de plomo.

Agua fresca.

Pongase en infusion en buen vinagre por espacio de tres ó cuatro horas salvado de trigo agreguese algunas yemas de huevo y un grano ó dos de amhar gris y destílese etc.

Tambien de aguas destiladas de melon, de flor de habas de labrusca (viene.)

Polvos de mirra.

El agua que destila del tronco del abedul (álamo) es deterativa y el mismo efecto se atribuye al jugo purificado ó clarificado de las ojas de este árbol y á su agua destilada.

COLECCION
DE NOVELAS,

TRADUCIDAS

Por D. G. F. Coll.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCIA

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA

MADRID:

IMPRESA A CARGO DE D. DIEGO NEGRETTE,
calle del Amor de Dios, núm. 15.

==
1838.

EL CASAMIENTO

DE

CRISTO.

Crónica del siglo 15.

I.

Fuego! ¡fuego!.... en casa de Simon, calle de Taur.... Fuego!.... Tolosanos, socorred á vuestro hermano y san Estéban os ayudará.

Tal era el grito siniestro que en medio de la obscuridad de la noche recorria las calles de Tolosa. Los serenos llamaban á todas las casas despertando á sus tranquilos moradores, las patrullas acudian al sitio del incendio llevándose por delante á cuantos encontraban y el cabildo tocaba á arrebato como en los dias de calamidad pública.

Cuatro minutos despues la calle de Taur

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalitat
CONSEJERIA DE CULTURA

JUNTA DE

2
estaba llena de gente, y al resplandor de las llamas que el fuego despedía, se veía el espanto dibujado en todos los semblantes. En vano pedían los soldados que se les ayudára; nadie se atrevía á dar un paso, tal era el estrago que el incendio hacía.

—Venga el abad de san Sernin, á echar su bendición, exclamaban unos.

—Tráiganse las reliquias de la abadía, decían otros, solo del cielo hay que esperar socorro.

—Escuchad y obedeced, gritó con voz imponente un hombre cubierto con una túnica encarnada, guarnecida de armiños, y á quien precedía un escudero con la espada de la justicia en la mano. Era el capitular.

—Tolosanos; dijo: subiéndose en un poste, desde donde dominaba á toda la asamblea. Dios no ayuda al que no ayuda á su prójimo. La casa de un cristiano está ardiendo. Las llamas no tardarán en comunicarse á las habitaciones vecinas, el viento las empuja con violencia, y tal vez dentro de algunas horas toda la ciudad será presa de ellas. No perdamos momento, salvemos nuestros techos de la destrucción que los amenaza. Vuestro capitular os dará el ejemplo.

Y se perdió entre los soldados que llevaban agua á la casa que ardía. Muchos hombres del pueblo siguieron su ejemplo y trabajaron con ardor; las mugeres se postraron

de rodillas, y entonaron un cántico divino; los mas tímidos pedian á voz en grito las reliquias y el abad de san Sernin.

En medio de la confusion y del espanto general, nadie habia reparado en un anciano que yacia en la puerta de la casa incendiada. El capitular le divisó, y cogiéndole en brazos le apartó del peligro. Tan pronto como el infeliz respiró el aire libre, recobró los sentidos, y considerando con desencajados ojos el estrago que el incendio hacia, exclamó con voz ahogada. ¡Mi hija!... ¡Marta!..... ¡Mi hija está allí!... Era Simon, el dueño de la casa que las llamas devoraban.

—Allí está, allí... y señalaba al piso segundo en el que el fuego no habia penetrado todavía. ¡Allí está! Una escala, una escala..... quiero salvarla.

Haciendo un esfuerzo violento, se arrancó de los brazos del capitular, pero sus lacrados pies no pudieron sostenerle, y cayó en tierra desde donde llamaba á su hija, e imploraba socorro. El pueblo contestaba á sus dolorosos gritos, con gritos de compasion; pero otra vez resonó la voz del Capitular que imponia á todos silencio.

—¡Una jóven va á perecer y nadie se atreve á salvarla!... El cabildo ofrece cien escudos de oro al que arranque á Marta de los brazos de la muerte.

—Ofreced tambien mis bienes, todos mis

4
bienes, exclamó el anciano.—¡Infeliz!... estaban allí!... Nada poseo... ¡Mi hija!... Mi hija morirá.

—Doscientos escudos ofrece el cabildo, repitió el capitular.

La muchedumbre seguía inmóvil, miraba con estupor las llamas, y rezaba en voz baja.

—Indulgencia plenaria al que salve á Marta, dijo un sacerdote que en aquel momento apareció; indulgencia plenaria y remisión de todos sus pecados.

No bien llegaron estas mágicas palabras á los oídos del pueblo, cuando muchos hombres pidieron escalas para subir á la habitación de la jóven.

¡El abad de san Sernin! ¡el abad de san Sernin!... Era la voz general. Su bendición su bendición y el incendio se apagará.

El abad accediendo á los deseos del pueblo estendió sus manos hácia las llamas implorando de Dios, que las estinguiese.

Sublime estaba el sacerdote en aquel momento, bendiciendo al cielo. Su talla magestosa, su noble y hermosa fisonomía su mirada apacible, aquella mitra de oro que reflejaba al resplandor del fuego y aquella voz de mansedumbre que se confundía con el ruido que hacían los maderos al caer, y con el crujir de las paredes, imponían al pueblo silencio y admiración. Redobló el valor de los trabajadores, salpicó el agua con más violencia

las llamas y estas se fueron amortiguando poco á poco. La palabra milagro corria de boca en boca y varios hombres rodearon al prelado, solicitando ser los primeros en subir para ganar la indulgencia plenaria. El capitular y el abad eligieron á los seis que les parecieron mas robustos y mas resueltos, y los animaron con sus promesas y con sus elogios. Los elegidos se encaminaron á la casa, apoyaron en sus paredes las escalas, y se arrodillaron para recibir la bendición prometida. El abad la pronunció en medio del silencio religioso que la multitud de los espectadores hacia tan imponente. Los seis hombres se levantaron, y por segunda vez entonaron las mujeres sus cánticos. Rápidamente habian subido ya varios escalones, y se hallaban en el primer piso, cuando los hizo estremecer un ruido parecido al de las olas que el uracan levanta. Detuviéronse indecisos y confusos, clavando sus espantados ojos, ora en el pueblo que seguia animándolos, ora en aquella casa cuyos ladrillos amenazaban desprenderse de un momento á otro. Un horrible crujido sonó, abriéronse con violencia las ventanas, como una lluvia de fuego cayeron de todas partes bigas encendidas, y las llamas que por largo tiempo habian estado concentradas aparecieron de nuevo con mas fuerza en medio de una densa columna de humo. Los seis hombres se precipitaron de las escalas, refugián-

dose en medio del pueblo que se abrió para recibirlos.

A la vista de este espectáculo aumentaron los gritos del anciano, que aun permanecía en el suelo; y fueron inútiles cuantos esfuerzos hicieron el abad y el capitular para reanimar el valor y el fanatismo de los espectadores.

Las llamas empezaban á envolver la habitación en la que se creía ver, á través del humo, á la desventurada Marta con los brazos sostenidos hácia su padre,

El anciano se arrastró hasta una escala, la apretó convulsivamente entre sus brazos, pero otra vez le engañaron sus fuerzas, y sucumbiendo al dolor, exclamó: ¡«Y ha de morir!»

—No: respondió una voz. La salvaré, si puede salvarla un hombre.

Lleno de admiración y animado por la esperanza, buscó Simon con la vista al que habia pronunciado tan consoladoras palabras. Era una joven de aventajada estatura y de expresiva fisonomía,

—Apresúrate, le dijo el anciano, apresúrate, y si logro reparar mis pérdidas, ...

—El tesoro público recompensará tu heroica acción, añadió el capitular,

—Las indulgencias te asegurarán la vida eterna, replicó el abad.

—No quiero el oro del cabildo, ni las indulgencias de la iglesia. Hace tiempo que amo

à Marta, pero no podia aspirar á la mano de la hija del mercader mas rico de la ciudad, pues nada poseo; soy un pobre bachiller.—Simon, tu ruina me hace tu igual: ¿consientes en darme á Marta por esposa, si te la devuelvo?

—Tuya es; sálvala,

Antonio desapareció,

—Hermanos, pidamos á Dios que la salve, dijo el abad, mientras que el capitular animaba á los trabajadores,

Antonio penetró en la habitacion de Marta, la llamó á gritos y ella no respondió. Al llegar al sitio donde estaba su cama solo vió un monton de cenizas. En aquel momento gritó el pueblo, «La casa cruje..... se desploma.... huyamos.....»

Los soldados y los trabajadores abandonaron sus puestos y se reunieron á la multitud que arastró á Simon, al abad, y al magistrado á la plaza del cabildo.

A poco sonó un ruido horroroso, el resplandor de las llamas se aumentó; pero luego tornó todo á la obscuridad y al silencio, y la casa de Simon quedó reducida á tristes escombros.

—¡Ha muerto! dijo el anciano, Antonio no habrá podido salvarla.

En efecto cuando el fatal incendio lanzaba las últimas pavesas. Antonio estaba sentado en el tejado de la casa inmediata, entregado enteramente á su dolor.

El abad de san Sernin dispuso que se abriese una suscripcion para indemnizar á Simon de las pérdidas que habia experimentado.

Antonio recogió en su casa al anciano, que derramando copioso llanto, llamaba á gritos, ya á su hija, ya á la muerte.

—¿Qué decis, exclamó el jóven, hablais de la muerte, cuando veis que he sobrevivido á Marta?

—Tú no eras su padre; no podias amarla como yo la amaba, no puedes llorarla como yo la lloro.

—Si hubierais penetrado en aquella habitacion donde no se veia mas que fuego y humo; si hubieseis llamado á vuestra hija, y vuestra hija no os hubiera respondido, mas amargo fuera aun vuestro dolor.... Quise morir pero me acordé de vos.... conocí que necesitabais de mi apoyo,

El anciano Simon, contestó á Antonio con lágrimas y sollozos, y los dos se quedaron en profundo silencio. Una hora despues interrumpió sus reflexiones el sordo murmullo de un inmenso gentío que por momentos se iba aumentando,

Simon la miraba con inquietud, como el que duda de la felicidad que experimenta; Marta pasaba su trémula mano por las heridas de su padre, para asegurarse de que estaban esmeradamente curadas; el abad permanecía inmóvil, y las mas tristes reflexiones atormentaban la imaginacion de Antonio,

—¿Eres tú, eres tú hija mia? dijo al fin el anciano.... Abrazame otra vez; sienta yo tus labios sobre mi frente, aprieten tus manos mis blancos cabellos, oiga yo latir tu corazón para que vea que existes, que eres tú, Marta, que eres tú, mi hija querida....

El pueblo prorrumpió en nuevos murmullos, y el anciano preguntó con ansiedad que queria aquella turba que reprobaba al parecer el cariño que á su hija manifestaba.

Yo os lo diré, respondió Antonio, yo os lo diré puesto que la alegría de volver á abrazar á vuestra hija, tiene embutada vuestra memoria. Quieren saber donde estuvo Marta durante el incendio..... por qué salió de la casa paterna en medio de las tinieblas de la noche; y á donde fue..... Y tambien quiero saberlo yo, porque no creo en milagros ni tampoco creo que las reliquias y suplicas del abad de san Sernin la hayan resucitado. No estaba en su habitacion cuando penetré en ella á riesgo de perder la vida, no estaba porque hubiera muerto, y no es una sombra lo que se os aparece, no; es una cria-

tura viva , que se ruboriza , que baja los ojos y que nada contesta.

—Me ultrajais , dijo Marta....

—Contestad pues , añadió Antonio en voz mas baja , contestad , porque todos los que aqui se hallan reunidos os creen culpable , y yo que os amo , que lo he dicho públicamente que os he pedido por esposa , preferiria recibir la triste nueva de vuestra muerte á oír á cada momento ; pasó una noche fuera de la casa paterna y su padre lo ignoraba.

Marta hizo un movimiento que al instante contuvo á una seña del abad , pero Simon se incorporó en la cama , y mirando á su hija con aire severo ,

—No te acuso , le dijo ; pero aguardo á que hables para juzgarte ; porque , despues de Dios , soy tu juez , y quiero saberlo todo . Lo que dirias en secreto á tu padre , debe oírlo esta gente , que te cree culpable , y es preciso que en su presencia te justifiques , ó que te acuses . Habla pues , lo quiero , lo mando , ¿dónde estuviste anoche ?

—En la iglesia de san Sernin.

—¿Y á qué fuiste ?

—No lo dira ! exclamó el abad , no lo dirá , ni á su mismo padre ! Es un secreto entre ella y Dios ; secreto que he conocido en el confesonario , y que ni ella ni yo podemos revelar .

—¡ Siempre ese sacerdote ! replicó Antonio con colérico acento .

—Sí, respondió el prelado, el sacerdote que tiene derecho para defender á la que injustamente se acusa, el sacerdote; cuyo ministerio se estiende desde la iglesia hasta la presencia de aquellos que no quieren creer en su palabra, y sin embargo es hoy sincera, como lo es todos los dias. Declaro públicamente, que Marta estuvo anoche en la iglesia y que estuvo en ella para llenar un deber piadoso, que debe ocultar á todo el mundo.... ¿Crees, pueblo, lo que el ministro del señor asegura por su salvacion eterna?

—¡Es inocente! ¡es inocente! gritaron en todas direcciones. El abad de san Sernin lo asegura, y sus palabras son inspiradas por el cielo.

Y la multitud, cayendo de rodillas, pidió la bendicion del prelado; y el prelado se apresuró á satisfacer los deseos del pueblo mandándole despues que se retirara. Cerró inmediatamente la ventana, y volviéndose á Simon,

—Creyeron en mi juramento, le dijo, ¿creeréis tambien en él?

Simon tendió la mano á su hija.

—Padre mio, exclamó Marta, cayendo en los brazos del anciano, vos ya no me acusáis pero el!....

Y señalaba á Antonio en cuya fisonomía contraida estaba dibujada la mas violenta agitación. Simon le hizo seña para que se acer-

case y quiso hablarle; pero las heridas y las emociones demasiado vivas que en tan pocas horas habia experimentado agotaron sus fuerzas y cayó desmayado. Rodeáronle todos prodigándole mil cuidados, y pensando solo en el modo de preservar sus dias.



JUNTA DE ANDALUCÍA

F.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
 CONSEJERÍA DE CULTURA

III.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

La manzana de Tounis es la mas hermosa y mejor situada de cuantas componen la ciudad de Tolosa. Aislada en medio de aquella gran poblacion forma un barrio independiente cerca del risueño Puerto Garo. El fresco que corre en las márgenes del Garona tempera el calor del ardiente cielo del medio dia; una inmensa arboleda forma varios paseos tortuosos á la orilla del agua, y ricas manufacturas se elevan por do quier. Allí se oyen los alegres cantos del barquero, allí se admiran los productos de las artes, y allí por fin

el amante rechina la cabeza en el seno de su amada, ocultando al mundo su felicidad. En aquel sitio encantador se edificó por orden del capitular y del abad de San Sernin, una casita para el anciano Simon, quien restablecido ya de sus heridas, daba todas las tardes un paseo por el jardin apoyado en el brazo de su hija; y á medida que iba recobrando la salud, la infeliz Marta iba perdiendo el color, que en otro tiempo herloseára sus mejillas. Una mortal palidez arrugaba su frente de diez y seis años, y cristalinas lágrimas se desprendian de vez en cuando de sus lánguidos ojos. Debilitado por la edad y por las desgracias, no reparó Simon en el cambio total que su hija habia experimentado, pero no se le ocultó á Antonio, y se resignó á devorar en silencio el dolor que le causaba.

Una noche se sentó la triste jóven á la orilla del agua, y á poco rato se le acercó su amante, suplicándole que le oyese.

—Mucho tiempo hace, le dijo, que os veo padecer y no me atrevo á preguntaros la causa de vuestros padecimientos. Pero se acerca el momento en que no debeis tener ningun secreto para mí... Vuestro padre ha fijado ya el dia de nuestro enlace, y temo que ese dia..... se detuvo al ver que de los ojos de Marta caia copioso llanto.

Siguióse un corto silencio.

—No vine con ánimo de afligiros, añadió

Antonio.. os obstinais en callar, no volveré a preguntaros.. y dió algunos pasos para retirarse.

—Quedaos, quedaos, que si vos quereis hablarme, tambien quiero yo hablaros.. y hace mucho tiempo.

=Preguntadme, mi corazon os contestará,

=Pues bien! decidme: ¿mi ausencia durante la noche del fatal incendio no os atormenta todavia? ¿Creisteis en las palabras del abad de San Sernin?

—No. Quise creer en las vuestras, porque para mí sois mas sagrada, mas santa, mas venerable que ese abad que el pueblo adora y que en vida canoniza. No le creí cuando pretendió que una hija tenia secretos para su padre! y os creí cuando me repetisteis: "Estuve orando en la iglesia de San Sernin."

—Gracias, Antonio, gracias... Tengo que haceros otra pregunta; y antes de contestar a ella quisiera que consultáseis vuestro corazon..... ¿me amais?

—¿Si os amo...? ¿si os amo...? ¿y me lo preguntais cuando compré el título de esposo vuestro con esposicion de mi viuda.... cuando deseo vengar los ultrajes que os hicieron.....? Mis amigos se rien de mi credulidad, y acriminan vuestra conducta; solo yo digo que sois inocente y lo sostengo.... Dentro de ocho dias os daré mi nombre; os confiaré mi felicidad. mi Por venir, mi vida; nada me impor-

ta cuanto puedan pensar y decir, ¡y sin embargo me preguntais todavía si os amo!

— ¡Ojalá no me hubierais conocido....! Ese funesto amor....

— ¿Me odiais?

— Nunca manchó el odio mi corazón... ¡Yo odiar al único hombre que no temió sacrificarse por salvar mis días! ¡yo odiar al único hombre que recogió y consoló à mi padre.....! Antonio, no me atrevo à interrogar mi alma; por mas agradecimiento, por mas amor, por mas sentimientos que ella encierre, no puedo ser vuestra, nuestro enlace es irrealizable.

— ¡Irrealizable! ¡irrealizable...! ¿Y quién impedirá que seamos el uno del otro?

— ¡Dios!

— No blasfemeis, Marta, no blasfemeis. Ese hipócrita abad os habrá arrancado alguna promesa para que se consuman vuestros días en un claustro; pero ahora...

— No es esa la causa. El obstáculo que nos separa...

— ¿Cuál es...? ¿cuál es?

— No puedo decirlo...

— Pues bien! si os obstináis en callar, ahora mismo en vuestra presencia sepultaré mi cuerpo en el agua.

— Deteneos... deteneos... Ah...! Cielos!

— ¿Qué tenéis?

— ¿No ois?

—Las nueve que dan en el reloj de San Sernin.

—¡Las nueve...! ¡en ese reloj! ¡Ah! no sabéis lo que para mí significa este lúgubre sonido...! Gracias te doy, Dios mio... Nada revelé...

—Marta, en nombre del cielo...

—Es imposible... No volvais á verme... sería un crimen, y nos condenaríamos los dos. No volvais á verme... Adios...

Y desapareció precipitadamente por en medio de aquella frondosa arboleda. A los pocos minutos se hallaba en frente de la puerta secreta de la iglesia de San Sernin, que á una seña suya se abrió de par en par. Corrió Marta á la capilla de la Virgen y puesta de rodillas derramó abundantes lágrimas y oró con fervor; pero ni el llanto, ni la oracion pudieron tranquilizar su alma. Muchas veces pasára la jóven el umbral pe aquella puerta, muchas veces engañara el sueño de su padre, cuando el reloj de la abadía daba las nueve; y misteriosamente se introdujera en la iglesia. Una noche apareció en ella en trage nupcial, y el abad vestido con los mas hermosos y mas ricos ornamentos sagrados se apoderó de su trémula mano y la condujo por los claustros de la vasta abadía, á una capilla retirada, en la que brillaba el lujo mas esquisito; el altar adornado como en los dias de gran fiesta, estaba cubierto de luces y de oro y el incienso mas puro perfumaba la santa mora-

da. En aquel altar se habian colocado cuatro magnificas estátuas: Cristo, pero no Cristo ensangrentado, con la corona de espinas, con las heridas de la lanza y de los clavos, sino Cristo triunfante, tal como nos le pintan lleno de vida, de hermosura y de celestial poder; el Padre Eterno sentado con abandono en un celage transparente con su brillante aureola de gloria; el Espíritu Santo en forma de paloma, y la Virgen en toda su belleza, solo à ella misma comparable. Tan conmovida como trémula se postró Marta en el suelo y oró largo rato.

—La hora de la oracion pasó, le dijo el sacerdote levantándola: ¿habeis meditado con detencion acerca de la gracia que Jesucristo quiere otorgaros?

—Si, padre.

—¿Estais decidida? Considerad que el acto que vais à cumplir se estiende à la vida de este mundo y à la del otro. ¿Marta, quereis por esposo à Jesucristo?

—Si, padre.

—¿Habeis callado algo en la confesion?

Nada.

—¿Sois pura y casta como debe serlo la que va à unirse à su Dios?

—Lo soy como lo es toda criatura que solo vive para conseguir la eterna salvacion.

—Voy à consagrar vuestro casamiento.

IV.

El prelado abrió el copon, y sacó dos pergaminos que leyó en alta voz.

Yo, Jesucristo, Dios hecho hombre, segunda persona de la santísima Trinidad, declaro tomar por legítima esposa a Marta Simon, llevándola en dote mi gracia en este mundo y la vida eterna en el otro.

Firmado en presencia del Padre Eterno, del Espíritu Santo y de la Santísima Virgen mi madre.

Por Jesucristo, el Padre Eterno, el Espíritu Santo y la Santísima Virgen, y en uso

de los poderes que nos han sido otorgados.

N.... abad de la abadía de san Sernin.

Tomad vuestro sagrado contrato, y firmad el que voy á leeros.

Yo, Marta Simon, declaro tomar por legitimo esposo á N. S. Jesucristo, Dios hecho hombre, segunda persona de la Santísima Trinidad, llevándole en dote mis bienes, mi amor y mi virginidad, y jurándole fidelidad en este mundo para merecer la vida eterna en el otro.

Firmado en presencia de N. S. Jesucristo, mi esposo, del Padre Eterno, del Espiritu Santo y de la Santísima Virgen.

Marta se apresuró á firmar, y el abad arrojándose á sus pies, exclamó: ¡Os saludo esposa de mi Dios!

Pensativa y deslumbrada por cuanto acababa de ver y de oír, signió al prelado que la condujo á una sala en cuyo centro se elevaba una hermosa estatua de Cristo: una lámpara de alabastro alumbraba aquella morada voluptuosa y divina, y perfumes más gratos que el incienso ardían en braseros de oro.

Flaqueáronle á Marta las rodillas; el abad la sostuvo y guió otra vez sus vacilantes pasos... La recién desposada se quedó muda, clavó los ojos en el cielo, y cubierta de rubor su virginal frente.

¡Esta escena pasó tres meses antes del incendio!

Desde aquella noche fue Marta, con frecuencia á la iglesia donde esperaban al abad; y en ella estaba cuando el fuego devoró la casa de su padre. El prelado al oír el toque de arrebato corrió á la calle de Taur, y creía á Marta próxima á perecer, mientras que la devota jóven, entregada enteramente á Dios, adoraba á Cristo su esposo.

Pero la noche en que tan bruscamente se separó de Antonio para no faltar á la cita, el abad se le reunió al momento.

—¡Muy interesante será lo que teneis que comunicarme, le dijo, cuando venis dos dias consecutivos?

—¡Estoy en cinta!

—¡En cinta!

—Y dentro de poco seré madre... ¿Qué debo hacer?

—Ocultar vuestro embarazo. El mundo es indigno de conocer los santos misterios que habeis celebrado. Cuando esté próximo el término, avisad y confiad en el poder y en la misericordia de vuestro celestial esposo... Sobre todo, suceda lo que sucediere, debeis guardar el mas profundo silencio acerca de cuanto ha pasado. Dios no se revela á todas las criaturas; se ha revelado á vos en su bondad, y si hablarais, se revelaria en su cólera.

—Prometo callar por el amor que á Cristo tengo.

valor y fanatismo el porvenir y las penas que sobre ella se aglomeraban.

Muy rara vez asistía ya á la iglesia; no se lo permitía su debilidad, y además temía verse deshonrada, porque no le era dado revelar el peregrino incidente que había motivado su triste estado.

Un día llamó con voz debilitada á la mujer que la servía; la entregó una sortija y le mandó que la llevase al abad de San Sernin. Era el aviso de que había llegado la hora del alumbramiento de Marta. Y la infeliz jóven había jurado sofocar sus gritos, no llamar á nadie en su socorro, permanecer sola, sola con Dios que debía socorrerla, y echar al mundo, guardando silencio, al hijo que llevaba en su seno. ¡Oh! ¡cuántas veces rodó á los pies de Cristo, pidiendo misericordia y la muerte! ¡Cuántas veces, llevó convulsivamente las manos á la boca, para comprimir los gritos que el dolor le arrancaba! El delirio se apoderó de su imaginación. Contragéronse los nervios. Sintió que su cuerpo se disolvía, y creyó llegada su hora. Dió gracias al Señor, y cayó desmayada en el suelo.

Abrió luego los ojos. . . . padecía menos. . . . había quedado mutilada y sumamente debilitada. El abad estaba al lado de su cama. . . . Hizo un esfuerzo para traer á la memoria la causa de su presencia, la causa de sus dolores. . . . El

primer grito de madre se escapó de su seno
 ¡Mi hijo! ¡mi hijo! ¿dónde está?

—Su padre le llamó á sí, dijo el prelado.

—¡Muerto también! ¡muerto...!

—Así lo dispuso vuestro celestial esposo.....
 Resignaos.

Por espacio de algunos dias estuvo Marta en mucho peligro, el abad fue el único que la asistió. Levantóse al fin, y dirigiéndose lentamente á la ventana, gozaba del espectáculo de aquel hermoso cielo que se estendia á lo lejos, y que al parecer estaba sostenido por la alegría y por la felicidad... Lloraba á su hijo.... á su hijo que no conoció, y cuyo cuerpo inanimado no pudo abrazar.... Le pedia á Cristo en su delirio, . . . Un hombre respondió á sus gritos. Era el escudero de la ciudad con la espada de la justicia, que habia penetrado en la habitación de Marta seguido de cuatro guardias del cabildo.

—Vuestro hijo ha muerto, le dijo, y os prendo por infanticida....!

Los guardias se apoderaron de la desventurada madre y la condujeron á la cárcel en medio de los silvidos del desenfrenado populacho.

Aquella infeliz criatura, cuyo nombre se oia con horror recobró la calma en su calabozo y era feliz. La voluntad del Altísimo es incomprendible, decía: mi celestial esposo me llama á sí, y quiere que su indigna esposa sea

purificada por el martirio antes de comparecer á su presencia.... ¡Bendito sea su santo nombre!... Concédaseme el cadalso, y me precipitaré en los brazos de Jesus y de mi hijo....

Estaba decidida á guardar silencio y á morir; y notó con sorpresa y sentimiento que le habian arrebatado el santo contrato que llevaba siempre consigo. La habian registrado durante el letargo que marcó sus primeras horas en el calabozo; y temió que ojos profanos leyesen lo que ningun hombre debia leer. Temblando se presentó al capitular, que sin mencionar el contrato, la interrogó con amabilidad compadeciéndose de ella. Marta contestó á cuantas preguntas le hizo, exceptuando aquellas que tenian relacion con lo que habia jurado no revelar. Creyó que una mano celestial habia sustraído el sagrado pergamino.

El tribunal la sentenció á la hoguera, y cuando se le leyó la sentencia en el calabozo, pidió por única gracia que se le permitiese ver al abad de san Sernin para disponerse á morir.

Muchas veces intentó el prelado hablar á Marta, y nunca pudo conseguirlo. Aquel dia, aguardaba con impaciencia á que el capitular la pusiese en comunicacion. Otra persona aguardaba tambien.... ¡era Antonio!... El magistrado fue á la cárcel, mandó que la acu-

sada; siguiese incomunicada, y al reparar en el abad le hizo seña para que le siguiese. Antonio se sentó enfrente de la puerta de la prision á fin de ver á Marta por la última vez; cuando la llevasen al suplicio.

Luego que el abad y el capitular estuvieron solos, el prelado censuró la orden del magistrado, y sostuvo que no debia ni podia entenderse con el confesor.

—¿Y qué teneis que decir á esa desventurada jóven, preguntó el capitular, á esa jóven inocente?

—Si es inocente, ¿por qué la habeis sentenciado?

—Para todos es culpable, solo para mí no lo es. Conozco al que cometió el crimen, puedo nombrarle al instante, denunciarle á la justicia y al pueblo....

—¿Por qué no lo haceis, capitular?

—No me retiene el temor, señor abad, ni la clase, ni el poder, ni el nombre del verdadero culpable; me retiene su carácter, su carácter sagrado que el pueblo venera y adora; y quiero dejarle en la grata, consoladora y útil ilusion de que un ministro del señor no puede errar. Porque si yo le digera; uno solo ha faltado á sus deberes, uno solo ha sido perjuro á su Dios, uno solo ha engañado al cielo y á los hombres, el pueblo en su justa venganza los confundiria á todos. El pueblo odia á todos los sacerdotes, y des-

preciaría todas las religiones, confundiría en su furor la religión y sus ministros, y la religión debe ser respetada, no es mala porque lo sea uno de sus sacerdotes. Estas son las causas porque he guardado silencio, y mañana perecerá una joven inocente, cuya sangre caerá sobre vos.

— ¡Sobre mí!

— Ya podeis conocer que estoy bien informado. Quereis ver á Marta para pedirle este pergamino. No me le entregó ella, no: habíais fanatizado demasiado su alma para que no soportase los mas horribles tormentos antes que confesar la verdad, pero no podiais preveer su sueño, y su sueño me hizo dueño de este contrato impio!.... ¡Ya veis!.... está firmado por vos.... ¡Si le enseñara al tribunal!.... ¡Y sin embargo el pueblo se arrodilla aun á vuestros pies!....

El prelado no pudo soportar las severas miradas del magistrado, y bajó la cabeza.

— ¿Qué exigis de mí? dijo balbuceando.

— Que salgais mañana de Tolosa y que renunciéis á vuestra abadía. Os retirareis para siempre á las montañas de Rouergue.

— ¿Y ese pergamino?

— Me garantiza vuestra obediencia.

— Marcharé.

VI.

Un triple espectáculo escitó al dia siguiente la curiosidad general. A las doce estaba Marta en la hoguera con los ojos levantados al cielo, con el candor y la alegría en el rostro, é insensible á las maldiciones del populacho que ahullaba á su alrededor. A las doce la parte sana del pueblo llevaba en triunfo al abad de san Sernin que, abandonando su rica abadia renunciaba al mundo y al lujo y se retiraba á vivir como un anacoreta en las montañas mas pobres de Francia. A las doce los barqueros del Garona sacaban del rio el cadáver de Antonio.

FIN DEL CASAMIENTO DE CRISTO.

PADECER Y MORIR.



P.C. Monumental de la Alhambra y General
CONSEJERÍA DE CULTURA

nífico cuadro que á su vista se desenvolvía. En la espresion de sus rasgados ojos azules se notaba cierto aire angelical que revelaba la mas tierna sensibilidad, y la alegría mas profunda. Tambien revelaban sus miradas una curiosidad infantil, de modo que parecia estar ocupada en buscar el origen del sublime misterio que encierra la terminacion de la luz del dia, y la aparicion de la sombría oscuridad de la noche. Sus torneados dedos juguetaban con los rizos de su rubia cabellera, su esvelta cintura se doblaba con púdica voluptuosidad, y por su imaginacion resvalaba uno de aquellos dulces y lisongeros pensamientos que nos ilusionan á los diez y seis años, y que muchas veces no duran mas que un dia, una hora, dejando tan solo un recuerdo, último rayo de alegría, último consuelo de la infancia.

Interrumpiéndola en sus meditaciones, el eco de una voz muy grata para ella, que pronunciaba su nombre. Estremeciéndose, y volviéndose con viveza, divisó á corta distancia á Eduardo su primo, su hermano de adopcion, al hombre á quien desde muy niña se habia acostumbrado á amar, como se ama á Dios, como se ama á una madre.

—Vengo resuelto á reñirte, dijo Eduardo con tono serio, aunque fingido: ¿son horas estas de estar en el jardin, en una noche tan húmeda? . . . tu tardanza tiene muy desazonada á mamá.

—¿Y tú, no lo estabas? preguntó Ana sonriéndose maliciosamente.

—¿Te parece regular que me desazone por una chicuela, que se complace en atormentar á cuantos la aman?

—No me riñas, Eduardo, replicó Ana, colgándose de su brazo: era tan feliz en este momento.... pensaba en tantas cosas.... no: en tí solo; en tí, que eres el único amigo que tengo; en tí, que eres mi hermano querido.... ¡Ah! nunca nos separaremos; viviremos siempre al lado de mi tia.... es cuanto deseo.... Eres tan hermoso!... Si, lo eres cuando me miras, porque tus ojos son mas espresivos, mas tiernos que los de los angeles.... ¿por qué los apartas de mí?

En efecto, Eduardo que miraba á Ana, enagenado de placer, mientras que ella estaba hablando, volvió de repente la vista á otro lado, y todo su cuerpo se estremeció.

—Calla, niña, calla; si te oyeran, se burlarian de tí.

—Eso es, riñeme ahora. ¡Ah! tu no me comprendes; no sabes que mi alegría nace de las penas que ayer tuve. Nunca se goza con mas placer de la felicidad, que cuando se ha estado á punto de perderla.

—Espílicate.

—Ayer debias marchar á París; lloré tanto!... esta mañana me dijo tu madre que ya no te ibas; mira que contenta estoy.

Eduardo acortó el paso, le apretó dulcemente el brazo, y ella no se ruborizó. Educada en el retiro, lejos de las crueles exigencias de la sociedad que imponen como una virtud el disimulo en las mugeres, no alcanzaba que debia disfrazar sus pensamientos, y eran tan puros ademas, tan ingenuos que estaba muy lejos de sospechar la interpretacion que daria Eduardo á tan dulces palabras.

—¡Te alligia mi partida! dijo con voz conmovida... segun veo, te seria muy cruel una separacion!

—¡Muy cruel!

—¿Y si algun dia fuera indispensable separarnos... porque te casaras...

—¡Nunca!

Hubo un momento de silencio.

—¿Y tú, piensas en casarte? preguntó Ana con timidez.

Eduardo guardó silencio y aceleró el paso. A los pocos minutos se hallaban en la habitacion de la señora de Ceriñy.

II.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generali
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

La madre de Eduardo era una señora de cincuenta años, alta y delgada; hablaba poco y siempre con sequedad; su mirada fría é indagadora, revelaba en ella aquella profunda indiferencia tan propia de los corazones que no comprenden los pesares. En sus primeros años había amado y padecido, é insensiblemente había llegado á la frialdad de alma que la caracterizaba: desgraciada en un enlace que contrajo sin consultar su corazón, otro amor marchitó su vida: se vió en la necesidad de

combatir su pasión con el deber, y enagenada en los brazos de su amante, se arrancó de ellos en el momento en que iba á sucumbir, y tuvo bastante virtud para decirle con frialdad: «No te amo! te detesto!»... Pero al pronunciar estas palabras saltaron las últimas fibras de su alma, y se apagó el sagrado fuego de su corazón. Desde entonces para ella no existió poesía, para ella no existieron sueños de felicidad, para ella no existió nada.... nada, mas que orgullo. Había agotado por sí misma toda la pasión de que es susceptible el corazón de la mujer, y sus ojos no se humedecían jamás, aunque presenciáran el triste cuadro de los mas agudos padecimientos.

Un sentimiento tan solo sobrevivió en su alma, el cariño que á su difunta hermana profesaba. Murió en sus brazos, y al verla exhalar el postrer aliento enjugó furtivamente una lágrima. Adoptó á su sobrina y durante el primer transporté le prodigó mil caricias, pero pasado aquel recobró su característica frialdad, y la infeliz huérfana conoció entonces el vacío que deja una madre en el corazón de sus hijos.

Muy poco alhagüña fuera para Ana la vida, si no hubiese tenido á su lado á Eduardo, jóven de excelentes prendas, que erigiéndose en su maestro, cifró toda su felicidad en formar el tierno corazón de la graciosa niña, y con una solicitud, en cierto modo paternal,

inclinó su alma á amar lo bueno y lo hermoso. Siempre juntos, eran cortos los dias para ellos y cada uno encerraba un manantial de delicias. Ana no profundizaba el interminable porvenir, y nunca hubiera creído que pudiera desaparecer su tranquila y pura felicidad. Eduardo no era tan dichoso; aventuraba con frecuencia delante de su madre alguna que otra palabra acerca de la suerte de su prima, y aquella por toda respuesta guardaba un profundo silencio. Sabia que sus deseos serian contrariados por la que le dió el ser porque conocia la ambicion desmesurada que la dominaba; y los mas crueles pensamientos turbaban sin cesar el encanto de las conversaciones que con Ana tenia.

La noche de que hablamos llegaron los dos jóvenes tristes y pensativos á la habitacion de la señora de Ceriñy; nunca la habian visto tan fria, riñó á su sobrina y la infeliz dirigió á su primo una mirada bañada en lágrimas, como pidiéndole apoyo y consuelo; la velada fue triste y se pasó en silencio. La señora de Ceriñy fue la primera que habló para decir á Ana que se retirára á su habitacion. Eduardo iba tambien á salir y su madre le mandó que se quedára.

—Mucho te inquieta, le dijo, luego que estuvieron solos, la suerte de tu prima, y con razon, porque carece de bienes de fortuna, y es muy triste situacion por cierto

presentarse pobre en el mundo y con el sello del infortunio.. Pero afortunadamente puedo ya cumplir la promesa que á mi hermana hice, su hija será feliz; el señor de Marans, nuestro vecino, ama á tu prima, y me ha pedido su mano.

—¡Cielos! murmuró Eduardo con voz ahogada.—¡Y qué habeis contestado? añadió con ansiedad.

—He accedido á sus deseos, replicó la señora de Ceriñy, encogiéndose de hombros.

Eduardo se puso pálido y permaneció inmóvil delante de su madre.

—El señor de Marans, continuó fingiendo no haber notado la turbacion de su hijo, es un hombre de mérito á quien yo aprecio; posee inmensos bienes y Ana será feliz.

—Madre mia, madre mia...! no la sacrifiqueis; es vuestra sobrina, yo la amo y soy correspondido, compadeceos de los dos.

—¿Tienes bienes que ofrecerle? tu no ignoras nuestra posicion; apenas podemos sostenernos en nuestra clase, y es preciso que contraigas tu tambien un enlace ventajoso.

—¡Jamás!

La señora de Ceriñy se sonrió irónicamente.

—Ana se casará con el señor de Marans, yo lo quiero, y tú marcharás mañana á Ginebra, donde es indispensable tu presencia para entablar las primeras diligencias de un pleito... Puedes retirarte.

Dispuesto ya para marchar, bajó Eduardo al jardín y se colocó al pie de la ventana de su prima, esperando á que se asomára. Fácil le habia sido leer en su candorosa alma, nunca se le habia ocultado el menor pensamiento de Ana, pero en el momento en que veia desaparecer para siempre su felicidad, en el momento en que se le arrebatában sus mas lisongeras esperanzas, necesitaba oír de aquella angelical boca un "yo te amo!" Esta sola palabra le hubiera infundido bastante valor para resistir á su madre y para salvar á su amada.

Agitóse por fin la cortinilla blanca, abrióse la ventana y se asomó á ella una muger..... Era la señora de Ceriñy.

Eduardo inclinó la cabeza, salió lentamente del jardín, montó á caballo y tomó el camino de Ginebra.

—Ana está muy triste.
 —Niñerías, contestó sonriéndose; el miedo que se tiene á su edad al matrimonio... Ya se irá acostumbrando.

Nada replicó el señor de Marans: hombre metódico y frío, se casaba por imitación, y había elegido á Ana por orgullo, porque nada tenía, y por despecho porque una señorita hermosa y noble había rehusado su mano. Además no ecsigia amor á su muger, sino que figurase en sus salones como un bonito adorno.

Tal era el marido que se destinaba á la amante y candorosa jóven, tal era el hombre al que sacrificaban un alma pura y un corazón que no pertenecía á sí misma, y rico de ilusiones.

Quince dias despues, una corona de flores de naranjo se marchitaba sobre la pálida frente de la recién desposada.

Durante la comida que siguió á la misa de boda, todos los convidados guardaban el mas profundo silencio, de modo que parecía que la desgracia había fijado su morada en aquella casa; el señor de Marans estaba tan tranquilo como si fuera mero espectador y no parte activa en aquella triste jornada; la señora de Ceriñy hablaba poco y su mirada mas afable que nunca, se fijaba incesantemente en la triste jóven; sin duda el tardío arrepentimiento se había apoderado de su alma.

A la caída de la tarde pidió Ana permiso para retirarse á su habitacion, y su tia se lo concedió. Cuando se encontró sola con su dolor, sola con lo pasado que no se atrevia á recordar, vislumbró la felicidad quizás por última vez, y pudo llorar! Se asomó á la ventana y desde ella, con las manos juntas, con los ojos anegados en lágrimas, contemplaba aquel jardin en el que cada árbol, cada flor, le recordaba una felicidad perdida y perdida para siempre. Entre sollozos murmuró el nombre de Eduardo, como el último adios, como el último grito de su desesperado corazon.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
 CONSEJERÍA DE CULTURA

—¿Me echaría? pues qué, no eres mi hermana? no he sido tu único amigo? no soy quien ha formado tu alma? Si eres hermosa, no lo debes á mi amor?.... Tu me pertenecías; ¿por qué me alejaron de tí? per qué han dispuesto de mi felicidad, de mi bien, de mi vida? tu me amabas, no es verdad? Oh! habla, dí que me amas... Compadécete de mi amor!.... Ven, ven á mis brazos.

Ana tembló al ver el delirio de Eduardo, su frente se ruborizó cuando los brazos de su amante la rodearon, y acordándose de sus deberes, conoció que un momento de olvido y de abandono podia empañar su virtud. Luchando con su propio corazón, se separó de Eduardo.

—Alejaos, le dijo con firmeza; os amaré como á un hermano, cualquier otro sentimiento que abrigára mi alma, seria un crimen; alejaos! . . . cuando esteis tranquilo y querais verme, os tenderé una mano amiga. Mi marido. . . . y. . . . yo. . . .

No pudo continuar, las lágrimas temblaban debajo de sus párpados: hizo un esfuerzo y logró contenerlas. Eduardo creyó en la calma afectada de su semblante, creyó en la frialdad aparente de sus palabras, creyó en fin que se había engañado.

—¡A Dios, murmuró, á Dios para siempre! . . . y desapareció.

Cuando se hubo alejado, juntó Ana con

fuerza sus manos, cayó en una silla que á su lado estaba, sus ojos se cerraron, y el movimiento convulsivo de sus labios atestiguaba que solo vivia para padecer.

En aquel momento oyó los pasos de una persona; quiso levantarse, pero la abandonaron sus fuerzas y cayó otra vez desmayada, al mismo tiempo que la señora de Ceriñy entraba en su habitacion.



P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA